

cuenta de invierno

publicatustipos.com
cinco años en la red

CARMEN MARIA
CAMACHO ADARVE



2009. Carmen María Camacho Adarve
Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceste.com)

Difusión de la obra: Íttakus



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Publicatuslibros.com no se hace responsable de las imágenes incluidas en esta obra por el autor.



Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.
C/ Millán de Priego, 41, P 14, 1 N
23004 Jaén-España
Tel.: +34 953 08 76 80
www.ittakus.com

CUENTOS DE INVIERNO
CARMEN MARIA CAMACHO ADARVE

ÍNDICE

LA DUDA.....	4
LA CASA DE LA CUESTA DE SANTA INES	10
GALERÍA DE ARTE	13
PÁJARO NOCTURNO	15
PRÓXIMA ESTACIÓN	17
UN CUADRO DE EL GRECO	21
UN SOL PARADO A LA ORILLA DEL MAR.....	25
EL CIELO ESTA CERRADO.....	28
PÁJAROS BLANCOS	29
EN EL NOMBRE DEL HIJO	30
EL LABERINTO DE AZUL.....	32
BLANCO Y NEGRO	35
MIS QUERIDAS MARIPOSAS	39
DON GABRIEL.....	40
FÁBULA DE VENECIA.....	42
INSTRUCCIONES PARA HACER UNA CALLE	43
SANTA LUCIA Y EL CARTERO DEL CIELO.....	43
UNAS GAFAS DE SOL PARA AGOSTO	44
EL AMOR DE MARTA.....	47
LUTO POÉTICO.....	48
DAME RAZONES PARA UNA GUERRA	49
CARLA & CARLA	54
DULCE SUEÑO	58
UN PARAGUAS VERDE	60
TODAS LAS PUERTAS	63
ESTÁN CERRADAS	63
EL REINO DEL PÁJARO AZUL	65
EL GRAJO Y LA PALOMA.....	73
MEDITERRÁNEO	75
EL PACTO SECRETO	76
DOS	80
UNO	83
DOS AVESTRUCES	85
CUENTO PSICOLÓGICO	85
BULEVAR DE LAS CAMELIAS 133.....	88
LOS BOTINES DE ADRIANA.....	92
AL TREINTA Y CINCO ROJO.....	95
El autor.....	100

LA DUDA

Me llamo Carmen María Sabina todo empezó

Sobre las diez de la mañana. Estaba sentada en el balcón, desayunando y leyendo, la prensa sobre un caso de usurpación de personalidad: -sentí pena-, por el triste asunto y el calvario de aquella pobre mujer.

Note de repente que alguien me estaba mirando.

Levante la vista del periódico y mire a uno de los balcones del edificio de enfrente, a la misma altura que la de mi piso, había un chico apoyado en la baranda de su balcón. Lo salude con la mano. El me devolvió el saludo con el brazo y abandonó el balcón.

Entrando en las posibles derivaciones, -concluí-que, con toda seguridad. Me vigilaba.

Por las rendijas de la persiana de su piso. No puedo confirmar nada: el sol me deslumbraba, reformándome el punto de vista de balcones y ventanas como rectángulos iguales siniestros y oscuros.

No habría leído trece líneas cuando reapareció Con otro atuendo.

El chico, estaba ahora sentado en una hamaca, bajo mi parecer, leía -o fingía leer- un libro. Yo no podía distinguirle bien los rasgos, pero sí una silueta: delgada. Su pelo, rizado y pelirrojo, recogido en una coleta. En conjunto, me pareció de líneas armoniosas, de unos treinta y cinco o treinta y siete años. « ¿Quién puede ser?», me dije. “Seguro que lo habré visto alguna vez en el supermercado...”

Se me ocurrió una idea. Salí del balcón, fui al salón, lo espíe a través de la persiana: de manera inocente, el miraba hacia mi piso. Entonces regrese corriendo al balcón y, ¡oh, meigas!, la pille en su postura de culpa.

Saludé con ademán resuelto y ostentoso. El no tuvo más remedio que devolverme el saludo. Hice intentos vanos para iniciar una conversación. Desde luego era imponible ya que, no íbamos a gritar de balcón a balcón. Me llevé entonces el pulgar derecho a la oreja y el meñique a la boca hice un movimiento oscilante, como todo el mundo sabe, significa si podía llamarlo por teléfono. El Abriendo las manos mientras hacia interrogaciones con los hombros, repetía, una y otra vez, y otra vez más, que no entendía nada. ¡Pero! ¿Cómo no iba a entenderme?

Entre, agarre el teléfono móvil y regresé con él al balcón. Enarbolándolo en todas direcciones, alzándolo con ambas manos por encima de la cabeza. «Y, tontito, ¿te enteras o no te enteras?» Sí, se enteraba: ya que con una sonrisa desproporcionada me respondió afirmando con un gesto.

Muy bien: ya tenía autorización para telefonarle. Sólo que ignoraba su número. Era menester preguntárselo mediante mímica.

Recurrí a gestos y ademanes extraños: cualquiera me habría tomado por una loca. Ya se que la pregunta era complicada, pero era su obligación adivinar qué necesitaba saber yo.

Estoy segura que había mala voluntad de su parte; pretendía divertirse un poco conmigo.

En el mismo momento en que yo aburrida me disponía a darme por vencida, el comprendió.

Con el índice escribió unos números en el aire que, al principio, no entendí. Mas tarde me di cuenta de que el escribía para su propia lectura y de que los rasgos que yo veía, por ejemplo, como un final debían entenderse, pues, como inicial. Realicé la interpretación completa y obtuve las ocho cifras que me pondrían en comunicación con el vecino de enfrente.

Tome el teléfono y marque. Al primer zumbido, respondieron:

- ¡Sí...! ¿Dígame? -retumbo- en mi oído una gruesa voz de mujer.

Sorprendida por el rumbo que tomaba el asunto, dude un instante, pensando en las palabras mas acertadas que diría.

-¿Quién es? -alego el vozarrón- , ya con un matiz de rabia y de impaciencia.

-Ehhh... —musité, amedrentada—. ¿Hablo con...?

— ¡Hable mas fuerte! —me espeto, de un modo intolerable—. ¡No le oigo!
¿Por quién pregunta?

Hablaba con el tono que normalmente se emplea para decir tonto del haba. Balbuceé:

-Esto... Con ese chico...

-¿Qué chico?- ¿De quien me está hablando?

Una certera amenaza acechaba ya en el vozarrón aguardentoso.

¿Cómo explicar algo a quien no quiere entender?

-Esto... Con el chico del balcón, eh... el balcón del balcón... de enfrente, del mío -mi voz era un hilillo casi inaudible.

No se apiadó. Todo lo contrario, se puso más furiosa mucho más:

-¡No moleste, por favor! ¡Somos personas de orden que trabajan!

Un rotundo pí, pí, pí... cortó la comunicación. Azorada, quedé sin fuerzas- pero pude gritar-como si pudiera oírme ¡¡¡la madre que te parió!!!

Luego dedique durísimos improperios contra aquel muchacho lelo que no había tenido la precaución de atender el mismo mi llamada.

Rápidamente me culpabilice, por haber llamado tan rauda. Por la prontitud con que la del vozarrón aguardentoso atendió, deduje que tendría el teléfono en su mano, o en un bolsillo. Me concentre en imaginármela, atribuyéndole rasgos odiosos: seguro pensé; era una amargada, de mal genio. ¡«Somos personas que trabajan»!, me había dicho. ¿Y a mí qué me importa? Todo el mundo trabaja: no había nada inusual en ello. ¿O yo vivía de las rentas?

El caso era que esa mujer de voz estentórea me había derrotado telefónicamente. Me sentí deprimida y con siniestros pensamientos de venganza.

Mas tarde volví al balcón, sea como sea, estaba resuelta a preguntar al chico su nombre. El no estaba. Con mi presencia de ánimo renovada, también con cierto temor, marqué los ocho números. Al primer tono de llamada; escuche:

-¡¡¡Digame...!!!

Espantada, corté la comunicación.

-Que lo parió- dije entre dientes, con rencor y con tristeza y al conjuro de esta frase, se me ocurrió una idea que juzgué muy buena.

Pensé: «Esa mujer abominable de enfrente se permite tiranizarme sólo porque a mí me falta un ínfimo dato: el nombre de la persona con quien quiero hablar. < Entonces, tengo que conseguirlo.>

Después pensé: «Los números de teléfono están ordenados por orden alfabético en la guía de empresas. La juntas Autonómicas y sus miles de delegaciones y subdelegaciones son grandes empresas, tienen la Guía. Yo tengo un amigo que trabaja en un gabinete de una subdelegación...

Y llamé a Pedro:

- querida Carmen María -respondió, al oír mi voz-, me hallo en extremo, alegre y confortado al oír tu voz...

- Gracias, gracias, Pedro. Escúchame...

—... su voz de joven despreocupado, alegre, libre de obligaciones, deberes, deudas y responsabilidades. ¡Que Felicidad! -pensé-, no saber lo que es tener problemas todo tipo de problemas. Que Feliz se debe ser, cuando uno puede tomar la vida como un devenir afortunado y no permitir que ningún hecho

exterior perturbe la paz de tan regalada existencia. ¡Que felicidad!, nadar en la abundancia económica trabajando sólo dos o tres horas al día.

Después de regalarme todas las venturas que se le ocurrieron, continuó, diciéndome de forma trágica y a la defensiva, - para hacerme creer que el también padecía lo suyo y con todas las calamidades del universo visible e invisible:

- yo, Carmen María, la modesta, la pobre poeta, a la que robaban sus versos, ínfima en el mundo de la vanguardia donde estaba todo el pastel repartido entre unos pocos, siempre los mismos pocos. Pedro, continuo, como ayer y como mañana, como anteayer y como pasado mañana, como hoy con su pesado, molesto y gravoso cajón de miserias, desdichas y tristezas, a través de este angustioso, horroroso valle de lágrimas que, a modo de infierno, lo vapulea, ultraja y humilla sin cesar...

Esta historia ya la había oído miles de veces.

-¿Pero no te habían ascendido y ahora que eres el jefe de gabinete de Cultura ganas mucho mas, no?

- Sí, es cierto – admitió- . Gano tres veces más que antes, tengo un cargo jerarquizado y soy el único responsable.

-Sin embargo-, el pesado, y gravoso cajón, de miserias, desdichas, tristezas y desgracias, continúa existiendo. Y yo con mi cruz arrastrándola desfalleciente, enfermo y quien sabe si con un pie ya en la tumba, por culpa de este, cruel y maligno mundo...

Me distraje un poco mientras terminaba con sus quejas. De repente:

-mucho gusto en hablar contigo tengo trabajo. Hasta luego y saludos cordiales. Cortó la comunicación. Indignada, volví a llamarlo:

-¡Oye, Pedro! ¿Por qué me as colgado?

—Ah —dijo—. ¿Tú querías decirme algo?

—Necesito que me busques en la Guía de empresas a qué apellido corresponde el siguiente número de teléfono...

- un segundo. Voy a buscar un bolígrafo. Fue preciso esperarlo.

-El número - dijo, al cabo de varios minutos- corresponde a un tal Carmelo Sabina. Con B y sin acento en la I. ¿Para qué lo quieres?

- Muchas gracias. Otro día te lo explico. Adiós.

-Adiós, Adiós- respondió.

Ahora sí: que sí, ¡lo había conseguido! Con mi presencia de ánimo recobrada de nuevo, volví a marcar el número del muchacho.

—¡¡¡Diga...!!! —tronó el vozarrón.

Sin vacilar, con voz sonora y bien modulada, articulé:

-Por favor, puedo hablar con el señor Carmelo Sabina.

-¿De parte de quién?

Que pregunten de parte de quién es una costumbre que no me gusta nada. Para confundirla, le dije:

-De parte de PETOSKI KAFKANIANO

-¡Pero! -estalló-. ¡La familia Sabina hace como tres años que no vive aquí! ¡Siempre están molestando con ese maldito, señor!

—Y si no vive más ahí, ¿para qué me preguntó de par...?

En la mitad de la frase me interrumpió su furioso clic: ni siquiera me había permitido expresar esa mínima protesta ante su despotismo. ¡Ah, pero eso no iba a quedar así! Me precipité sobre el teléfono como quien busca una escopeta:

-¡¡¡Sííí...!!!

Con pronunciación pésima pronunciación de extranjera, pregunté:

¿ Pod favod con de family Dabinad?

-¡no,no,no señor! ¡La familia SABINA hace más de siete años que no viven aquí!

-Ah... Qué suedte: estoy habdando con ed señad Sabina... ¿Cómo edta?

- ¡Entiéndame! - estaba hecha una fiera-. ¡La familia Sabina hace veinte años que no vive aquí!

-¿Cómo está usted, señad Dadibad? - insistí, amablemente-. ¿Y su señod? ¿No se recuedda de mí, señad Dabinad?

-¿Pero quién es usted? -el monstruo, además de horripilante, era curiosa.

Carmen Maria Sabina, señad Dadibad.

-¿Carmen María Sabina? -repitió, con rabia-. ¿Qué Carmen María?

-Dadmen Madia Dadibad, señad Dadibad: Doi, Dadmen Madia que de escuendió debajod de camad

-¿¡Cómo...!? -no me había entendido bien: yo estaba partida de risa.

Aquello fue una especie de bomba bacteriológica:

-¡¡¡Pero, no molestes, idiota, haz el favor!!! ¿¡Por qué no te pegas dos tiros por si te falla el primero!?

-Podque no puedo. Tengo una puntedía mada. údtima vez que quise pegadme un tido en da cabeza, maté sin queded a una avestruz en Audtraliad.

Silencio sepulcral, se ahogaba, aspiro, y en una sola bocanada, todo el oxígeno de la atmósfera terrestre.

Yo, muy atenta esperaba.

Entonces, ahogándose en su propia cólera, lanzó sobre mí, a gritos, una carga de artillería pesada donde cada palabra, impaciente por ser proferida, se tropezaba con las demás:

-¡¡¡¡ idiota, tarada mental!!! Parásita de mierda, inútil, inservible, tonta!!!!

Cortó la comunicación de un golpe violentísimo. Una lástima: me hubiese encantado que me siguiera insultando roja transpirada, con el teléfono averiado a causa de los golpes...

Me sentí contentísima ya no me importó no haber podido hablar con el chico del balcón.

LA CASA DE LA CUESTA DE SANTA INES

Todo empezó cuando los inquilinos de la casa en la cuesta de santa Inés, numero uno, en donde vivo. Se adueño el ideático espíritu de la ambición.

Verdad es que durante mucho tiempo todos ellos se limitaban a rivalizar en canarios, perros, gatos, jilgueros, diamantes, como mucho, especies estándar, de cotorras, y loros. El más exótico de ellos nunca fue más allá de los gatos siameses o chihuahuas. Yo mismo tenía un hermoso perro mastín, que era un poco más chico que el apartamento se llamaba Don Antonio. Pero, aparte de Don Antonio, vivía con mis cinco gatos persas, mis siete pajarillos exóticos y un yaco. Mas una bella serpiente de la especie pitón.

Una mañana, sobre las diez, estaba dando de comer a mi pitón, y la vecina del Bajo B, a quien ni siquiera había visto ya que era nueva- vino, a no se qué confusa razón. Después, sin atinar a irse, se quedó un buen rato leyendo mi periódico. Mientras y de forma disimulada Contemplaba fascinada a Lola, y en su mirada había algo espeluznante: era sin duda el espíritu de la ambición.

Al medio día me llamó para mostrarme el cocodrilo que acababa de comprar. En el patio, la empleada de hogar de los del 2º D, nos sorprendió dialogando sobre la vida, los hábitos y la alimentación de escorpiones, alacranes y garrapatas. Esa misma tarde sus patrones adquirieron una exótica araña.

Luego, durante unas semanas, no hubo novedades. Hasta que una noche en que coincidí en la cancela con una de las vecinas del primero: una joven escuálida, rubia y de mirada perdida. Que llevaba un gran bolso negro cuya cremallera estaba parcialmente abierta: y por una de las roturas asomaba cada tanto la cabecilla de un lagarto verde.

A la tarde siguiente, cuando regresaba de hacer la compra, poco faltó para que se me cayeran las bolsas de la mano al toparme de bruces con el oso que bajaban de un camión con destino a la señora del Bajo A. Uno de los tantos mirones que se habían congregado murmuró -en voz lo suficientemente alta para ser oída- que el oso no era, en realidad, un verdadero oso pardo. La solterona eterna estudiante de derecho tuvo un sobresalto y corrió, trémula, a refugiarse en su apartamento: sólo la vi reaparecer unos días más tarde cuando, con desdén y con la cara sonriente, salió a firmar el recibo a los fleteros que acababan de traerle el oso panda chino.

La situación ya se me hacía insostenible. Los vecinos me negaron el saludo, el de la tienda de animales ya no me quiso fiar, recibía anónimos insultantes. Al fin, cuando mis hijos me amenazaron con la incapacitación, comprendí que no podría sobrellevar ni un día más una insignificante serpiente pitón. Idee un plan sin precedentes. Pedí dinero prestado a varios amigos, hice economías indescriptibles, dejé de ir a la opera... Y pude comprar la pantera negra más maravillosa que pueda concebirse. De inmediato, la monja en año sabático que me lindaba, no me perdía de vista, pretendió abrumarme con un jaguar. Y, aunque parezca ilógico, lo consiguió.

Lo que más me duele es tratar con gente que carece de sensibilidad estética, gente que no percibe la cualidad, gente meramente cuantitativa. No hubo un solo vecino que se inclinase ante la superior belleza de mi pantera negra; el jaguar les había cegado el entendimiento. Todos los vecinos, azuzados por el aire jactancioso y altanero del propietario del jaguar, se entregaron en cuerpo y alma a la faena de renovar sus animales. Yo tuve que reconocer que mi humilde pantera ya no me proporcionaba el status más alto de la comunidad.

Ante sigilosas conversaciones telefónicas -que yo escuchaba- con la oreja pegada a la pared, que la monja en año sabático mantenía con un señor anónimo, advertí que la disyuntiva era de hierro. Sin ningún remordimiento, vendí los muebles, las antigüedades, la lavadora, el televisor de plasma. En fin, que vendí todo lo que se podía vender y compré una descomunal víbora anaconda.

Es dura muy dura la vida de mis vecinos que son todos pobres y bastos: sólo durante unos días fui el héroe del edificio.

Mi víbora rebasó todos los límites, destruyó toda la calma, echó por tierra las convenciones educada convivencia. En todos los apartamentos fueron multiplicándose leones, tigres, gorilas, cocodrilos... Algunos hasta tenían especies en peligro de extinción, que ni siquiera poseen en el Zoológico. En toda La casa resonaban espeluznantes, rugidos, aullidos, maullidos felinos, ladridos, parloteos de loros. Pasábamos las noches en vela, imposible dormir. Los olores nauseabundos entreverados de felinos, cuadrumanos, reptiles y ruminantes tornaban irrespirable la atmósfera. Grandes camiones nos abastecían con toneladas de carne, de pescado, de vegetales. La vida en la casa de la cuesta de santa Inés empezó a ser un poco peligrosa.

Fue una experiencia inquietante la que tuve cuando, después de mucho tiempo, coincidí en la escalera con la joven y escuálida, estudiante de zoología, vecina del tercer piso, que ahora sacaba a su tigre de Bengala a dar una vuelta a la manzana para orinar. Pensé en el lagarto que había asomado la cabecilla por la abertura de la cremallera. Me enternecí. ¡Qué lejos habían quedado aquellos primeros, y quijotescos tiempos de las mascotas de compañía!

Llegó un momento en que no se pudo confiar en nadie. La portera, ante la tensa mirada de varios copropietarios, lavó en la fuente del patio ya sin macetas con agua y jabón a su elefante de dos cuernos, luego -como si allí no hubiera pasado nada- lo hizo penetrar a empujones y con duras fatigas en su apartamento. Esto era más de lo que estaba acostumbrado a soportar el del Ático: unas horas más tarde subió triunfalmente las escaleras llevando de la brida a su foca.

La casa se halla ahora inundada por toda clase de inmundicias y medio en ruinas. En este momento, me encuentro redactando este informe, con mi ordenador portátil en la azotea, en condiciones desfavorables. Cada tanto me sobresaltan los plañideros berridos del elefante que vive con los del Ático B. Escribo con el reloj en la mano, pues, a intervalos de cinco minutos, debo

guarecerme entre las ruinas de la escalera para que no estropee mi ordenador el chorro de vapor que lanza la ballena azul de la terraza de al lado. Y escribo con cierta inquietud, estando, como estoy, bajo la suplicante mirada del elefante, que, asomando la cabeza por la tapia, no cesa ni un segundo de pedirme galletitas.

GALERÍA DE ARTE

Cierta tarde vagaba entre infinitas paredes cargadas de cosas que habíamos de llamar obras, a riesgo de convertirnos en blanco de los peores insultos y la inscripción terrible, de reaccionaria -decadente-intolerante-antidemocrática-. Ya se sabe, es menos inmoral robar, antes que tener una fe mal disimulada: bueno-malo, bello-feo, y mas. Por ello, si se quiere evitar esa salmodia de epítetos, lo mejor se que puede hacer, si a ello se ve obligado, es verter un suave y contemporizador: "sí, está claro que esos hierros dentro de una bañadera vieja, salpicado todo con hermosos trozos de aglomerado, papel arrugado y esferas de plástico, está muy claro, que eso es Arte y con mayúscula por si parece poco".

Andaba en ese pausado recorrido entre dibujos de jardín de infantes, telas avejentadas, hierros retorcidos y genialidades incomprensibles, o entre la misma basura de la calle acomodada, eso sí, sobre importantes pedestales; pero, sobre todo, me guiaba la certeza o la esperanza de que en medio de todo eso, algo que tuviera derecho a la existencia pudiera nacer. Y a veces, hasta nacía.

Seguía recorriendo esos laberintos cuando de pronto me pareció que desde una tela dos ojos me seguían. Temiendo ver confirmados los peores pronósticos acerca de mi salud mental, vacilé infinitamente hasta que me acerqué al cuadro. Efectivamente, entre los colores formando manchas como los que hacen los niños de primaria, pude distinguir dos ojos que me miraban fijo. Por fin, una grieta se abrió en el cuadro, y salió una voz que me saludó amablemente; yo, en principio, no respondí el saludo, por si se trataba de mi homónima de la vanguardia, además, no me parecía bien eso de andar hablándoles a los cuadros como no fuera en la intimidad del propio pensamiento. La voz debió darse cuenta del motivo que me hacía incurrir en semejante falta de educación, porque me dijo: "oye, soy una persona, o eso dicen, me llamo Yolanda, gusto en saludarle".

me pareció que hablar y tener un nombre no es propio de otros mundos y que eso es suficiente como para ser considerado persona, o no, pero en tal caso yo saludaba cien veces al día a muchos seres, sólo porque tenían nombre y hablaban, y no tenía por qué haber una excepción ahora. Entonces le respondí: "El gusto es mío. ¿Pero sería tan amable de decirme qué carajo hace allí colgada como si fuera un cuadro?".

"Cómo no, cómo no -me respondió-. La verdad es que no me encuentro muy cómoda aquí, pero ya me acostumbraré. Resulta que estaba yo la mañana del martes en el metro como todos los días, dirigiéndome hacia el trabajo, suelo aprovechar el viaje para retocarme un poco, rimel, y maquillaje, y en eso estaba cuando de golpe un marchante me confundió con un cuadro expresionista.

No pude evitar interrumpirla con una exclamación salida de lo más hondo de mi ser. Qué horror, -le dije- ¡Si al menos la hubieran confundido con un Picasso!, vaya y pase, pero... La señora me contestó un poco molesta: Lo que usted quiera, pero es un pintor muy conocido con una creciente reputación en

Europa y los Estados Unidos, me dijo, repitiendo sin duda alguna reseña de un suplemento dominical. ¡Para mí es un honor que me hayan confundido con un cuadro suyo!

-Si, claro -dije-, para qué modelos de botero, desnudas o vestidas, ahora no hay nada mejor que confundir a las mujeres con cuadros expresionistas, llenos de chorreones de pintura y cosas pegadas. Las mujeres hemos evolucionado junto con el arte, eso se ve muy claro.

-Ya ve usted que tengo razón. Así que me confundieron con un cuadro que hace unas semanas había sido sustraído de una de las galerías más importantes de nuestra ciudad. Ya ve que el pintor es tan genial que hasta los ladrones le roban sus cuadros, como en las galerías de Nueva York.

-Claro que si -le dije-, no hay como los ladrones para críticos de arte; eso que usted me cuenta me confirma absolutamente la calidad de su obra.

-¿Ve lo que le digo? Bueno, entonces el marchante, que era muy entendido a todas luces, me confundió con esa obra, y como a duras penas podían ocultar su júbilo, gritaba, "las vanguardias tenían razón, el arte verdadero está en la calle", me devolvió a la galería, y como esta semana ha comenzado una muestra retrospectiva sobre el Maestro, pues me han traído junto con otras obras".

-Interesante, interesante -dije para decir algo mientras me alejo unos pasos hacia atrás.

-Yo siempre quise vivir cerca del arte, es mi vocación.

-“Sí, se ve”, le dije.

-Gracias. Es por eso quizás que cada mañana ponía todo mi afán en maquillar minuciosamente mi cara, porque eso no es cualquier cosa, no, no, es todo un arte. Y no me he conformado con la pintura, ¡no! También he experimentado la escultura clínica, luego de años en quirófanos, de inflarme un poquitito aquí, de sacarme una cosita acá para ponérmela un poco más allá, lo he logrado, soy una obra de arte!"

"-Qué bonito, qué bonito" -dije mientras me seguía alejando imperceptiblemente.

-No es tan cómodo estar colgada de una pared, pero todo sea por el arte, continuó mientras yo me iba casi corriendo de ese Templo de la Cultura.

PÁJARO NOCTURNO

Apoyado en la ventana de la sala el cristal reflejaba su flaca silueta. Yo sentada frente a mi mesa de trabajo introducía datos en el ordenador. Él apoyado en los cristales de espalda a la luz. Yo apenas lo veía. El sol me deslumbraba. ÉL solo era una triste figura en claroscuro.

Él me explicaba su teoría según la cual era posible alcanzar la inmortalidad en este mundo.

-La primera norma de la inmortalidad es el secreto –comenzó- mis resoluciones son muy sencillas y fáciles de comprender, se trata pues para nunca morir de tal modo que la muerte no tenga nunca ocasión de arrebatarnos la vida:

El pasado no puede modificarse
El futuro no existe
Nadie sabe en donde esta el futuro
El instante es eterno
Solo tengo el hoy
Por eso siempre existo
No voy a morir nunca.

Salio con pasos lentos de la sala cerrando la puerta con suavidad dejando al sol derramarse por las losas del suelo y las blancas paredes la luz y yo éramos los portadores y guardianes de su secreto.

Unos días después el periódico decía; que él estaba sentado frente al juez que iba a dictarle sentencia y de pronto envistiendo a los dos policías que lo custodiaban en el banquillo se dio la vuelta como un furioso animal, cruzo la sala emprendiendo una carrera que se terciaría en circular con las manos esposadas junto a su vientre. Mientras huía por corredores como por selvas hostiles, sin afeitado y despeinado.

-Conozco la receta de la inmortalidad.

-El que tu existas solo en el hoy no te da derecho a convertirte en un místico deberías dejar los pájaros de tu cabeza tanta teoría metafísica y regresar al mundo real esos pensamientos nunca te han traído buenas consecuencias. ¿Entiendes lo que trato de decirte? Pero solo veía el claroscuro que su imagen vertía por los cristales de la ventana.

-El primer mandamiento de la inmortalidad el secreto. –Concluyo- momentos antes de abandonar la sala.

Aquella mañana de junio renegó del pillo que lo miraba como un aparecido en el espejo del cuarto de baño. Se puso una camisa blanca tejanos y zapatos lustrados salio a la calle duchado. Descubrió la frescura de la luz recién horneada, las plazas limpias, las fuentes sonoras, los bancos de piedra fresca, los pájaros. Las persianas metálicas que cerraban durante el día los bares de la noche que él habitaba y también conocía.

Cuando la tarde declino surgió la noche, se olvidó de todo buen propósito de enmienda, y regreso sin ningún pudor a su condición de pájaro nocturno, las putas de las esquinas, las maquinas tragaperras, el camello que le resolvería la papeleta. Al entrar en el retrete de bar donde se había posado cuando ya todos los demás habían cerrado, encontró en el espejo sucio del lavabo a su terapeuta que le reprochaba su caída. Encogiéndose de hombros murmuro un objetivo, un plazo, un cambio de aptitud, se disculpo. Le dijo al espejo. – Y que le voy a hacer si es mi destino-.

Las manos esposadas junto al vientre y echó a correr por pasillos de la audiencia derribando en su descontrol montañas de expedientes amarillos. Lo imagino, mientras huye por los corredores como por selvas inhóspitas mal peinado y sin afeitarse; con esa calaña de mala noche y celda que tienen los hombres en las fotos policiales. Bajo la escalera, cruzo por oscuros sótanos y cuando levanto las dos manos esposadas para girar el pomo de una puerta, con la extraña sensación que él tendría de haberse perdido por los pasillos posibles de un sueño, porque al otro lado de la puerta no estaba la inmortalidad.

PRÓXIMA ESTACIÓN

Soy María, tengo treinta y tres años y aquí empieza la historia en la que decidí ir a Jerusalén.

Mi padre había sufrido un ataque. Ahora estaba enterrado.

Desde una terraza, un gorrión echó a volar y se posó en la rama de un árbol de la avenida por la que en ese momento yo transitaba. Pió y se alejó volando. Eso es todo lo que recuerdo de aquella mañana de enero. El cielo se ponía oscuro y hacía frío. Por última vez sentí el roce de sus labios en mis mejillas, y su mano que se cerraba dulcemente sobre la mía. Un fulgor de sol, un fulgor de luna y otro de estrellas.

El tren se detuvo en una estación extranjera. En mitad de la noche subió un viajero y entró en mi departamento, depositó su maleta sobre la red encima del asiento, se sentó y miró por la ventanilla. El cielo estaba negro. Un farol, con un haz de luz polvoriento y débil, daba luz triste al reloj clavado en una pared de aquella desangelada estación.

-¿Qué hacemos dentro de estos cuerpos? dijo mi compañero.

-Creo que nos llevan, y nos sirven para viajar desde el interior dónde debe habitar el alma, contesté yo.

-¿Qué?

-Quiero decir, que los cuerpos, lo mismo son maletas y nos transportamos a nosotros mismos, ¿Conoce a El Greco?

-No, ¿Es algún famoso?

-Es un español, bueno, exactamente no, era cretense.

Un lamento lejano, como un perro herido, se escuchó.

-¿Es un animal? dije.

-¿Usted qué cree?

-Creía que era un amigo suyo.

-No, me refería a ese lamento que llega del exterior. El Greco es un pintor, aparece en Toledo y estableció un taller. Murió hace mucho tiempo.

El reloj de la estación dio las doce campanadas de media noche. El lamento lejano paró bruscamente.

-Ha empezado un nuevo día desde este momento, ¿Hace usted un peregrinaje? preguntó el viajero.

-Sí, es algo personal, busco solamente huellas.

-¿Es usted católica?

-Sí, prácticamente todos los europeos lo somos de alguna manera.

El hombre hablaba un español muy correcto.

-Ustedes los europeos utilizan frecuentemente estas palabras: prácticamente, exactamente, probablemente, a saber porque, no sé si son positivas o negativas, ¿Usted qué cree?

-No, dije. La palabra prácticamente, prácticamente no quiere decir nada.

El hombre rió.

-Es usted muy ágil, me ha ganado y probablemente me he dejado ganar.

-De todas formas y en mi caso es probablemente miedo al viaje. Me eché a reír.

El reloj de la estación dio las doce y treinta. El sueño se apoderaba de mí. Desde un parque, detrás de las vías, llegaron los chillidos de los grajos.

-Hace tiempo, leí la Biblia y los Evangelios, son libros sabios y complicados.

-¿Complicados?

-Me refería a Jesucristo.

-Jerusalén, es una ciudad santa, ¿Usted hace también un peregrinaje?

Mi compañero, aplastó fuertemente su cigarrillo con el pie y dijo:

-¡Voy a morir!, ¡Me quedan ya pocos días!

Se acomodó en su asiento y dijo:

-Tal vez deberíamos dormir, no tenemos muchas horas de sueño. Mi próximo tren sale a las tres de esta madrugada, supongo que no tendremos ocasión de volvernos a ver con la apariencia que nos hemos conocido, es decir, nuestros actuales equipajes. Le deseo buen viaje.

-También se lo deseo a usted.

El tren se detuvo, lo vi bajar y se perdió en la noche hasta confundirse con parte del andén.

Continué dentro del compartimiento. La noche era suave y húmeda. Desprendía una intensa fragancia a hierbas. Un trasbordo tras otro, pensé.

En el asiento de al lado, ahora desocupado, se sentó una mujer acompañada por un niño que se sentó a su lado. La mujer me dio las buenas noches.

-Buenas noches tenga, ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí detenidos?, pregunté a mi compañera.

-Ochenta y cinco minutos, dijo ella.

Salí hasta el pasillo minúsculo y en la escalerilla del vagón me fumé un cigarrillo. Luego me dirigí de nuevo hacia mi asiento con sueño y cargada de santa paciencia, me dispuse ya sentada a esperar a que el tren se pusiera en marcha. El niño, con una vocecilla cristalina me preguntó:

-¿Vas a Jerusalén?, eres muy guapa, no hablo bien tu idioma, ¿Eres de España?

-Sí, gracias, eres muy amable y viajo a Jerusalén, respondí.

-Nosotros vamos visitando templos, dijo su madre.

-¿También hacéis un peregrinaje?

-No, nosotros recorremos los templos porque mi hijo es profeta, lee el alma de los peregrinos, sólo pedimos la voluntad.

-Sí, veo el pasado y el futuro, ¿Quieres saber cual es tu vida?, dijo el chiquillo.

-Sí, estoy deseando saberla.

-Dice mi hijo que si puede mostrarle la palma de su mano derecha.

Alargué mi brazo con la palma de la mano extendida y el crío la sujetó entre sus manecillas. Atentamente, miró los surcos y tocó las líneas de la piel de mi palma.

-¿Entonces?, pregunté.

-Lo siento, dice mi hijo que no es posible, porque tu eres otra mujer.

-¿Ah sí?, ¿Quién soy yo?

-Eso no importa, es sólo la apariencia del mundo, lo que cuenta es el alma.

-¿El alma?, creía que dentro de nosotros también cuenta la vida, la suma de nuestros días vividos, lo que hemos sido, lo que seremos. Si soy otra, me gustaría saber donde está mi alma, pregúntale quien tiene mi alma en este momento.

-No puedo decírtelo. Si es sólo tu vida ¿De qué te sirve saberlo?, dijo el niño.

-Tienes razón, no sirve de mucho, pero intenta averiguar donde está mi alma, ¿No eres un adivino?

El niño hizo un gesto con su pequeña mano, y sus dedos dibujaban olas en el aire de un mar imaginario.

-Dice que estás en medio del mar, en un navío que se balancea, no ve nada más, sólo luces.

Saqué de mi bolso unos billetes y se los entregué, les di las gracias. Miré por la ventanilla, el tren se perdía en la noche y encendí un cigarrillo. El cielo era casi negro, la sombra de la vegetación al borde de la vía. Mi próxima estación no debía de estar lejos. En un instante, el mundo había cambiado.

UN CUADRO DE EL GRECO

La mitad de esta historia puede que se encuentre en los archivos de la policía, la hemeroteca de un periódico, o en el sótano de un juzgado entre expedientes de ejecución de embargos.

El inicio es una nota de prensa aparecida en un diario neoyorquino: "El catedrático de arte José Cano ha encontrado un cuadro de el Greco robado en Madrid en el año 1937". La nota fue encontrada de esta forma. "He venido a Nueva York para aclarar dos cosas";

-Que el cuadro es auténtico
-Y, que lo devolveré a España.

Estas palabras fueron dichas por el profesor de arte experto en el Greco, José Cano era muy bajo de estatura, casi enano: andaba por la edad madura y estaba en los putos huesos. Su cabeza era descarnada y de color hueso. Como indumentaria vestía chaqueta de pana marrón parda roída en los codos y zurcida por él mismo, pantalones estrechos como fundas de paraguas, que no le rozaban las botas. Dejando entre medias un trozo de piel peluda. Parecía un botecillo de tinta con corcho de botella de litro.

"La Asunción de la Virgen". Aquel cuadro que un día desapareció de la casa de las hermanas Juana y Manuela Salas en Madrid. Y que él había buscado durante cuarenta años y por fin supo donde estaba el cuadro, y entabló una amistad con las dos hermanas. Dos mujeres de edad madura, delgadas, de estatura media, agrias y semejantes como dos mitades paridas iguales e inseguras.

Así eran Juana y Manuela, a las que todas las tardes que podía visitaba José. Acudía a la residencia para tomar café con ellas mientras no dejaba de admirar la belleza del cuadro: En el cuadro, como sobre un cielo de lienzo habitaban ángeles difuminados en sus formas, en la parte superior de la pintura y otros danzantes en anhelo dentro de un firmamento pintado, levitados. Por un impulso brotado de la materia y la luz era transparente con claridades de alabastro.

El rostro de la Asunción cubierto con destellos que corrían según la hora del día. El rayo violeta de sus ojos serenos bajo la mirada que observaba en un difumino de brumas opalescentes y el manto de un blanquiazul inesperado. La tierra como un tapiz cubierto de reflejos crepusculares de colores malvas.

La Virgen aparecía rodeada por ángeles aquí y allá que se expandían como horizontes y a la vez contrayéndose en una leve pompa de jabón próxima a desaparecer; los ángeles volaban al otro lado del lienzo con súbitos aletazos, (como el alma trémula de José), él con la mente dibujaba la boca, los labios entreabiertos. Unos labios. Elegidos por el Greco entre miles de labios. Elegidos para él (José).

Con el dedo índice tocó el borde de la imagen dibujándola como si salieran de sus manos y al mirarla percibía vibraciones divinas pobladas por extraños silencios que atravesaban mundos de ángeles. Cerró los ojos para deshacerlo todo y recomenzar de nuevo.

-Sonó el teléfono en el apartamento de José Cano
-descolgó el auricular
-escuchó al otro lado una voz angustiada de mujer
-soy Juana Salas
-sí, dígame, respondió
-ha pasado algo terrible...
-por favor, explíqueme, ¿puedo ayudarla?
-nos han desahuciado por impago el dueño del piso, ¡estamos en la calle!
-tranquilícense, ahora díganme donde está y yo mismo iré a recogerlas.
-ella dio una dirección, la de un hostel.
-él colgó el auricular del teléfono, salió precipitadamente a la calle, subió a un taxi e indicó al conductor; ¡vamos, al hostel del Gato negro!, y en ese momento comenzó su misión.

A la entrada del hostel, llorosas en un estado de gran excitación nerviosa se precipitaron sobre José las dos hermanas.

-¡el cuadro! ¿Dónde está el cuadro? preguntaba José, víctima a su vez del nerviosismo
-no hemos podido sacar nada de la casa ¡por favor, tiene que ayudarnos!
-no se preocupe y déjenlo de mi cuenta dijo José, y desapareció calle abajo

José iba caminando a trompicones, anduvo durante horas sin rumbo por todas direcciones, por todas partes, sin saber como se encontró de nuevo en su casa. Y empezó a preparar un plan de acción. Se propuso no descansar ni un minuto hasta recuperar el cuadro. Y comenzó su investigación y pudo enterarse que un tal Labanda, funcionario de la oficina de embargos fue el encargado de incautar el inmueble. Robó el cuadro y lo envió a México.

La pista se perdía ahí, y durante muchos años nada se supo se "La Asunción de la Virgen"; pasó el tiempo y José Cano seguía una vida rutinaria de trabajo y poco más pero sin renunciar, firme, fiel a su propósito de alcanzar lo que ya para él era su única meta: seguir cuales quieran que fuesen las señales, sólo la luz lo conduciría a la verdad, sólo era cuestión de permanecer atento a cualquier indicación, (recordó una ley de la naturaleza inmutable; como es arriba es abajo).

La vida de José había adquirido un sentido, ya no le importaba el paso de los días, las semanas, los meses; estaba vivo, él era el dueño de su destino, el señor de su secreto. La Virgen le había dado una oportunidad, seguir todos los signos con mucha atención.

Y llegó el verano de 1968, José casi tenía el cuadro en sus manos. En agosto voló hasta México con la información recabada en distintas fuentes y, allí se enteró que ya no estaba su Greco.

El dueño lo había vendido a un anticuario que residía en Los Ángeles (California).

José regresó a Madrid y a su trabajo de profesor de arte y un año después, en el verano de 1969 en Los Ángeles encontró al anticuario y éste le informó que se lo había vendido a un cliente residente en Nueva York.

Y llegó el tercer verano de 1970, aquel verano cuando por fin José llegó a Nueva York a la dirección dada por el anticuario de Los Ángeles. Y se hizo con el cuadro, conteniendo la emoción y a punto de tomar un avión para Madrid en el aeropuerto Kennedy fue educadamente informado por la policía del FBI que le advirtió que alguien había interpuesto un recurso legal, el atónito profesor apenas creía lo que escuchaba, el policía seguía informándole sobre una señora McMiland, la que había interpuesto la querrela argumentando que judicialmente el cuadro era suyo, y el procedimiento de regreso de la obra debía detenerse. El fiscal abrió un plazo que finalizaba en septiembre: para todo aquel que se crea con derecho de reclamar la propiedad del cuadro lo haga.

Las hermanas Salas, de cuyo domicilio salió la obra de el Greco, junto con la señora McMiland, representadas por un tal Randonsphk; reivindicaban en principio sus derechos sobre el cuadro.

Años más tarde José Cano, regresó a Nueva York, ya no le importaba ni el tiempo ni su propia vida, todo para él era fugaz, casi todo, la gente vivía una vida sin sentido, llena de nada, ocupado en su dinero, más dinero para ahorrar y levantar las naciones (había escuchado decir José al profesor de literatura) el cual siempre estaba dispuesto a convencer a José para que abandonara aquella chifladura malgastando su tiempo, su vida, sus ahorros y todo por un cuadro que nunca recuperaría.

-hazme caso José, le repetía su compañero, deja ya de perseguir un sueño, buscaste una mujer, casete, ten hijos, y sobre todo vive en paz.

A José, ya no le importaba nada, tenía un motivo, había seguido unas señales y el camino determinaría por llevar a cabo su misión. Al final de la historia donde sabía que siempre se sale de un túnel siguiendo un pequeño punto de luz sacándote de la oscuridad.

Nada se sabía de la señora McMiland mientras Rondonspsk en cuya posesión había localizado José el cuadro, después de treinta años de lucha de desesperación y desaparición, treinta años de buscar, de quedar como un loco ante todos, de vivir postergado en la resignación de ser abandonado por su familia, amigos y compañeros, que le habían dado por perdido, dejándolo completamente solo. Treinta años de risas disimuladas de cientos de alumnos de llamadas de atención por parte de la dirección del centro, treinta años de amenazas de abrirles expedientes. ¡Mira ese es el profesor que habla con la Virgen! Treinta años de incomprensiones por parte de todos que lo creían un desequilibrado que perseguía un sueño en el que ya nadie creía y en su discurso. Treinta años solo.

Nada se sabía de la señora McMiland y ahora él sabía todo y estaba allí aquella mañana tranquilamente apostada en la puerta de un edificio en una calle de Nueva York. Esperó, esperó... y cuando salió Rondonpsk, José se le acercó tranquilamente, sacó un arma y dijo que actuaba en su propio nombre y a punta de pistola recuperó el cuadro. Era el mismo que admiró en la finca gallega "El pito" en 1934.

La mitad de la mitad de esta historia puede que se encuentre en los archivos de la policía, la hemeroteca, o en el sótano de un juzgado entre expedientes de ejecución de embargos.

Esta historia no tiene momentos. Vive más allá de sus días y es una continuidad de esperanza. El final lo escribe y protagoniza un hombre, que aún hoy ignora toda pausa. Nada se pierde en la eterna evolución de las cosas.

UN SOL PARADO A LA ORILLA DEL MAR

En la mañana busqué la sombra abajo en unas rocas, y me quedé esperándote, ¿dónde andabas?

Como si los recuerdos se me hubieran hecho de colores, me respondieron:

—Levantando la orillita del mar.

Un sol parado ponía brillos al mar y corría por la playa. El rojo era un ascua que atizaban las olas.

—Si así fuera -les dije- ya me habríais enrollado un pedazo para encontrar barcos hundidos en vez de bucear.

— ¿no veis que me te tiene presa el sueño?

Una cosa es verdad –continué-

A La mar la persiguen los pájaros.

Así la veo acercarse, con una turba de gaviotas prendidas en el vestido azul de las olas y, las aves se alzan pro el como la arena para volver a caer en el agua... en ese momento tomó mi mano el mar, abrió la suya y con una sonrisa: "ten, te los regalo", me dijo.

De botones de coral, chapas de refresco y caracolas, tengo mil frascos, yo los tomé haciéndole ver mi sorpresa.

-Tienes de arena el iris y brillos de canica en las pupilas cuando lloras.

Me dice el mar , lo repite el mar, como si me quisiera embrujar y yo corro y corro y viene detrás de mí, persiguiéndome hasta que me tumba para hacerme cosquillas y yo me revuelco de risa y me escapo y se enfada porque después regreso muy seria y le levanto la orilla y lo descubro lleno de miradas por dentro, dueño de todos esos ejércitos de peces que lo alimentan como a un rey amplio y caprichoso, amarrado a sus riquezas, robándole las almas a esos inocentes que se metieron a pescar en su silencio de pescadores y que se asoman desde su propio espanto para decirme:

tú que andas siempre como colgada del brazo del mar , pídele por nosotros, nuestra voz es un viento que sopla donde nadie oye, no podemos ni siquiera solearnos el nombre en la cruz de algún panteón. Pídele por nosotros.

Yo me quedo muy triste escuchándolos y luego voy y les hago dibujos en la arena con las cosas de la tierra y se los doy al mar para que de arrepentimiento se los lleve y no se sientan tan solos.

Ellos me lo agradecen y me arrojan lo poco que tienen, botones, chapas, caracolas y yo se los guardo y le encanta porque me llena frascos y más frascos como si fueran tesoros, pero mejor no digo nada porque me acordé que yo colecciono secretos. Y me perdí en sus aguas

Los oigo desde lejos y aunque no quiera se me llena de incongruencias el corazón. Ese día al amanecer, decidí que ya era tiempo de marcharme.

A los que escuchan al mar se les prenden los ojos como esas lámparas que andan por los callejones temblando para no tropezarse con la oscuridad, pero a mí no me da miedo; a mí, el alma se me sale del cuerpo, así tan liviana, que le cuesta trabajo volver porque se la lleva la brisa como invitándola a contemplar el mar desde las estrellas pero yo le digo que no, que mejor.

-¡vuelve alma mía!- para seguir escuchando al mar que aunque está viejo le sobran las magias para pasearse por los infiernos como si llevara la cuenta de las almas.

Me ha contando el mar que su secreto es ponerse esa capa invisible que le regaló un Santo que lo visita mucho y que lo protege de la maldad. Aunque no cree en los encantos y por eso se queda como temblando por dentro, y yo oigo como dan vueltas y vueltas las olas de un lado para otro y a él lo oigo discutir con esos sueños que se visten de susto para picarlo.

-¡Tenemos que cuidarlo mucho y entonces!...Si, si, Sí.

Y entonces se me ocurrió buscar un tabla y sobre ella pinte figuras de colores y también un mar chiquito igualito que él, para que adonde quiera que vaya nunca se pueda ir.

Escuchaba el ruido de las olas Y recordé a mis padre, a mi hermana que se fue tras de mí jugando a pisarme la sombra con una felicidad extraña, hasta que la vi perderse entre la gente con la cartera al hombro.

Caminé y caminé viendo como se repetía una y otra vez la misma escena, el mismo pedazo de tierra donde me detenía para sólo divisar mi casa y luego el mar y otra vez mi casa.

La luna era un arañazo de luz en la distancia cuando me dejé caer vencida por el sueño era tan pequeña.

-¡Esta niña otra vez se le hizo de noche en la playa! Dios mío que vamos a hacer con ella.

Me encontraron a la mañana en el corral junto al escándalo de las gallinas.

-¿Escuchas el mar madre? Viene por nosotros.

¿Lo escuchas? como si se abriera la tierra, tragándose los cerros, la lluvia anunciando con tambores y trompetas el fin de todo.

En guerra el agua con el agua, el trueno con el trueno.

¡Sálvame madre, te lo ruego!

El sueño se repite.

No quiero dormir, pero los ojos se me hacen de hierro y se me caen hasta el fondo de un abismo hasta que despierto, para oír otra vez los pasos de mi madre, ¡Esta cría esta mal!... las voces de mis hermanos y mi padre que hablan y hablan, como si sembraran en el aire las palabras y les naciera el mundo del que no se quieren ir.

A mi lado está siempre mar, con perfume de silencios que huele a secretos, consolándome con esa dulzura que se le sale ¡y corre! a espantar a la muerte que se acerca lenta, muy lenta, como si me anduviera midiendo el alma.

De todas maneras va a encontrarse con que la estamos esperando.

Y me fui siguiendo al mar. Y el agua me llevo al lugar donde encuentra sus tesoros.

EL CIELO ESTA CERRADO

Vamos... a encontrar lugares que no existen –dijimos-. Y dimos vueltas esdrújulas, en un espacio, cerca del olvido.

Detrás de un nubarrón, se balanceaba un cartel, "el cielo esta cerrado", como resignado a su destino. Golpeamos, hasta aventar a la tormenta, se venía en tronadas como una conspiración de ángeles rebeldes. Un ángel, abre la puerta, dos alas rotas, donde aún transitan las nostalgias.

En una bóveda de escombros diluvianos, un trajín de gorriones, construyen un salvoconducto de secretos y armonías.

El techo, desaparecido, como una voluta de humo en el viento. Las fotos colgadas en las paredes, tenían una languidez estoica, solemne transitada por una patena de tiempo indescifrable, con sus dedicatorias. Marylin, ocupaba el centro de un marco oval y trágico, acompañada por un réquiem de querubines desteñidos.

Flotaban a ratos estrellas, abrazadas a un encaje de algas, abandonadas a un mar de novias de cantina.

Apareció el ángel, con una extraña bolsa de impredecible contenido.

El aliento cortado, por la prisa de otro tiempo, como sabiendo que la sed venia de lejos, dijo: traje vino, pan y aceite, no hay mucho para elegir los domingos – concluyó-.

Salimos a pasear, y nos topamos: con un bosque de álamos negros, se nos clavó en los ojos, un cielo de astillas. –Preguntamos- ¿Para qué tantos álamos?: para hacer cajones de muertos -respondieron-.

¿De álamo? Si, -para los pobres-

El cielo se había abierto en una lluvia densa, sobre una tierra huérfana, un sudario gigante abandonado, en la consagración de un domingo.

Prometimos volver pronto.

PÁJAROS BLANCOS

Cierta tarde, muy bella, me detuve frente a un estanque a mirar pájaros blancos. Gaviotas en pleno vuelo a ras del agua, garzas en una pata esbeltas contra el gris del paisaje, realzadas en la niebla.

Quizá me entretuve mas tiempo de la cuenta mirando el agua. Al volver al camino encontré entre las hojas secas uno de esos clásicos espejos. Me agaché, lo recogí y no pude menos que preguntarle: espejito, espejito, ¿quién es la más bonita?

-¡Tu madre!

-sin rechistar

¡Te equivocaste de historia! me contestó el espejo.

¿Equivocarme, yo, yo? Miré fijamente, al espejo, desafiándolo, y vi el rostro de mi madre. Estaba igual de joven y bella que siempre. Eso si, tenia unas arrugas de preocupación, que la entristecían, un poco, más mías que de ella. Me reí, se rió, nos reímos, me reí de este lado y del otro lado del espejo, todo pareció más libre, más liviano; y hasta rió el espejo.

1. El espejo lo dejé donde lo había encontrado.
2. También él estaba cumpliendo una misión.
- 3-Me alejé sin echarle ni un vistazo a mi reflejo.

EN EL NOMBRE DEL HIJO

Se levantó temprano.

El ruido de los coches en los atascos diarios.

Ni un solo pájaro.

No pensó en nada que merezca la pena poseer.

Piensa que resulta gravoso llevar una existencia a la desesperada, que saber que se ha llevado una existencia a la desesperada, y que usar la palabra desesperación es de por sí un desatino.

Sabe con certeza que si se posee un por qué para vivir, se puede afrontar sin miedo ¿Por qué me toco, cómo me paso? a mi...

Siente que ya no hay nadie a quien odiar y que tampoco necesita ni tiene motivos.

Si a le hirieron alguna vez, ya debería haberlo olvidado.

Hizo lo que debía, cuando lo dejaron solo (lo que creyó deber).

Dio tres golpes en a puerta; no hubo respuesta –lo llamo- ¡padre¡padre¡ -nada- giro el picaporte encendió la luz del dormitorio. Tendido en la cama yacía el cuerpo ya sin vida.

Pensó; ¿Qué tiempo hará hoy? -Se acerco hasta la ventana- descorrió las cortinas subió la persiana, miro. Una mañana lluviosa de febrero – se dijo- tiempo desapacible. Se giro y puso la vista en el cadáver de su padre. El cuarto casi a oscuras, sobre la mesilla de noche, botecitos de cristal color ámbar, llenos de pastillas de múltiples colores, todos alineados, la mascarilla del oxígeno, reposaba sobre el mármol de la mesilla. Funcionando aun y conectada a la bobona. El vaso de agua, en la esquina cerca de la cama, como Juan lo dejaba siempre al alcance de la mano de su padre.

Le vinieron de golpe, los tres años, pegado al lecho de su padre, casi sin apartarse de su lado, solo para los recados urgentes. La rutina de los días, el ritual del cuidado al padre enfermo. Se acerco hasta el cuerpo, le acaricio el pelo, lo beso en la mejilla, y le cerro los ojos. Recordó sus últimas palabras de la noche, “estoy bien Juan, anda acuéstate tranquilo que falta te hace descansar, apágame la luz me da en los ojos y me molesta mucho” <estoy bien Juan>.

Descolgó el teléfono de la cabecera de la cama. Aviso a una ambulancia, llamó a la funeraria. Cuando llego la ambulancia, abrió la puerta de la calle al medico. Lo acompaño hasta el dormitorio. El medico firmo los papeles defunción, muerte natural, -lo siento- y se marchó. Llegaron los empleados de la funeraria, amortajaron el cadáver, lo depositaron en el féretro, bajaron con el hasta la calle, introdujeron la caja dentro del coche fúnebre. Juan los siguió en su coche hasta el tanatorio.

Ya tenía una sala asignada, fue introducido en una cámara de refrigeración con el frente acristalado, corremos las cortinas señor –le preguntaron- no, esta bien así –les respondió-

Su padre estaba muerto; ¿era justo que en los tres años de agonía, no los visitaran ninguno de sus cinco hermanos? ¿Desde que los médicos le diagnosticaron cáncer de pulmón? ¡Era justo!

...llamadas telefónicas de protocolo todas las tardes de domingos ¿amor? No aparecer más por la casa familiar.

Llevaba más de tres horas en aquella aséptica sala, el cuerpo del padre y el. Solo. En ese instante fue cuando escucho pasos apresurados, rumores de voces, que se acercaban pasillo adelante.

Apresuradamente, bloqueo la puerta, con los sillones, y las mesas bajas de la sala. Se palpo la chaqueta, si la pistola seguía en su sitio. Los golpes en puerta eran cada vez más violentos, ábrelos somos sus hijos ¡abre en nuestro nombre! Se incorporo del suelo y acercándose a la puerta y abrió a punta de pistola. Ante el sus cinco hermanos con cara de entierro. Los apunto con el arma.

-¿Qué haces Juan? ¿Te has vuelto loco? ¡Aparta esa pistola ¡somos sus hijos! tenemos derecho a velar cadáver –espetaron-

-Escuchadme, no voy a repetirlo, ¡yo velare a padre, yo solo! Cerro la puerta de un golpe seco. Los hermanos pataleaban la puerta, gritaban poder entrar.

- Si, entráis os mato. Avisaron a la policía. No abrió.

Llamaron al capellán -lo dejo pasar- allí estaba Juan sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, la pistola en la mano, los ojos idos.

-¿Por qué Juan? -pregunto- mientras tomaba asiento junto a el, en suelo.

Padre –respondió- nos los voy a dejar entrar:

-En el nombre del hijo que soy yo: le digo a usted, padre, que el amor se demuestra en vida.

<Que mis hermanos; lleven flores de plástico al nicho oscuro del cementerio todos los años, que les reste de vida, por el día de los Santos.>

EL LABERINTO DE AZUL

Llegó a casa a las siete y cuarto. El sol todavía no había salido, y tal vez no lo hiciera en toda la mañana. Colgó el chubasquero mojado que goteaba; debajo de él, se formaba un charquito.

—Tendría que secarlo —murmuró Azul.

Pero estaba demasiado cansada; prefería hundirse en la cama y dormir. Con un suspiro, colocó las llaves en la mesita del recibidor. La jornada en el servicio de emergencias había sido exigente, y volvía agotada. «Ojalá Pedro no se haya ido todavía», pensó Azul. Necesitaba que su marido fuera especialmente cariñoso con ella.

Lástima que, desde su reincorporación al servicio de emergencias, Azul nunca encontrara a Pedro al volver a casa. Los dos horarios eran incompatibles: cuando Azul regresaba, Luis ya se había ido; lo mismo ocurría al anochecer, cuando Azul marchaba al servicio de emergencias.

Meses atrás, en cambio, Pedro le hacía un pequeño masaje a la espalda, o tenía preparadas unas tostadas y los dos desayunaban juntos. Le preguntaba cómo le había ido la jornada, si hacía buen o mal tiempo. Luego él se iba a su trabajo y Azul a dormir. Algunas mañanas, antes de que Pedro se despidiera de ella, Azul le agradecía el amor con que la recibía, su carácter alegre y generoso. Era imposible no valorar esos detalles, gracias a los cuales valía la pena vivir.

Abrió la puerta con suavidad. Entró despacio, cuidadosa, a la habitación del matrimonio: «Pedro», susurró; pero, como había temido, Pedro ya no estaba. El dormitorio vacío, la cama demasiado grande.

La vida de Azul había cambiado desde que cogió la baja por enfermedad. Hasta entonces, su vida había sido ideal: había conocido a Pedro en la escuela secundaria, se habían enamorado, mantuvieron la relación a pesar de que cada uno estudiara una carrera diferente. Se habían casado diez años atrás y ni un solo desliz estropeaba su felicidad cotidiana hecha de pequeños momentos.

Luego, la maldita baja y los meses enferma; Azul apenas recordaba más que imágenes sin sentido, deshilachadas, sus padres velando su sueño, palabras desagradables producto de las alucinaciones, una gran tristeza enquistada en el centro de su ser. La vida de Azul durante aquellos meses fue confusa, y por consejo de sus padres había acudido al psicólogo, aunque, al principio, se había negado a ir.

Cuando le dieron el alta, Azul esperó no haber perdido su vida pasada; por fin volverían los días de felicidad con Pedro después de tanto sufrimiento. Sin embargo, la realidad fue diferente: ya nunca veía a Pedro. Malditos horarios.

Con la luz apagada, Azul dejó el bolso encima de los sobres. Los primeros días de su enfermedad había recibido muchas cartas; ahora recibía menos, pero todavía llegaba alguna. Eran cartas de muy mal gusto, no podía entender como en el mundo había gente con tan mala idea, que disfrutaba con bromas pesadas sobre lo que no se debía bromear.

Cuando viera a Pedro le pediría que rompiera las cartas. A ella le daba una rara superstición romper todos aquellos pésames absurdos, pero Pedro, con su buen humor habitual, seguro que se reiría.

¿Cómo existía gente que se atrevía a sugerir que Pedro había muerto? ¡Era absurdo! no le extrañaba que bromas de ese tipo casi la hubieran vuelto loca.

Se dispuso a dormir. Su último pensamiento fue para su marido: esperaba que hubiese regresado cuando ella despertara.

BLANCO Y NEGRO

Ocurrió durante un otoño muy lluvioso y gris. Yo caminaba cerca del puerto buscando algún lugar donde resguardarme del aguacero que me sorprendió de improviso; casi llegando a la esquina de una calle, oí una vieja melodía, una voz distorsionada por los años entonaba una vieja balada cuyo sonido se perdía en medio de la noche. Provenía de un bar mal iluminado.

Me apresuré a entrar con cierta curiosidad. Era un lugar maltrecho pero espacioso y en sus mesas bebían rostros anónimos, me observaron con una extrañeza que dio paso a la indiferencia. Tras la barra, permanecía de pie, un hombre triste como un luto, de pena aguda, vestido con un pantalón negro, camisa blanca, cuyo cuello se apreciaba muy sucio. A pesar de todo, conservaba ciertos gestos de albacea gentil al invitarme a tomar asiento, esto me produjo simpatía y cierta confianza. -¿Qué se sirve?- me dijo cuando me acerqué a la barra.

-No sé...-musité aun desconcertado por el sitio- algo para el frío.

Colocó un pequeño vaso en el mostrador y me sirvió un licor blanco, de olor muy alcohólico. Cuando lo bebí de golpe, sentí como si un gato bajara por mi garganta clavando sus uñas.

-¿Qué es esto?- pregunté tosiendo.

-A veces es bueno no saber que está bebiendo uno- contestó con desgana- Al segundo trago se acostumbrará, como a todo.

Luego se acercó a la barra y me dio otra copa de ese jarabe delirante, sirviéndose él una más generosa. Esbozando una risa, alzó el vaso para brindar conmigo.

No sé si fue por el silencio del lugar pero terminamos charlando largamente sobre todos esos temas que se hablan con desconocidos en todos los bares del sueño. Se trataba de un personaje triste, que parecía conversar con la lentitud de los que perdieron la prisa en algún instante de su vida y saben que las horas pasan como si no pasaran.

Tomas guardaba la imaginería de un alma en llamas, soñadora de metáforas. A pesar de ser un hombre triste. Del bar me fascino las paredes cubiertas de viejas fotografías: calles de Nueva York, pequeños dioses alados, reinas de coronas diminutas y cetros de madera, bosques con árboles y duendes.

-¿Las hizo usted?- pregunté examinándolas.

-Si, creo que me enamoré de la fotografía porque es así...tenía un mundo que yo no podía entender.

Apuré la última copa de aquel bálsamo ardiente, ya turbado por los rápidos enigmas de su relato. Tras despedirme, subí el cuello de mi abrigo y caminé bajo la lluvia algo más moderada, pero con el alma mojada de imágenes, pues esas fotos en blanco y negro estampadas en las paredes del bar, colmaron muchas noches sueños fragmentarios que se diseminaban en noches insomnes. Eran los nuevos protagonistas de una novela silenciosa que se

activa en mí, cuando cierro los ojos.

Desde ese día, visité el bar casi a diario. Solía conversar largas horas con Tomas sobre temas que se repetían con agotadora frecuencia.

Y así habría seguido el asunto, si es que durante una de esas noches no hubiese ocurrido algo que alteró el rumbo de los días. Aquella vez, el bar estaba un poco más concurrido que de costumbre y yo le dije a Tomas que me interesaría conocer la historia de las fotografías ya que esas imágenes en blanco y negro desprendía luz y no podía quitar la mirada desde la primera noche que entre al bar siempre me acompañan. A esa hora, el licor me hacía ver la realidad algo distorsionada.

-Usted ha ilustrado una ciudad de extrañas mitologías que habitan mis madrugadas, como si hubiese recobrado un lugar que olvidé, lejano...

Se miró las manos con naturalidad y creo que entendió ese mensaje más allá de la circunstancia y de la abrupta presentación. Luego de observarme y esbozar una sonrisa tímida de curiosidad,

-Me resulta extraño oír a alguien en este bar hablando de mis fotografías- repuso sonriendo. Tenía unos dientes muy blancos y al sonreír no descubría las encías.

Hablamos largo rato de su trabajo. Me confesó que su proyecto era ambicioso, en aquel tiempo consistía en crear seres de un mundo luminoso, personajes alegóricos, conceptuales, capaces de traducir el reverso de la realidad, ese mundo de figuras etéreas que sólo el delirio otorga por breves instantes para ser arrebatado y devuelto a lo trivial.

Yo le conté- no sé por qué- que cuando niño vi en un libro viejo el grabado de una musa que agitaba sus cabellos al viento; hasta la adolescencia le escribí poemas muy sentidos. Cuando me di cuenta que la impoluta dama jamás descendería del imaginario, dejé esos versos torpes y en su lugar quedaron amores poco memorables y un sentimiento de abandono que nunca he podido convertir cabalmente en escritura.

-Ojalá nunca olvide esos recuerdos - contestó como pronunciando una sentencia.

Luego nos despedimos y yo me perdí entre las calles húmedas, exultantes y a la vez apagadas, como si mis manos reprimieran un aplauso.

Unos días después, encontré a Tomas cerca de la playa. Miraba el mar con tristeza, con esa tristeza que, resaltaban esos ojos marrones como redondos planetas de canicas cristal. En el trayecto al bar me narró otros aspectos de su vida: Fue criado por un tío y de ahí heredó su pasión por el arte, aunque soñaba dejar algún día la isla.

Desde aquella vez nuestros encuentros eran muy seguidos e ingresaron a un terreno de familiaridad

Solíamos charlar noches enteras en el bar que hacía las veces de cuarto de estar y de estudio. Desde ahí se veía el mar perdiendo su inmensidad en el oleaje, alejándose de la isla como un navío inmortal.

Creo que Tomas realmente habitaba aquel escenario insondable de donde sacaba sus figuras, los trozos de una utopía cíclica que al filtrarla por su cámara pasaban a documentar el infinito. En nuestras largas caminatas por la playa, sentía que sus palabras ya no eran de este mundo, pertenecían a ese estudio de vieja madera donde los olores del diluyente se perdían entre las viejas canciones del bar.

Sí, yo representaba al personaje espantapájaros, al personaje anclado en la tierra de la ausencia que ahuyenta a las aves agoreras con el espíritu sombrío, hasta que se funde en el olvido- como todos los recuerdos- y al tiempo, los pájaros se posan en sus brazos de palo, volviendo a ser de nuevo sus propios fantasmas.

Hay noches con recuerdo de canción vieja y licor de sabor de licor improbable.

Un de aquellas en que entré al bar, Tomas me dijo con su tristeza habitual. Tengo algo para ti.

Se trataba de la fotografía de una mujer que danzaba sobre un horizonte luminoso.

-te acompañará si alguna no puedes soñar.

Sus palabras me sobrecogieron, parecía misteriosamente profético.

Nunca comprendí que hacía un hombre que retrataba sus sueños en blanco y negro de colores regentando una taberna. Y una vez se lo pregunté mientras trataba de hacerme esa fotografía que nunca terminó.

-Tú me recuerdas que las ilusiones son inconclusas- me contestó interrumpiendo su trabajo- que se construyen con recuerdos.

Creo que otra vez sus palabras fueron proféticas y así lo evidenció el fin del invierno, que trajo un sol redondo y húmedo como la nostalgia.

-Mi hermano me escribió ayer- dijo con la voz apagada.

Bebía un humeante café con indiferencia pero en el fondo, atento a mi respuesta, con una delicadeza (que luego le agradecí). Mi hermano me ha pedido que me viniera a Europa con él, ahí podría conocer el Viejo Mundo, como siempre había querido.

El sabor de la derrota hay veces que campea en las palabras, vigilándolo todo, se hace notar de pronto, para recordarme que la vida se compone de recuerdos, que la musa debía retornar a los grabados en remotos países de cielos abiertos y aparecer en mis noches como una esfera de agua donde se refleja el hombre de paja cansado de espantar sus espectros -Este es el

correctivo que la realidad le aplica a los sueños- me dije.

-Sólo quiero pedirte algo- le contesté- Cuando termines el retrato que era para mí, házmelo llegar.

Al cabo de unos meses, ocurrieron muchas cosas. De esto pasaron muchos años, quizás demasiados en los que nunca supe nada. Dije al principio de esta semblanza que en la isla renuncié a las grandes certezas que deparan a veces la vida.

Después de mucho tiempo me asomé al bar para confirmar esta idea. Todo estaba intolerablemente idéntico a como lo dejé, la maquina vieja de fotografías, las sillas de madera, la luz pobre, y Tomas con su semblante impregnado de laconismo y resignación. Parecía todo incólume al tiempo.

Me saludó como si nos hubiésemos visto ayer y si ni siquiera consultarme me sirvió aquel líquido espirituoso y construí de pronto el pasado entre el paladar y el sueño.

-¿Dónde te habías metido todo este tiempo?- musitó Tomas de golpe. No supe que responderle. Hablamos un rato de las razones de mi estancia en la isla, cortesías de viejos amigos. Cuando tras un silencio prolongado, le pregunté por su viaje, respondió desviando la mirada que él había muerto en Europa hace más de siete años. Una punzada en el pecho me invadió de improviso.

Se bebió de golpe su licor y continuó:

A veces hay recuerdos que nos mantienen vivos y cuando los desploma la vida con sus imperfecciones mueren de pronto, apagándolo todo.

Anduve feliz, con mis fotos, contigo...con el invierno incluso.

Me dijo que había enviado algo para mí hace ya tiempo. De uno de los cajones de la barra extrajo un pequeño objeto cuadrado envuelto en un trozo de paño negro, lo descubrí como descifrando una escritura misteriosa. Era mi fotografía terminada, encuadrada en madera...la musa estampada, danzando en el espacio que separa las quimeras de todos los continentes.

Me despedí de Tomas. Cuando salía del bar con mi retrato bajo el brazo, me juré nunca pasar a bares de canciones tristes poblados con personajes de mis cuentos, porque el narrar embadurnado en blanco y negro podía de nuevo trocar mis ansiedades en esta caricatura sublime de mi.

Salí con mi cuerpo de paja y mis harapos al viento. Alguien que me vio caminar por la esquina le dijo después a un amigo que ese día los pájaros se posaron en mi hombro.

MIS QUERIDAS MARIPOSAS

Aquella noche de verano de calor sofocante Gabriel jubilado desde hace mucho tiempo y amante de la soledad. Paseaba por su jardín en busca de brisa fresca, cuando vio cómo cantidades de mariposas volaban alrededor del farol, atraídas por la luz. Se acercó a mirarlas con más detenimiento, cazó algunas y las llevó a su cuarto para poder verlas de cerca.

Las encerró, en un gran frasco tapado con una malla de alambre, las mariposas murieron pocas horas después. Gabriel las puso con mucho cuidado entre dos placas de cristal. Fascinado por la variedad increíble de insectos y por el maravilloso y perfecto diseño y colores de sus alas. Desde ese momento se dedicó a estudiarles con pasión, leyendo todo lo que caía en sus manos y llegó a diferenciar cada especie, anotando sus peculiaridades, en una libreta que llevaba siempre para tales ocasiones.

En el jardín montó una trampa de luces destinada a atraer las mariposas de la noche y preparó un lucernario en el garaje de la casa para guardar las colecciones.

Empezó a fotografiarlas y a ampliar a tamaño grande las fotos de sus amadas mariposas.

Cada día estaba más ocupado en su oficio.

La empleada que hacía la limpieza una vez por semana comenzó a notar con preocupación grandes cambios en sus costumbres: Tenía la cara pálida en extremo y ojos enrojecidos, ya casi no salía de casa, rechazaba la luz del día, apenas se alimentaba y su carácter se tornó más áspero y avinagrado.

La colección aumentó durante los meses siguientes. Había mariposas en todas partes en la casa, fotos de mariposas en las paredes, restos de mariposas: alas, patas, antenas, hasta en el más recóndito rincón de su casa.

Un mañana como era habitual la empleada llamo al timbre no hubo respuesta. Le pareció extraño pero pensó que Gabriel habría salido sin avisarle -pensó- Lo llamo por teléfono, pero sólo el contestador automático recibió sus llamadas.

Regresó a la semana siguiente y tampoco hubo respuesta, decidió avisar a un pariente de Gabriel, el único familiar que tenía.

Llegaron a la casa. Las persianas estaban bajadas y las luces apagadas.

La puerta estaba cerrada. Se dirigieron al garaje.

Al entrar oyeron un extraño e inquietante murmullo acompañado por un sonoro zumbido. Cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Ninguno de los dos salía de su asombro.

Ante ellos una gigantesca mariposa con el rostro de Gabriel movía suavemente sus alas.

DON GABRIEL

Mi infancia esta hecha de calidos veranos. La casa grande de mis abuelos, en Cabra del Santo Cristo, el huerto, aires de frescura, en donde habitan, una higuera, un granado, un almendro, el palomar, muchas flores, enredaderas y la alberca.

Mañanas en el huerto acompañado a mi abuelo; dando de comer a los conejos, agua a las palomas, podar malas hierbas, recoger dulces frutos, calladas y frescas las aguas de la alberca. El abuelo Gabriel un hombre bueno y sabio, maestro jubilado de muchas guerras, delgado y frágil, de cara amable, cabello blanco, ojos verdes intensos, mirada bondadosa, un hombre tranquilo. Mañanas en el huerto, siestas en la semioscuridad del porche el gran silencio. Los abuelos Gabriel y Matilde, mis tíos, y primos.

Me levantaba muy temprano bajaba las escaleras hasta la cocina sentada en una sillita baja de enea Mercedes llega del mercado, refunfuña, ¡canastos! ¿Ya estas levantada niña? trajinando entre fogones, ordena la fruta, las verduras recién cogidas que trae en un cesto grande de mimbre del mercado Se oye las voces del vendedor de hielo ¡barras de hielo para la nevera! ¡hielo de sierra nevada! , ¡Niña dile que traiga una barra! La deposita junto a la entrada el vendedor de hielo, un muchacho, las trasporta sobre un burro “que dice Mercedes que mañana te la paga” ¿Cómo no se descongela? –Pregunto- Mercedes la arrastra, es enorme, hasta la cocina, esta cría siempre haciendo preguntas ¡demonios! parte el bloque de hielo lo mete en la nevera, un trozo junto al vino tinto y el sifón, otro cerca de la fruta, y el cuenco grande de barro con gazpacho, para que estén fresquitas a la hora de comer.

Mientras la Chacha Concha, (la niñera anciana y medio ciega) todas las generaciones de la familia, han pasado por su crianza me da un tazón de loza blanca lleno de leche con pan, Chacha Concha -le digo- ¿puedo ya subir a despertar a mi abuelo? –Cuando te tomes la leche- y el tazón crece parece no tener fondo. La abuela en la salita roja, semioscuro, para espantar el calor esperando al practicante, huele a jabón “Heno de pravia” a medicinas, alta, delgada, pálida y hermosa.

La Chacha, me cuenta historias terribles de cosas malas que pasan a los niños que no les gustaba la leche, -me la bebo finalmente del tirón y fría -sube conmigo hasta el dormitorio, que compartimos, ella, mi hermana, y yo, me lava en el cuarto de baño –un lujo- luego me ayuda a vestirme lo que mas le gusta es cepillar con ternura sin darme tirones mi pelo castaño fuerte y rizado, lo sujeta fuertemente en dos trenzas ¡ ya estas lista para despertar a Don Gabriel! Desaparece escaleras abajo hasta la cocina, a esperar al siguiente niño.

-Toc, toc, toc, golpeo con los nudillos en la puerta del cuarto de mi abuelo, ¡abuelo puedo entrar!

-si entra, responde tras la puerta, al verme pasar se incorpora de la enorme cama de níquel dorado, rematada con cuatro bolas, brillantes como el oro, con una preciosa sonrisa me canta... “Carmen María de día y de noche” la cancioncilla de todas las mañanas y las noches “Carmen María noche y día”. Le gusta mirarme toda desconcertada, ya que nunca se en que momento me cantara la canción “me enojo” -el dice- bien muchachita ¡ni esta noche ni mañana te canto mas tu canción! Hago pucheros infinitamente triste -pienso- mi abuelo ya no me quiere, ni esta noche, ni mañana, nunca me va a cantar mi canción, al instante correteó alegre a su alrededor enredando, se que es incapaz de no cantarme mas la canción que compuso para mi.

Al llegar la hora de acostarnos, me canta de nuevo, le doy un beso y las buenas noches.

Como ya os he dicho, compartimos cuarto, la Chacha Concha, y mi hermana. Preside el enorme dormitorio, sobre las tres grandes camas de hierro un lienzo de colores marrones, opacos, oscuros, un lienzo de la virgen Inmaculada, alumbrada por una lamparita de luz roja muy desvaída y triste día y noche. Paso miedo, algunas noches que me desvelo, bajo aquella luz roja mortecina, parecemos espectros. Mi hermana, mucho menos miedosa que yo, me toma el pelo. La noche de verano que nunca amanece. Quedamente, ella, al verme beber agua, del vaso, que siempre esta lleno sobre la mesilla de noche -dice- ¿has bebido agua del vaso? -si –respondo- ¿y? ¡Estas muerta! -¿Por qué?- ...”la Chacha concha que como bien sabes esta casi ciega, mientras tu estabas en el cuarto de baño, se ha sentado en tu cama, para coserle un botón a su camisa de dormir, cuando ha terminado, he visto como la aguja a ha caído al vaso de agua, no se ha dado cuenta y ahora tu te has tragado la aguja ¡estas muerta! ¡estas muerta! ¡te morirás! Cuando la aguja atraviere tu corazón “no, notas los pinchazos” pues ya sabes cuando la sangre lleve la aguja hasta tu corazón... Todo habrá terminado para ti (y se duerme tan tranquila)...Muerta, estoy muerta. Durante toda la noche suplico al lienzo de la Virgen, como un reo condenado a muerte, que me salve, aterrorizada, noto como la aguja recorre mi sangre, dándome pinchazos si, si, si ¡la noto como se acerca a mi corazón!, Al fin entra la claridad ¡estoy viva! -mira hermana- ¡estoy viva! “claro que lo estas la muerte siempre llega de noche por eso es negra, tonta”. Entro a despertar al abuelo, antes de nada, pálida, asustada -le digo – Esta noche será la ultima vez que pueda oír “Carmen María de noche y de día” ¿y eso? – Pregunta- anoche bebí del vaso de agua de la mesita, mi hermana vio como a la Chacha concha se le caía una aguja, dentro del vaso, ¡y me la tragué! me abraza se echa a reír “hay Carmen María, ¿no ves que ha sido una broma de tu hermana? Sabes una cosa pequeña –continua- tu corazón es tan grande que ni un millón de agujas podría matarlo anda esperarme en el huerto, tenemos que hacer las faenas, que ya bajo.

Nunca escuches mentiras, ni caso, cree en ti y en la fuerza de tu joven corazón.

FÁBULA DE VENECIA

La Venecia era una casona con más de 159 habitaciones. Le llamó mucho la atención el famoso Puente de las Bolas –aledaño a la casa-, y al atardecer lo cruzo con la intención de tatuar, en el alma, los inimitables crepúsculos del puerto más ficticio. Le tomó varias fotografías. Prefirió La Venecia porque tenía unos túneles que la comunicaban con todas las casas de Crepuscolia, y también por las múltiples leyendas que, acerca del mismo, había leído en un croni cario.

De regreso a la casona la muchacha enfurece y clama porque su habitación del hotel veneciano, en que ha de pasar la noche, no da a uno de los canales umbrosos.

Y no se desvistió. Se quedo sentada sobre la cama en una gran sala, donde el único huésped era ella. Lloró toda la noche mientras pensaba "...todo sea como Dios quiera".

"El protector de tempestades": Tiene elementos invasores, inundantes, que desbordan los lindes y rompen los límites; elementos que laten tras lo visible cotidiano hasta que afloran aluviones. "... la muchacha quedo para siempre para siempre quedo en la amplia curva del agua."

INSTRUCCIONES PARA HACER UNA CALLE

Podemos hacer lo que se nos ocurra, podemos cambiar el mundo. Hasta hace poco tu en esta misma situación te hubieses muerto de miedo; hombre, mujer, cuchillas de afeitar o calamar.

Tomamos la calle, la abrimos, sacamos las ratas, ¿hay algo mejor con las ratas? luego las ponemos sobre la acera, añadimos las baldosas y papeleras, mezclamos la casa con flores de plástico. En esa masa ponemos una mucana que este siempre en la casa, que ubicaremos en una plaza. Llenamos la fuente del patio acompañamos con un paraguas verde. Una parte de mis antepasados corren por la parte alta de la casa, no tienen cocina, a ratos se ponen al solecito y sin sombrero.

La gente, las aceras, y el paraguas verde son agregados de mi tía abuela por idea de su abuelo.

SANTA LUCIA Y EL CARTERO DEL CIELO

En Verona, donde transcurrió mi infancia, la noche mágica del año, para los niños que aceptan los sueños momentáneos, es la de Santa Lucia por que trae los regalos de navidad.

Durante meses había recibido cartas que caían del firmamento, mi hermano mayor era el cartero del cielo, en ellas un ángel me advertía los días que restaban para la gran noche, para mi era una noche ansiada y temida, a saber, era conocido por todos los habitantes de Verona, que santa Lucia era una anciana de mal genio y si te veía con los ojos abiertos, esparcía arena en ellos, dejándote ciego.

Cuando llego el gran día, lo sobrelleve como pude, nervioso, asustado, alegre y triste. ¿Y, si no dormía esa noche? ¿Se abrirían mis ojos? ¿Por mucho que los apretase con fuerza?

Entonces fue cuando idee mi plan; antes de irme a la cama fui en busca de mi madre –y le dije-

-¡madre quiero una caja de cartón!

-¿Para que? –Repuso-

-para que Santa Lucia no me deje ciego –respondí -

Ella busco una caja vacía de galletas y me la dio –esta vez- no pensaba correr ningún riesgo, la Santa no me dejaría ciego y además tendría todos mis regalos.

Entonces el invierno se convirtió en benigno y la nieve perdió cuerpo. Los milagros crecieron en los nudos de los pinos, la navidad se me volvió artificio, solo esta al final de los calendarios, con la nostalgia y la intranquilidad del paso del tiempo.

Al llegar la noche me metí en la cama cubriéndome la cabeza con la caja de cartón y aquella noche de Santa Lucia, aprendí a esquivar con guiños al destino, hasta hoy, duermo placidamente.

UNAS GAFAS DE SOL PARA AGOSTO

Volví a mirar la calle, a izquierda y derecha, y por tercera vez estaba desierta. Menos un viento fuerte y seco que quema y nadie más afuera, bajo el sol abrasador del verano.

"Me volvió a engañar otra vez" me dije para mi interior irritado, "el verano llegó temprano nuevamente y es cada vez mas largo".

Reuní un poco de coraje a paso largo para cruzar la calle adoquinada, al sol de oro que, desde arriba, parecía fundir en una amalgama gigantesca la vida.

Pequeñas nubes de polvo entraron por los ojos, la boca y mis ropas abiertas, con los ojos entornados llego hasta la acera opuesta y me oculto de un sol de justicia en la sombra del saliente de una casa.

"Este verano no me quedaré sin unas" me digo entre dientes, mientras el polvo busca alguna hendidura para colarse.

Me refiero a las gafas de sol con cristales oscuros, "especiales para el sol de el sur", como decía el tendero, Juan de la cruz.

Era el tendero un viejo flaco, que tenía una pequeña tienda en una callejuela que da al centro. Se decía que era medio brujo, lo cual no significaba la pérdida de la clientela; siempre había algún comprador.

En la tienda se podían encontrar los más diversos objetos, desde jarrones de porcelana esmaltados hasta lápices y papel de carta, mezclados todos junto a algunas cosas para el hogar, como muebles pequeños, mesillas, sillas, lámparas... Y las lentes de crista les oscuros también.

Aprieto el paso hasta llegar a la bocacalle desierta. Respiro aliviado el aire de fuego que flota, pesadamente, imperturbable.

Nadie me ha visto aún. Mejor así.

Anta, mi novia desde hace tres años, se llevara una sorpresa cuando me vea, con las gafas de sol de cristales oscuros bien pegados a la cara y una sonrisa burlona al polvo impalpable que penetra en los ojos de los demás. La alegría que me produjo este pensamiento me hizo esbozar una sonrisa, que se apagó prontamente ante la oleada de polvo quemante que penetró en mi boca.

Cuando llegué a lo de Juan de la Cruz era una caricatura de lo que fui momentos antes al salir de casa: completamente empapado en sudor, lleno de tierra, de las obras, de la zanja, el pelo desordenado en mechones abultados, mojados, caen por mi frente; ahora soy una figura cansada.

Golpeo suavemente el cristal de la puerta y esperó. En seguida aparece Juan de la Cruz, cojeando como de costumbre por esa vieja herida de la guerra que le había acortado un poco su pierna izquierda. Su cara aceitunada no se

inmutó al ver a su posible cliente. Abrió la puerta, que chilló sobre sus goznes resecos, me invitó a pasar.

Al entrar uno se encontraba sumergido en un mundo totalmente distinto, extraño, acechado desde los frascos de farmacia, llenos de líquidos viscosos, misteriosos.

No había en la pequeña habitación el más mínimo orden. Podían verse mezclados los objetos más dispares. Cualquier cliente se podría pasar horas y horas buscando lo que deseaba, pero era gracias a Juan de la Cruz que el trámite se hacía rápidamente: él sabía en forma precisa dónde se encontraban los objetos requeridos. Como en ese momento, antes de que yo abriera la boca, él desordenaba unos libros y traía una caja pequeña, rectangular, donde se encontraban las gafas de sol.

Una sonrisa de suficiencia le marcaba la cara angulosa al viejo. Me sorprendí un poco, pero se me olvidó ante la vista del preciado objeto, que se encontraba en el fondo de la caja sobre un trozo suave de felpa azul.

—Pertenece a un ciego— murmuró entre dientes el tendero huesudo. Es lo mejor que hay para el sol.

—Son muy buenas le digo, sin apartar los ojos de el armazón de carey, del pulido cristal negro, de ese hálito de misterio que rodeaba a la caja de madera. Y agregó: Me las llevo.

- No sé...— murmura el tendero, que detrás de sus ojos vivos parece sopesar la situación de vender lo que según él era una reliquia para coleccionar y no para ser usadas. Un poco angustiado, pongo sobre las manos del viejo un montón de billetes descoloridos y pregunto, con un dejo de esperanza:
— ¿Es bastante?

—Creo que sí... Pero no sé si usted es el hombre indicado para usarlos.

Pero yo, que sólo había escuchado la respuesta afirmativa, estaba ya cerrando la puerta con una sonrisa y las gafas en la mano.

La luminosidad del exterior me indujo a probar las gafas de sol, y me las pongo como había imaginado: muy cerca de la cara, de manera que el sol no pudiese llegar a los ojos.

La impresión que me produjo el cambio me hizo detener la marcha bruscamente y apoyarme en la pared de una casa.

Paulatinamente comenzó a ver los objetos comunes que momentos antes habían brillado bajo los efectos del sol como cosas apagadas, olvidadas, casi carentes de sentido.

Continuo caminando lentamente, con el entrecejo fruncido, mientras pienso qué era lo que me estaba ocurriendo.

Un grupo de niños se acercaba por la calle, corriendo y jugando entre ellos. Casi no puedo verlos, tal el poder de los cristales negros. El sol no llega hasta las pupilas dilatadas.

Los niños me miran un instante, y uno de ellos hasta tuvo el tiempo de ayudarme a cruzar la calle.

Continuó mi camino casi de memoria, porque sólo distingo algunas líneas vagas en esa semioscuridad que me rodea misteriosa, tangible, angustiante.

"Al menos el sol y el polvo no molestan ahora", pienso satisfecho. Hasta casi podría decirse que ya no siento el calor, que mi cuerpo no suda, que mi cabello revuelto se ha quietado, que la luz ya no existe.

Quiero durante un momento quitarme las lentes y llegar de esta manera más rápido a casa, pero un impulso insospechado, desconocido hasta ese momento, me hace desistir de la idea.

Mis pasos se hacen penosos en medio de la oscuridad creciente. Otras personas se prestan para ayudarme, pero yo las alejo con firmeza, diciendo con voz fuerte que no necesito nada. No me pueden reconocer detrás de los cristales negros.

Sin embargo, el sol declina ya su rumbo y veo cada vez menos, y ya ni me acuerdo dónde queda mi casa.

Asustado quiero quitarme las gafas y noto con asombro que no puedo, que los brazos no responden a mi petición. Sacudo entonces fuertemente la cabeza, pero los cristales están adheridos a los ojos, como me los había puesto horas antes. ¿Habían pasado ya varias horas desde la compra? Los cristales permanecen inmóviles.

Miro mis manos, que han desobedecido, y a pesar de la oscuridad reinante alcanzo a distinguir que estoy encadenado a un perro con la mano izquierda, y que la derecha se aferra fuertemente, con miedo y con angustia, a un bastón blanco.

Me demoro mucho antes de llegar a casa, pero como ya es de noche no puedo reconocerla, y desde entonces camino a paso lento, incansable, buscando el sol.

EL AMOR DE MARTA

Marta nació en un pueblo en donde sus habitantes no son más de tres mil. Por eso hubo una época en la que se interesó por el estudio demográfico de hombres casaderos. Gran lectora desde niña. Al punto que su afición diaria por leer libros la indujo a crear una prueba de sondeo entre los habitantes solteros; consistía en detectar la sensibilidad según la capacidad literaria de los participantes. Así por ejemplo:

- Él que a la pregunta "¿has leído a Bécquer?",
- Si el entrevistado respondía con un..." ¿ese quien es?"
Era eliminado del círculo de íntimos.

Probada su evidente incapacidad para entender los delicados matices de el espíritu de Marta.

-Una vez un muchacho respondió que sí.

El romance duro varios días

Termino cuando su culto pretendiente; le recito arrodillado a sus pies y de corrido este poema de Góngora.

LUTO POÉTICO

Por una negra señora
Un negro galán doliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóla una negra noche,
Y tan negra, que parece
Que de su negra pasión
El negro luto le viene.
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas que tiene,
Negras también las clavijas,
Pues negro es el que las tuerce.
—«Negras pascuas me dé Dios,
Si más negros no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
»Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con negros favores
Un negro pagarse debe.»
La negra señora entonces,
Entafada del negrete,
Con estas negras razones
Al galán negro entristece:
—«Vaya muy en hora negra
El negro que tal pretende,
Que para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.»
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Más de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuese.

Luis de Góngora y Argote

(El abismo de las aficiones literarias de los amantes se torno insalvable)

Marta tenía mucho de mística se había aprendido a su vez, y de memoria, las poesías de Santa Teresa de Jesús. En la última cita los amantes se recitaron unos versos de despedida, ella lloro por su amor imposible y al cabo de un tiempo pudo ver abatida como él se entendía con una peluquera aficionada a ver telenovelas.

Desde entonces supo que el amor era un asunto de selectos.

DAME RAZONES PARA UNA GUERRA

"La guerra es semejante al fuego; los que no quieren deponer las armas,
perecen por las armas"
(Máxima china)

Maurina, había sobrevivido a los golpes, las caídas, el agotamiento, hambre, guerra y desastre, con una voluntad de hierro e intacta a pesar de ello había algunas cosas que no comprendía y otras cosas que a veces olvidaba.

En un anochecer, de los últimos días de sol de otoño, sopló un viento frío desde las cordilleras atravesando los bosques moribundos de Kosovo, que olían a pólvora, humo y nieve. Maurina, se adentraba por el bosque, iba caminado sobre las hojas muertas. Sola. Nadie la llamó, siguió por un tenue sendero que llegaba hasta el oeste en el límite donde el camino se bifurcaba prosiguió en línea recta. El viento parecía querer arrastrarla a la ciudad de Mitrovica con su fuerza el viento gritaba malas noticias; tormentas de nieves, desastre, invierno y guerra... indiferente, ella, caminaba por el tortuoso sendero hacia arriba, en la cima vio el cielo, bajo él un poco mas abajo la ciudad. Apoyándose sobre enormes piedras negras, se extendía un puente rodeado de alambradas de espino dividiendo a la ciudad entre las dos riberas del río Ibor. El puente resaltaba negro, siniestro, sombrío de roca negra y obstinada, a ambos lados del puente actuaban vigilantes las fuerzas internacionales del ejercito, intentado que los kosovo-albaneses mantuvieran la calma.

El increíble puente de Mitrovica, -pensó- en aquellos tiempos lejanos en los que no había guerra, ahora a Maurina le resultaba extraño construido en una época pasada que nada tenía que ver con ella no tenía parentesco con su sangre, fue construido por ingenieros de mentes ajenas, era pavoroso, y sin embargo le atraía la idea de cruzarse a la otra orilla.

Entonces, de repente, sin pensarlo, de forma impulsiva, se arrastró por debajo de la alambrada sin ser vista, su cuerpo reptaba por la tierra húmeda y fría casi sin respirar, ella, llegó a la otra orilla, notó que el viento era algo menos frío en aquella parte de Mitrovica, una ciudad herida, dividida por la religión y la guerra, Maurina sin detenerse para coger valor, respiró hondo y se palpó junto a su pecho para asegurarse que allí seguía su fusil oculto bajo el abrigo un frío trozo de metal, entre el calor y la ternura de sus senos, descendió por la ladera de una pequeña montaña y llegó a la otra ciudad, ya en ella continuó andando como si tal cosa, aunque mas bien le movía el orgullo, su corazón latía con una fuerza inusual, mientras caminaba por una calle de piedras grises y planas, nerviosamente miraba en todas direcciones levantado la mirada hasta las altas casas abandonadas casi todas, destruidas por las bombas, frente a las que aún se mantenían en pie, había estrechas zanjas abiertas en la tierra, en muchas el color estaba cayendo en grandes costras de yeso y las ventanas habían desaparecido, pero descubrió que más abajo descendiendo por la calle las casas estaban habitadas y ella, empezó a encontrarse en su camino con civiles y guerrilleros. Se la quedaban mirando. Maurina temblaba, ninguno de ellos la detuvo, su abrigo con la piel raída no se diferenciaba mucho de el de ellos, tampoco su cutis era mucho mas oscuro que el de aquellos hombres. La calle

por la que caminaba de golpe, terminó en una plaza bañada de oro y sombras; sólo cuatro calles llegaban hasta la plaza, rodeada por cuatro edificios grandes, de manera que se había convertido en un gran fortín dentro de un fuerte, como esas muñecas rusas, unas dentro de otras, dominaba el conjunto un edificio que sobresalía hasta el cielo, era un lugar poderoso pero vacío de gente, una ciudad dentro de la ciudad, con la cabeza alta y paso firme se encaminó hasta el gigantesco edificio. Nadie la siguió, nadie pareció fijarse en ella, subió los grandes escalones y al llegar arriba miró hacia atrás, el puente era inmenso visto desde esa altura, Maurina, pensó, que a ninguna persona se le hubiera ocurrido subir hasta allí.

Maurina, recordó la vida en las madrigueras escavadas bajo la tierra, cuerpos amontonados de mujeres, ancianos y niños durmientes, las ancianas despertándose a lo largo de la noche para ir a reavivar el fuego que enviaba calor y humo a todos los cuerpos muchos de ellos, exhaustos, mutilados y casi todos enfermos, podía inquirir el olor a hierba de invierno hervida, el ruido ensordecedor de las detonaciones, el hedor y el calor que el invierno daba debido a la proximidad de los refugios subterráneos construidos bajo un suelo helado. Y, arriba la vida azotada por el viento, por la guerra y la nieve. Ella estaba sola. Todo lo demás no importaba, todos estaban muertos, familiares, amigos y vecinos, tal vez desaparecidos porque no había encontrado ni uno de los cadáveres de sus seres queridos, estaban perdidos, sepultados entre la nieve y las lluvias, sólo los deshielos de la primavera arrastrarían los huesos de las víctimas de las matanzas humanas junto con las tiendas podridas, como el recuerdo y los nombres. Memoraba como algunos soldados se llevaron a niños pequeños, a adolescentes y mujeres que nunca volvieron, se dijo que pensaban hacerlo pronto ya han pasado mas de tres años.

Los que viven en las madrigueras se figuran que debimos de perder la guerra, otros sin embargo piensan que la ganamos con mucha dificultad y los pocos hombres que sobrevivirán serán olvidados en los años de la guerra, ¿quién sabe si alguno quedará con vida, si hay supervivientes?, cualquier día lo descubriremos si no viene nadie. Maurina salió del refugio, para buscar algo de comida y las razones para un guerra llevaba su arma con ella, porque simbolizaba una especie de epítome del alma, mientras bajaba por las escaleras ruinosas, casi sin peldaños, el aire que entraba por los huecos que antes fueron ventanas era muy frío y volvió de nuevo el viejo temor de su infancia, el terror crecía dentro de su espíritu junto con las razones que tenía sobre un mundo en el que había nacido y en el cual una vez, sus padres y hermanos vivieron. No era su país ni su hogar. Ella era una extraña y en su interior esta vida y la guerra la estaban matando, aquella era la razón de su resistencia. Recorrió los refugios y en alguno las ancianas le dieron un poco de carne seca y pan duro, no le hicieron preguntas. Al regresar hasta lo alto de su fortaleza, desde el punto de mira de su fusil ahora en este momento sabía con diáfana claridad que no había llegado a comprender mucho, ella moriría con toda seguridad, su guerra, el largo exilio y la soledad, dentro de lo que fue una habitación la más alta de aquella ruinas, que apenas la ocultaban, podía ser vista a través del gran boquete de lo que fue ventana. Nadie miró. Maurina disparaba todo, acabaría pronto muy pronto y cada vez se hacía mas tarde. El ruido de los disparos resonó en los tejados, las cuatro calles y en la plaza, y...

se hacía cada vez más tarde nadie miraba la procedencia de aquellas detonaciones, alguna vez caía un cuerpo abatido por las balas en mitad de la plaza. Nadie iba a buscarlo. Ahora un grupo de soldados subía por la calle principal, iban a por ella, los gritos se oyeron mucho tiempo y algún soldado cayó en la plaza, hasta que de repente un segundo disparo le siguió otro con ritmo rápido y otro más, hasta que Maurina perdió toda medida dentro del estruendo confuso del ruido, tenía que disparar por todo lo que le habían robado, roto y humillado, la mujer francotiradora seguía disparando en aquel fragor de ruido insensato y aturdidor. Soportaría la vergüenza pública, cuando la detuvieran, pero no quería soportar la pérdida de su propia estimación. Los soldados inesperadamente se marcharon, y temblando un poco por el frío, la noche y la soledad, llorando se quedó dormida.

Al despertar -pensó-, que lo más raro de todo era que aún no la habían capturado dentro de la extraña casa donde la dueña era la muerte, Maurina se quedó mirando la pintura de la pared de la gran desolación de lo que debió ser un gran salón y tuvo la sensación que ella se había convertido en el mundo y en la guerra, ella era la pared y, el mundo era una enorme red junto con su guerra, como las ramas entrelazadas en el bosque, como la corriente de agua del río Ibor, donde se mezclaban los colores; plata, gris, negro, marrón, verde, rosa y un amarillo pálido como su piel, al observar la red se veía atrapada en ella, tejida con ella y tejiéndola, la pared-red formaba pequeños y grandes dibujos de guerra: desolación, abetos pintados, hierbas, flores, hombres, mujeres, ancianos y niños libres como los pájaros. Cuando el crepúsculo de volvió oscuridad, Maurina miró por encima de las casas desde la oscuridad de la pared-ventana, vio por lo alto de los edificios de formas siniestras, medio derruidos, había pequeñas estrellas de luz de fuego que emanaban de las tiendas de campaña de los que nada tenían que perder y se negaban a abandonar porque ya no tenían miedo, el campamento rodeaba la ciudad y se levantaba tras las ruinas. Y añoró el calor humano, la cena y la compañía, podía ver a las mujeres arrodilladas junto al fuego cocinando cualquier cosa, entre ellas jugaban ajenos al hambre y a la muerte los niños. Sintió la vieja sensación de rabia, de pérdida de locura en su mente. Apretó el fusil contra su pecho y le pareció que apretaba un poco de oscuridad. Se observó el dedo índice de su mano derecha, encallecido por la presión que ejercía en él el gatillo, cuando disparaba, se acarició la piel del rostro, pálida y sin curtir al no haber sufrido los rigores del invierno, de la guerra, eran las señales que la llevarían hasta la pena de muerte.

Otra vez vio al grupo de soldados subir por la calle, hasta la plaza, esta vez Maurina no disparó, ahora subían ya por las escaleras. Mientras ella poco a poco se incorporaba, al levantarse del suelo su cuerpo estaba entumecido, le dolían las piernas por el frío del suelo, entre los escombros empezó a buscar su abrigo de piel raída, se lo puso y luego colocó sobre su cabello sucio, revuelto y enmarañado un viejo pañuelo negro, ahora se sentía rígida y pesada, pero era una mujer fuerte, era Maurina, la había disparado y alcanzado objetivos que se movían dentro de su campo de visión en la fortaleza, con su fusil, allí abajo era invierno, la nieve, sucia, negra y roja, tapizaba la tierra.

Se oyeron gritos, luego la alta puerta de madera podrida apuntalada por dentro, era golpeada por la culatas de los rifles, Maurina se acercó hasta la puerta y comenzó a quitar las tablas que ella había puesto para protegerse, les dijo que no dieran mas golpes, que iba a abrirla, que se entregaba. Estaba muy cansada y aquel debía ser su momento, se estaba haciendo muy tarde y el tiempo de le terminaba. Era plenamente consciente que ya no le quedaba por lo que luchar, Mitrovica había sido tomada, arrasada, incendiada y destruida, ¿podía ser cierto? Sí, la ciudad estaba asolada y en ruinas. Entonces entraron los soldados derribando la puerta antes que ella alcanzara a abrirla. Se la llevaban cuatro soldados, ahora los suyos estaban muertos y aquellos hombres que se reían de ella, la empujaban, la golpeaban con las culatas de sus rifles hasta hacerla caer al suelo y luego le daban patadas para que se levantara, unos soldados tal vez demasiado sumisos en esta guerra con demasiadas ganas de extinguirse, ellos no tenían conocimientos, ni habilidad para combatir a la muerte, los abortos de las adolescentes violadas, la matanzas de ancianos, hombres inválidos y niños que masacraban sus propias generaciones cuando los preparaban para la guerra, solo adquirirían conocimientos de logística, hambre de miseria y muerte, día a día y un año tras otro, siempre se perdía algunos conocimientos de lealtad, de paz y vida, suplantados por venganza deshumanizados logísticamente, una información mucho mas inmediata, mucho mas útil y que concernía a una resistencia, al aquí y al ahora, al final aquel ejercito había llegado a no comprender mucho mas allá de las ordenes de los mandos. ¿Qué les quedaba de su vida de su herencia? Ella moriría, pero ¿sabían ellos que también eran seres humanos? Maurina y su guerra, en soledad, alerta, disparando sin tregua, entre el frío, el miedo y el hambre, desde lo alto de un edificio abandonado, asolado y muerto. Un largo exilio, una lucha, una vida en la guerra que acababa. Se tambaleó un poco, por los empujones, los culatazos de los fusiles, las caídas y el cansancio.

La clara y fría noche había despejado su mente y se sentía bien, era como un pequeño brote de gozo, tenía la sensación que este pequeño alivio que nacía en su alma de debía a su captura. Había llevado sobre sus hombros toda la responsabilidad del combate en soledad, durante demasiado tiempo. Maurina era una extranjera de sangre e ideales ajenos el alto tribunal la condenaría a la máxima pena, por crímenes de guerra, por rebeldía, por no compartir su poder, su exilio, ella ya hacía tiempo que nada compartía. Para sus captores y el tribunal era una delincuente cobarde, francotiradora. Antes fue una nómada cuyo único hogar había sido el cielo raso, el duro invierno, el bosque, a veces una madriguera, esta o aquella ladera de la montaña, una u otra orilla del río Ibor, los refugios bajo la nieve y todos aquellos recuerdos le producían una paz en su alma, una ternura hacia ella que nunca podría expresar con palabras. Sin proponérselo, un grito que salía de su garganta desgarraba trozos de noche, ¡Maurina!, ¿que te han hecho?

Las casas y su último refugio quedaban atrás, la ciudad estaba en silencio, Maurina ahora pensaba en otros refugiados que fueron llegando de la parte norte de la ciudad saqueada: los gritos, techos, c asas ardiendo, los cadáveres desparramados.

Hay veces que la voluntad de sobrevivir es muy fuerte, era extraño ser pocos, ser débiles, vivir de la caridad y de la benevolencia de las fuerzas internacionales de ejército. Para ella la guerra, el desastre era solo parte de su propia vida. Sabiendo que se aproximaba su muerte miraba por el ventanuco de su celda, contando las horas que le restaban. Los jóvenes, -se dijo- eran los que tenían que abrir los caminos del desarme y la paz.

CARLA & CARLA

Todo empezó la tarde que recibí la llamada en mi teléfono móvil, de mi editor, cuyo nombre, por seguridad, prefiero mantener en el anonimato. Me comunico de manea apresurada haber recibido en la editorial un manuscrito mío y los correos de respuesta para las correcciones, eran de otra autora que se llamaba como yo, poeta, y de la misma ciudad. No di mayor importancia al asunto. Al poco tiempo de la extraña noticia comencé a observar a una mujer que vivía frente a mi casa y que se comportaba como yo. En aquel momento no le di demasiada importancia, pero más tarde comencé a recelar de su comportamiento tan parecido al mío y acabé convencida de que escondían algo oscuro. Desgraciadamente estaba muy lejos de sospechar la auténtica verdad. Si entonces hubiese sabido la gravedad de lo que se desarrollaba tan cerca de mí, tal vez habría actuado de otra forma. Pero de haber contado a alguien mis sospechas, nadie me hubiese creído y habría hecho el ridículo más espantoso. Mejor empezaré por el principio.

Aparentaba mi edad el parecido a mi no dejaba ninguna duda al respecto. Las dos éramos muy delgadas, la nariz respingona, los ojos azules y la estatura era aproximada ella un poco mas alta. Llevaba siempre el pelo largo y suelto de color rubio. Vestía ropas de colores oscuros y se adornaba, bolsos o fulares igual a los míos. Para cualquier observador habría pasado por mí. Como ya he dicho, al verla la primera vez no le di importancia, pero tuve un presentimiento extraño que me hizo observarla cuando me cruzaba con ella, o al verla pasar bajo mi balcón. Mis recelos aumentaron cuando comencé a coincidir con ella en la calle al salir a trabajar muy temprano o cuando volvía a casa de madrugada. Una vez ella estaba dibujando un itinerario en el aire, como si realizase un ritual. Cada noche salía y recorría las calles parlotteando en una jerga extraña, sin ropas de abrigo, a pesar de las inclemencias del frío invierno. A veces se quedaba parada en una esquina mirando al infinito mientras; hablaba a gritos de esquina a esquina con su igual invisible (que era yo). Las conversaciones parecían ser en castellano, pero nunca fui capaz de comprender lo que decían. Daba la impresión de que esperaba la llegada de alguien que, noche tras noche, no llegaba.

Durante el día también salía, paseaban por el barrio mirando escaparates, charlando o discutiendo con mi fantasma, como si fuésemos dos vecinas más. Y, desde aquel momento empecé a ver siempre a su lado al mi espectro. Al verlas tan a menudo el presentimiento de que algo ominoso se cernía sobre mi se fue fortaleciendo la gente nos confundía. Poco a poco mis sospechas aumentaron cuando las llamadas para dar recitales, presentaciones de libros, conferencia, -que yo no había concertado-. Comencé a vigilarlas en secreto. Cuando me iba a trabajar salía un rato antes y me quedaba escondida escuchándolas, intentando comprender sus chácharas y anotando sus movimientos, a fin de encontrarle sentido a sus idas y venidas por las calles. Al poco tiempo creí descubrir su estrategia, un plan sutil y probablemente despiadado. Fui madurando la teoría de que era una bruja y que realizaba encantamientos malignos. Me la imaginaba añadiendo exóticos ingredientes a una gran olla hirviente, tal vez preparando una poción maligna para hechizar a incautos y atraerlos a su guarida y convencerlos que era yo. Según leí una

vez, se puede distinguir a una bruja por una marca que llevan en un ojo. Todo eso me preocupaba tanto que comencé a padecer insomnio. Durante lo poco que conseguía dormir soñaba que la mujer igual a mi invocaba un espíritu infernal, un ser aterrador que aparecía rodeado de sus diabólicos acólitos, un ejército de seres abominables horriblemente deformes. Monstruos con terribles garras. A una orden de su ama se abalanzaban contra los indefensos seres humanos, y después les borraba la percepción de las cosas. Veía a los engendros saliendo de los infiernos y sembrando la Tierra de espíritus malignos, transformando nuestro mundo en un pandemonio de depravación ajustado a sus siniestras necesidades. Luego, una vez aniquilado hasta el último ser humano, luchaban entre ellos en terroríficas batallas, en las que no había ninguna regla ni bandos definidos, sólo una orgía de destrucción. Un tremendo dolor de cabeza me taladraba el cráneo al despertar, como si me hubiesen metido una barrena por la nuca hasta sacarla por la frente. En el trabajo me desconcentraba debido a la falta de sueño; comencé a recibir las broncas de mi editor y el desprecio de mis coetáneos. Mi familia empezó a preocuparse por mí, insistiendo en que fuese a ver al médico, pero no les hice caso, me encontraba perfectamente.

Para evitar las pesadillas pasaba las noches apostada en el balcón con unos prismáticos, un micrófono direccional y una cámara con teleobjetivo, cargada con película de alta sensibilidad. Después de un par de horribles catarros, debidos al frío nocturno, conseguí descubrir una pauta en sus movimientos. Sus paseos siempre eran de noche y según la hora, la época del año, la fase de la luna y la humedad del aire, variaban su recorrido en un complejo patrón que sólo yo fui capaz de descifrar. Estaba claro era hechicera y que ejecutaba algún ritual mágico con aviesas intenciones.

Pedí a mi editor tres meses para viajar en busca de investigación para mi próximo libro y comencé a investigar por las bibliotecas, buscando antiguos libros de magia y ocultismo. En uno de ellos el alquimista Paracelso explicaba la forma de crear un homúnculo. La receta para crearlo consistía en colocar en una bolsa huesos, esperma, fragmentos de piel y pelo de cualquier animal. Todo esto había de enterrarse rodeado de estiércol de caballo durante cuarenta días, tiempo en el cual el embrión estaría formado. Deseché la idea al tener en cuenta la dificultad de encontrar estiércol de caballo en el barrio... aunque me quedó la duda de si para el diabólico experimento valían también los excrementos de perro que, abundan por las calles.

Después estudié un tratado sobre esoterismo y adivinación de Hermes. Había fallado en mis intentos de colocar cámaras ocultas en su casa y no podía verla para comprobar si echaba las cartas o leía los posos del café, por lo que tuve que probar otra cosa.

Lo intenté con la astrología. Desconocía el signo zodiacal de mi doble pero, fuese cual fuese, procuraba evitar al cartero que era Cáncer y al barrendero, que era Libra. En cambio, cuando hacían la compra en el supermercado, siempre se ponían en la cola de la caja número tres, atendida por un dependiente llamado Juan, que era Acuario. Salvo la coincidencia con las fases de la luna, no le encontré ningún sentido.

También me fallaron el Feng Shui y la astrología china, pues tras muchos estudios, cálculos y cábalas, descubrí que estábamos en el año del la cabra loca. Me pareció algo confuso y cambié la línea de investigación. Busqué en

la Biblia. Tras leer el capítulo de las Revelaciones, también llamado Apocalipsis.

En ninguna biblioteca hallé el código de bacón; querían hacerme creer que era un libro ficticio, pero estaba claro que mentían. Inasequible al desaliento seguí buscando en librerías de ocultismo menos sospechosas de pertenecer a los Iluminati. Mientras tanto mi vecina continuaban con sus recorridos y jaculatorias por el barrio.

Por fortuna todo acabó una noche de invierno, fría y lluviosa, en la que me encontraba apostada en la azotea, justo sobre mi casa, vigilándola. Iba cubierta con un impermeable negro, para pasar desapercibida, y equipada con mi visor nocturno de gran resolución. Me había costado más de tres mil euros y una espantosa discusión con mi pareja, pero valió la pena. Ellas se encontraban, paradas en la calle. Miraban hacia lo alto, al cielo nubloso que comenzaba a descargar gotas de lluvia frías como de hielo. Nunca la había visto tan quieta, y esta vez no parloteaba ni gesticulaba, simplemente permanecía en pie, con la vista clavada en el trozo de cielo que se divisaba entre los edificios. Entonces levanté la mirada hacia las nubes y la vi. A simple vista no hubiese podido distinguir nada, pero mi visor nocturno me permitió observar todos los detalles.

Era una nave espacial inmensamente grande y oscura, y no reflejaba la iluminación de las calles. Fue abriéndose paso a través de las nubes negras con tal suavidad que no se vieron perturbadas por la intrusión. Empezaba a comprender que la mujer igual a mí, a pesar de su aspecto inofensivo, era la avanzadilla de un ejército invasor alienígena. Esa era mi próxima línea de investigación, ya me había suscrito a varias revistas de parapsicología y había comprado las obras completas de Isaac Asimov.

Mi mente comenzó a funcionar a toda velocidad; no sabía que hacer. Desde mi atalaya esperé que, de un momento a otro, comenzase el ataque, que desatasen una lluvia de lenguas de fuego que fundirían los edificios con grandes explosiones. La nave parecía no tener fin; mirase donde mirase ocultaba el cielo. Debía tener más de 30 kilómetros de diámetro, en el caso de que fuera circular. Estaba ensimismada con la majestuosa nave y en realidad me había olvidado del porqué de mi presencia allí arriba, cuando todo ocurrió muy deprisa. Estuve a punto de perder el control de mis nervios cuando desde la parte central emergía un cegador rayo de luz. Alcé el visor bruscamente y, cuando mi vista se acomodó de nuevo, pude observar anonadada como el haz iluminaba a mis dos vecinas. No sé si en esos momentos dejé de respirar o tal vez fue la impresión, pero sentí un repentino mareo cuando, allí paradas en medio del círculo luminoso, se fueron desvaneciendo hasta desaparecer; como disueltas en el aire.

El brillante haz de luz se apagó, dejándome de nuevo en la oscuridad. Abatí el visor ante los ojos y vi que la nave comenzaba a elevarse atravesando el mar de nubes con suavidad; luego desapareció entre las sombras. El corazón me latía arrítmicamente, las piernas se me aflojaron y caí de rodillas en el suelo húmedo. Al fin comprendí lo que había pasado. Mi otra cual gota de agua a mi era del planeta Marte perdida y sus idas y venidas eran la angustiada espera del rescate. Qué estúpida había sido al no darme cuenta; si lo hubiese sabido antes tal vez podría haberle ofrecido mi amistad; seguro que se sentía muy sola desdoblada en un cuerpo que no le pertenecía para no llamar la atención.

En la misión de estudiar, la mente y su proceso creador de una poeta terrestre.

Ya han pasado algunos meses y ha llegado otro invierno. Mi familia, mi pareja, el mundo de la cultura, me han abandonado y los vecinos huyen de mí, dicen que estoy loca, pero no me importa. Ya no trabajo, finjo tener una enfermedad mental y he conseguido una pensión vitalicia que me permitirá seguir vigilando. Utilizo los prismáticos de día y el visor nocturno por la noche; busco otros extraterrestres entre mis vecinos. Grabo en vídeos digitales los movimientos de la gente del barrio y luego estudio sus pautas. Esta vez no me engañarán. Empiezo a sospechar de un tipo de sorprendente parecido a George Bush pasa a menudo frente a mi casa. Tengo que dejar de escribir, ya casi es la hora a la que va al supermercado a contactar con otros seres de su especie. Hoy probaré mi disfraz de president, el traje negro impecable me cae muy bien y la peluca blanca nívea me da un aire realmente intelectual. Seguiré con mis investigaciones.

DULCE SUEÑO

Aquella mañana; Isabela veía la luz dorada de la primavera colarse por las rendijas de la persiana hasta rozar sus párpados entreabiertos despertándola de un dulce sueño. Era feliz en la mañana de abril por primera vez en muchos años, se dejaba acariciar por los rayitos de sol, se sentía libre, joven, hermosa, y plena de alegría. No tenía esa opresión en el pecho de cada despertar, ni miedo, ni ansiedad.

Todo había terminado hasta el último de los muchos golpes y patadas recibidos durante mucho tiempo. Pensaba ahora que tal vez su marido no era una mala persona y bueno en parte se sabía una mujer privilegiada ella no había sufrido graves palizas de urgencias medicas ni hospital como otras muchas mujeres con menos suerte que Isabela.

Si, estaba segura que todo aquel calvario era producto del agotamiento, de un amor que nació yerto, y los arrebatos diarios de mal humor por parte de su marido habían convertido su vida en luz oscura de amargo sabor en una continuidad de ansiedad y terror.

A la hora de comer del día anterior él empezó a gritar, arrojando todo lo que encontraba a su paso contra el suelo, daba voces y golpes, como un loco (...) este filete de ternera esta crudo.

-Isabela le dijo -tu mismo te lo puedes hacer aun esta la sartén en el fuego-
Antes de darse cuenta estalló en su rostro un fregonazo rojo un dolor agudo como hojas de cuchillo le atravesaban la nariz y los ojos cayo al suelo por el golpe, cuando noto las frías baldosas sobre su espalda, comprendió lo que le había ocurrido. Escucho -un insulto- el insulto más común de todo el más habitual el de siempre: -puta- en ese momento supo que ya no podría soportar más palizas...

-Por favor, ten piedad, te lo estoy pidiendo por favor...
Y vio un enorme charco de sangre alrededor de su cabeza. Había muerto.

Ha sido una pena: un hombre fuerte, trabajador, cabal, y tan buen marido... y esa horrible muerte que él no merecía. La pobre Isabela ahora se queda sola. Debe rehacer su vida. Eso decía la gente en el tanatorio. Mientras ella vestida de luto con rostro triste y cansado atendía al pésame agradecida y resignada.

Mas tarde en el entierro, vestida de luto, junto al nicho la gente pasaba ante ella dándole las últimas condolencias, ánimos, besos y abrazos ella respondía a todas las personas con una sonrisa todos creyeron ver en aquella sonrisa la tristeza por el dolor de la pérdida del marido. Los miraba en silencio durante el entierro y en las visitas posteriores con su triste forma de sonreír hasta que poco a poco todos se fueron distanciando de Isabela.

La casa dejó de ser cárcel, sin gritos, golpes, y trastos rotos. No, ya no tenia que esconder los golpes del rostro bajo capas de maquillaje mirándose una vez y otra vez al espejo para comprobar que no se notaban los cardenales bajo el

maquillaje. Todo había terminado si todo. Ahora las cosas eran nuevas la luz brillante el aire fresco y puro. Era el momento para ir despacito recomponiendo el rompecabezas de su autoestima, colocar cada pieza en su lugar, poquito a poquito. Reinventar su libertad con la dignidad de nunca más ser humillada.

Estar en la cama hasta que quisiera, oír los ruidos que subían de la calle, la radio de la vecina, olores, colores, placeres olvidados. Las cosas de un nuevo despertar le hacían ver que el pasado quedaba muy lejos como la historia de otra vida que ya no era la suya.

Cuando despertó del sueño, la luz se oscurecía suciamente. Se giró en la cama y encontró el cuerpo del marido durmiendo a su lado. Entendió que todo fue un dulce sueño. Quiso gritar, intento zarandear a aquel hombre, hasta despertarlo y decirle que él debería estar muerto... ¡sí, sí muerto! ella misma lo había visto tropezar caer por la escalera lo vio tirado en el suelo con la cabeza abierta.

Durante mucho rato lloro en silencio. Se levanto de la cama con cuidado de no despertarlo y se encamino hasta el cuarto de baño volviendo a su mundo real ese del que jamás había dejado de habitar. Volvió la opresión en el pecho, a temblar todo su cuerpo, la boca seca,

No, no, Isabela no te mientas mas no han sido unos años de matrimonio han sido ¡mas de veinte! no te ha pegado cuatro golpes... eran tantas palizas tanta humillación que ya no lo recuerdas y no era ni en el fondo un hombre bueno (...) por mucho que te lo decían los amigos, las vecinas. Sino una mala bestia ya no podrás escapar de ese animal. Eso es lo que hay mas te vale hacerte a la idea e intentar no volver a soñar nunca.

Lleno la bañera hasta el tope con agua caliente –hasta que la muerte os separe- se desnudo. Su cuerpo lo veía como el de otra mujer avejentada y lleno de moratones, aquel cuerpo ya no era hermoso, dispuesto para el amor. Se metió en el baño. Toda la casa permanecía en un silencio trágico. Tomo una cuchilla y la acercó a una de sus muñecas, una lagrima rodó por su cara cayendo al agua. Anticipo de la amargura de un dulce sueño. Dulzura de sangre su sangre derramada que ahora formaba volutas en el agua caliente. La escena era muy bella el agua iba pasando lentamente de transparente a un rojo muy intenso.

Estaba entrando en el más dulce de los sueños, decía adiós a todo, a los golpes, al miedo, a su cuerpo derrumbado golpes en las frías baldosas. Adiós mamá.

Hasta que la muerte os separe.

UN PARAGUAS VERDE

Érase una vez la ciudad de los paraguas negros, cuando llovía, todos sus habitantes caminaban por las calles a sus quehaceres diarios cubriéndose con aquellos paraguas. Rigurosamente, siempre negros.

Y bajo sus paraguas todos los habitantes mostraban una cara ceñuda, triste, oscura... ¡no puede ser de otro modo bajo un paraguas negro!

Un día que llovía a cántaros, de improviso, apareció un señor algo extravagante que paseaba con su paraguas verde chillón. Y para colmo de males, aquel señor sonreía.

Los transeúntes lo miraban escandalizados bajo el paraguas negro que los cobijaba, y refunfuñaban:

“¡Mirad qué indecencia! Es verdaderamente ridículo con ese paraguas verde chillón.

¡No es serio! ¡En cambio, la lluvia es una cosa muy seria “y un paraguas sólo puede ser negro!”.

Otros montaban en cólera y se decían unos a otros:

“Pero ¿qué clase de persona es ésta? Es Impropio y poco serio ir por ahí con un paraguas de color tan estridente. Ese hombre es sólo un exhibicionista, quiere hacerse notar a toda costa. ¡No tiene formalidad alguna!

Así era, no había nada de divertido en aquella ciudad, donde llovía siempre y los paraguas eran todos negros.

No sabía qué pensar la pensar la pequeña Carlota de todo aquel guirigay, que habían, formado por un paraguas, diferente de color muy alegre.

Un pensamiento le rondaba la cabeza con persistencia:

“Cuando llueve, un paraguas es un paraguas. Que sea verde vivo o negro... lo que cuenta es tener un paraguas que te cobije de la lluvia”.

Además, la pequeña se daba cuenta que aquel señor bajo su paraguas verde chillón tenía aspecto de sentirse perfectamente a gusto y feliz.

Se preguntaba el porqué.

A medio día, al salir de la escuela, Carlota se dio cuenta que había olvidado su paraguas negro en casa.

Sacudió los hombros y se encaminó hacia casa con la cabeza descubierta, dejando que la lluvia empapase su negra melena.

Quiso la casualidad que al poco se cruzase con el hombre del paraguas de color indecoroso -le dijo- el hombre sonriendo:

“Chiquilla, ¿quieres cobijarte?”

Dudó Carlota. Si aceptaba, todos le tomarían el pelo. Pero en seguida se acordó:

“Cuando llueve, un paraguas es un paraguas.

Que sea verde o negro, ¿qué importa? ¡Siempre es mejor tener el paraguas que empaparse de lluvia!”.

Aceptó y se metió debajo del paraguas verde al lado de aquel señor gentil.

Entonces comprendió por qué era feliz:

Bajo el paraguas amarillo ¡el mal tiempo ya no existía!

Había un gran sol en el cielo azul, donde los pajarillos volaban gorjeando.

Carlota tenía una cara tan de asombro que el señor se echó a reír a carcajadas:

“¡Ya lo sé! También tú me tienes por loco, pero quiero explicarte todo.

Durante algún tiempo, estaba tan triste como todos, en esta ciudad donde llueve siempre. ¡Y por supuesto también tenía un paraguas negro!

Hasta que un día, saliendo de mi despacho, me olvidé el paraguas y me encaminé a casa. Mientras caminaba, encontré a un hombre que me ofreció cobijarme bajo su paraguas verde chillón.

Como tú, dudé porque tenía miedo de ser diferente, de hacer el ridículo. Pero luego acepté, porque tenía aún más miedo de pillar un resfriado.

Y me di cuenta – como tú – que bajo el paraguas verde el mal tiempo había desaparecido.

Aquel hombre me enseñó por qué bajo el paraguas negro las personas se volvían hurañas y con ese aire tan triste:

El repiqueteo de la lluvia y el negro del paraguas les ponían la cara larga, y no tenían ninguna gana de hablarse.

Improvisamente, el hombre se fue y yo me di cuenta de que tenía en la mano su paraguas verde.

Lo busqué, pero no logré encontrarlo:
Había desaparecido.

He conservado hasta hoy el paraguas verde y el buen tiempo no me ha dejado nunca”.

Carlota exclamó:

“¡Qué historia!

Pero –añadió- ¿no se siente mal al tener el paraguas de otro?”.

El señor respondió:

“No, porque bien sé que este paraguas es de todos.

Aquel hombre lo había recibido también él sin duda, de algún otro”.

Cuando llegaron hasta la casa de Carlota, se despidieron.

Apenas el hombre, alejo, esfumándose, la muchachita se dio cuenta que sujetaba en la mano el paraguas verde.

Pero aquel señor gentil ¿quién sabe dónde estaría ya?

Y Carlota se quedó con el paraguas verde chillón, sabiendo que pronto cambiaría otra vez de propietario; ya que el paraguas verde estridente tenía que pasar a otras manos, para proteger de la lluvia y llevar el “buen tiempo” a otras personas.

TODAS LAS PUERTAS ESTÁN CERRADAS

Aun hoy siento vértigo, al recordar el horror que me produjo al ver surgir de la nada en mitad de una cuesta empina un posible espectro o inmortal. Al que hace muchos años fui capaz de perseguir.

Aun a veces me miro en los espejos de los bares, temiendo no reflejarme ya que tengo la sospecha que de tanto ir con gente que no existe corro el peligro de volverme poco a poco tan inmortal como él.

Una noche de invierno fue la primera vez y la última, que vi esa sombra, y busque luego durante muchos eneros nunca más lo encontré. Si aquella sombra lenta vestía un sayal marrón con brillos de tela antigua y capucha cubriéndole la cabeza -me habían contado variopintas leyendas urbanas del fraile fantasma que dicen es San Juan de Dios-. Con el que mucha gente se ha tropezado por la cuesta de los chinos. Su sombra se deslizaba por las paredes de las fachadas de las casas. Inicie el juego de la persecución.

Era bastante alto más que los demás hombres, el habito raído y corto mostraba unos tobillos exangües sus pies esqueléticos iban descalzos o casi llevaba unas sandalias con dos tiras de piel marrón rudas muy gastadas, se puede decir que no caminaba sobre sus pies, mas bien andaba suspendido a unos centímetros del suelo. Caminaba con tal recogimiento que no se apercibía de su milagrosa levitación si la luz de una farola lo iluminaba. La cabeza cubierta bajo la capucha puntiaguda. Se giro y quede aterrada no tenia rostro era un trozo de profunda oscuridad. Una osamenta de retablo. Me pudo la curiosidad. Me repuse al miedo. Lo seguí cuesta arriba, por que el juego era excitante y la noche, me impone continuar la persecución hasta que el perseguido desaparezca en un portal o se pierda en una esquina hay esquinas que se tragan a las personas –era el mejor de mis juegos- cuando el perseguido desaparecía me sentaba en un portal a la espera de otro y volvía a empezar de nuevo era un juego que me emocionaba ya que podía no tener fin nunca y a la vez tenerlo retomar o dejarlo dependiendo del tiempo que dispusiera para jugar.

El no advirtió que lo seguía <caminaba como fuera del mundo> en la misma época lejana y en la misma ciudad entonces casi inaccesible donde eran habituales sus sayales con brillos de dómine cabra. La quijada alta, los cuévanos de los ojos una figura gótica, que por un favor o tal vez una maldición había sobrevivido a la edad media alta y andaba muerto entre los vivos, no por voluntad propia sino quizás por la nostalgia que lleva a los difuntos a repetir los mismos pasos por las calles que vivieron.

Era invulnerable a todo lo que acontecía a su alrededor, no se fijaba en los pasos de peatones no miraba lo semáforos ni el trafico al cruzar las calles ni hacia caso a las caras de sorpresa de los viandantes ni a las risas y burlas de los niños quienes se topaban con su fúnebre figura como un jirón oculto en su habito de brillos marrones que no defiende del frío sino de miradas que acusan

y manos con dedos que señalan. Andaba con una especie de furtivo ademán.
No era la máscara del miedo era la metáfora de una inquietante soledad

EL REINO DEL PÁJARO AZUL

Hasta ahora había sido un sueño, una fantasía, una esperanza. Ahora era una fotografía, gigantesca, con un perfil parecido al de un pájaro, que colgaba majestuosamente en la pared del taller. El niño de el arco iris, pensó Nilo. Vivían frente al mar y veía a menudo el arco iris, y ahora veía todos los azules y el arco iris en el lienzo. Esos colores prometían un nuevo cielo, un nuevo horizonte. Aun la pared tosca y gris donde estaba apoyada la fotografía parecía un cielo. Era mágico, tan mágico que Nilo sintió dudas, y al sentir dudas sintió recelo.

— ¿Siempre va a quedar colgada? —preguntó.

— ¿Cómo que colgada?

—Colgada la foto como ahora. De la pared.

Su padre no respondió de inmediato. Miró la fotografía, se sirvió un café.

— ¡Pero no está colgada! —dijo—. Es como si la pared fuera el cielo.

Sí, Nilo había pensado lo mismo, pero la respuesta no lo conformó. Era tramposa, y lo sabía.

Su padre también lo sabía.

—Alguna vez —dijo al fin—. Alguna vez veremos a Samba en África.

Tienen viva su herencia africana después de 200 ó 300 años sabes; conocemos su música, su lengua, que la canta, la bailan, y lo hacen como africanos. Veras como un día conoceremos África. Pero también te digo una cosa: el dolor de la esclavitud se mantienen. Te lo dice desde la foto la tristeza en los ojos de Samba y a veces amargura...

Con amargura... Pero volvamos —Señaló el cielo nublado que asomaba por la ventana del taller—. Aquellas nubes Azules.

Nilo escudriño las nubes, una bruma incandescente, de blancos azules, rosas.

— ¿Puede llegar tan alto Samba?

—Tan alto, y más.

— ¿Qué vera desde allá arriba? —preguntó Nilo.

— ¿Desde allá arriba? —repitió su padre.

Nilo temió que su padre no supiera contestarle, y él necesitaba que le contaran qué se veía desde allá arriba, tanto como necesitaba remontar la fotografía. Necesitaba esa respuesta aunque fuera una mentira, pero sabía que si su padre respondía no le diría una mentira.

Su padre puso una mano en el hombro de Nilo e hizo girar el globo terráqueo que tenía en una mesa del taller, entre trapos, papeles, negativos, pinceles, y herramientas, un globo amarillento, descolorido y manchado de grasa.

Apoyo el dedo en el lugar donde estaban, la costa atlántica. El dedo surcó el Atlántico y llegó al África.

—Desde allá arriba —dijo— verías África.

— ¡África! —exclamó Nilo, pensando en los leones, cebras y jirafas que había visto en el zoológico.

Y pensando en África, miró con atención la fotografía. Por un momento se olvidó de las herramientas, baldes, latas de pintura, repuestos y trastos viejos que su padre acumulaba en ese lugar de la casa que usaba como taller de;

fotógrafo, pintor, inventor y también como taller de reparaciones para sus chapuzas. Sí, la pared era el cielo de la fotografía. Si uno la miraba entrecerrando los ojos, volaba en ese cielo azul muy limpio, y el atestado taller, con su olor a grasa, disolventes, óxido y pintura, era un mundo de todos los colores, sin fronteras, un globo terráqueo girando en un espacio de color.

Nilo no tenía la menor duda de que volarían a África. Su padre se lo había dicho, y él confiaba en su padre. Su padre no quería que Nilo perdiese sus raíces africanas aunque nunca el niño había conocido el continente africano. Y el padre Le había enseñado cosas que nadie más podía enseñarle, cosas sobre los pájaros y el espíritu del vuelo. Los pájaros, decía, eran la cima de la evolución, desde el punto de vista de la inteligencia, pero la inteligencia no era todo en la vida. En el movimiento majestuoso de las bandadas, la naturaleza se recreaba a sí misma. Nilo adoraba esta frase, aunque no la entendía del todo. Le gustaba que su padre, con esas manos ásperas y sucias, hablara como una maestra, mejor que una maestra. No le molestaba que usara palabras que él no entendía, porque en cierto modo entendía todo. A diferencia de las maestras, su padre sabía de qué hablaba, y no mentía nunca. Los aviones de motor, decía su padre, eran toscos y groseros desde el punto de vista del espíritu, pero encarnaban el sueño del vuelo. Los aviones de motor eran producto de la inteligencia, pero en el fondo querían ser pájaros.

El niño atesoraba esas palabras dentro de su corazón —naturaleza, espíritu, inteligencia, sueños de vuelo— y las repetía todas las noches como una oración. Entender sin entender era maravilloso. Y entendía sin entender que su madre de origen africano encarnaba el espíritu del vuelo en el cielo. A los amigos que habían perdido algún familiar, sus padres les explicaban: “Ahora está en el cielo”. Cuando murió la madre de Nilo, su padre le había dicho: “Ahora es un pájaro”. A Nilo le gustaba que su madre fuera un pájaro, y alguna vez esperaba volar con ella. Pensaba que había hijos que tenían a sus padres toda una vida, y él apenas la había tenido diez años. Sin duda ella también lo extrañaba, y se alegraría de volar con él hasta África.

— ¿Y? —preguntó su padre, interrumpiendo sus divagaciones.

— ¿Y qué? —preguntó Nilo.

—No me has dicho si te gusta —dijo su padre.

¿Si me gusta?, pensó Nilo. Gustar no era la palabra. Si lo pensaba bien, no tenía una palabra para decirle lo que sentía. Y como no encontraba la palabra, tuvo miedo de no decirlo bien y prefirió no decir nada.

Su padre lo miró a los ojos.

—De acuerdo —suspiró—. Ya haré una fotografía mejor.

Nilo quiso decirle que nunca podría hacer una mejor, porque no podía haber una mejor. Amo esa fotografía, pensó, sorprendido de esa palabra. Era amar. No era querer ni gustar. Amar es algo para toda la vida. Se sintió idiota, porque amaba tanto la foto que había dado a entender todo lo contrario, y ahora tenía un nudo en la garganta. ¿Por qué no podía hablar como su padre, que le hacía entender todo aunque usara palabras que él no conocía?

Su padre sonrió con dulzura, le palmeó la cabeza y siguió trabajando en otra cosa.

Esa noche Nilo se fue a acostar pensando en África. Un día volaría como Samba y vería los pájaros azules, leones, cebras, elefantes y jirafas desde el cielo. Después le contaría a su padre todo lo que había visto, y le haría olvidar la tonta idea de que podía mejorar su obra maestra.

Pensando en África, no se pudo dormir. Se acercó a la ventana y miró el mar. Era una noche de luna, y blancas crestas de espuma rodaban hacia los acantilados. Se veían algunas luces desperdigadas, pero no era temporada de vacaciones y esas luces eran escasas.

Un pájaro azul se posó en el antepecho de la ventana.

Mamá, pensó Nilo.

El ave que era mamá echó a volar y se sumó a una bandada que descendió hacia el agua. El azul de luna se reflejaba en las plumas, y su vuelo reproducía la ondulación de las olas del mar, que a su vez eran pájaros en vuelo rasante. La naturaleza recreándose a sí misma. Nilo se metió en los intersticios de esta frase, meciéndose en la aca de naturaleza, que eran como de agua, y corrientes que fluían de las es de recrearse, que era como el negativo de la fotografía. Acunándose en la melodía de esas palabras, veía que lo único real eran los pájaros azules. Y la foto, donde Samba también era un pájaro. Nilo decidió ser tan real como ellos, y se durmió acariciando esa decisión.

A partir de ese día, buscando inspiración para ser real, Nilo se puso a mirar las fotos que colgaban en el garaje. Aprovechaba los momentos en que su padre salía a trabajar con la furgoneta. Normalmente salía temprano y no regresaba hasta el mediodía; volvía a salir después de la siesta y no volvía hasta la noche. Como aún no había empezado la escuela, tenía tiempo de sobra para mirar las fotos. Nilo ya conocía de memoria: Eran fotos de buenas personas, decía su padre, personas que se había atrevido a soñar. También había un dibujo que representaba la muerte de un piloto en su planeador, y la reproducción de un grabado donde un campesino negro araba un campo árido con indiferencia mientras un pájaro azul caía del cielo batiendo las alas. Su padre le había enseñado a comprender la importancia que tenían la nubes, el cielo, y los pájaros porque su padre admiraba a las aves y a las nubes azules, pero no amaba las borrascas de cielos negros sino el vuelo. Y el vuelo que él buscaba, decía, era diferente.

—Los aviones representan el triunfo del hombre dentro de la naturaleza al no poder volar como las aves. —le dijo un día, cuando lo sorprendió mirando las fotos—. Pero las alas representan la victoria sobre la gravedad.

— ¿Como el vuelo de Samba en la fotografía? —preguntó Nilo, memorizando las palabras de su padre.

Su padre lo miró dubitativamente.

—Sí —dijo al fin—, como el vuelo de Samba en la fotografía.

Siempre temía que su padre sufriera un accidente, como su madre, aunque quizá no fuera tan malo que sufriera un accidente si después terminaba por ser un pájaro azul como era su madre.

Esos retratos grises que lo miraban desde la pared descascarada del garaje representaban la victoria sobre una prohibición, el triunfo sobre la resistencia del aire y la gravedad. Ellos habían volado y él también volaría, y sabía que su padre estaría orgulloso, que lo admiraría como admiraba los vuelos azules de los retratos.

El cielo estaba tan despejado y luminoso como no se había visto en todo el verano, y sin duda podría ver África en el horizonte. Su padre pondría su foto en la pared del garaje, junto a las otras.

Con paciencia y esfuerzo descolgó la fotografía, se la cargó sobre la espalda, recorrió la calle que lo separaban del acantilado, saludó elusivamente

a los vecinos que se acercaban a preguntarle de dónde había sacado esa enorme fotografía. Era un día ideal porque soplaban mucho viento y no había bañistas en la playa, ningún curioso que pudiera detener el vuelo.

Tenía un plan. Ataría con una cuerda fuerte la fotografía a un tronco de raíces firmes, al borde del acantilado, y la sujetaría con piedras para impedir que el viento la arrastrara. Esperaría hasta ver volar a Samba en la foto de su padre, y entonces se lanzaría al aire y vería el África. Cuando su padre llegara del trabajo en la furgoneta, le contaría todo lo que veía.

Karin se había pasado horas desatascando cañerías, reparando antenas de televisión y podando jardines. No le gustaba llegar tan tarde, pero el anciano Don Federico había insistido en que le reparara su televisor. Era la segunda o tercera vez, y de todos modos ese aparato no duraría demasiado. Al regresar a su casa, miró con asombro y placer el cielo al borde del acantilado: rojo, azul, naranja, y amarillo como un pájaro multicolor. Tardó un segundo en reparar en la fotografía, dos en ver que alguien colgaba del armazón, tres en comprender que la única con esas dimensiones podía ser la que guardaba en el garaje.

Aceleró, esquivó por milagro a un camión que venía de frente, metió la furgoneta en la tierra arenosa, frenó mordiéndolo el polvo con las llantas, bajó y echó a correr. Se abrió paso a codazos entre un grupo de personas que miraban sin animarse a hacer nada. Un viejo en bañador le dijo que el chico estaba en el aire desde hacía apenas un minutos.

¡Uno minuto!

Era un milagro que hubiera durado tanto. La fotografía no estaba hecha para volar, y menos con tanto peso encima.

—Nilo, Nilo, Nilo —lo llamo, sintiéndose entupido porque era lo único que se le ocurría, pensar en Nilo y en su madre, y en que no podía perderlo, no podía porque era injusto, porque era tan chico y era lo único que le quedaba de ella.

Sólo atinó a aferrar la cuerda para impedir que el viento arrancara la raíz adonde el chico la había amarrado. Vio con angustia que como la cuerda se estaba deshilachando.

—Voy a tirar despacio hacia mí —le dijo a Nilo—. No te asustes.

Nilo respondió algo, pero Karin no le entendió. El viento se llevaba las palabras. Y el chico tampoco le entendía a él.

Nilo gritó algo, lo repitió. El padre lo miró la cara y creyó ver una expresión de angustia. No quiso mirar más. Sólo pensó en tirar de la cuerda, despacio, muy despacio, en recobrar a Nilo antes que el viento se lo arrebatara.

Una ráfaga de viento lo arrastró. Karin aguantó el tirón, cerró los ojos. Cuando los abrió, la fotografía caía como una piedra. Su hijo, extendiendo los brazos, se precipitó contra la pared del acantilado. Por un instante el viento lo sostuvo en el aire, a un par de metros de la pared, pero cambió de pronto y lo lanzó con ímpetu. El padre cerró los ojos de nuevo, pero no pudo cerrar los oídos. Oyó el crujido y pensó en huesos, oyó el quejido del papel y pensó en músculos desgarrados. El niño quedó colgando hasta que la cuerda se partió y la fotografía y su ensangrentado piloto rodaron hacia las rocas.

Karin se quedó en el borde del acantilado, los pies clavados en la arena, la cuerda en la mano. Todo había sucedido, literalmente, en un abrir y cerrar de ojos. Aún no entendía lo que había pasado.

Si hubiera visto a su hijo atropellado por un coche, habría llorado, se habría enfurecido, habría golpeado al conductor, habría abrazado el cuerpo. Esto lo dejaba tan desconcertado que no sabía qué sentir. Pensaba que si Don Federico no hubiera insistido en arreglar ese televisor inservible, él habría regresado a tiempo para salvar a Nilo. Pensaba en las preguntas molestas y sin sentido alguno que le harían la policía, los médicos y los vecinos. Si no hubiera sido por ese estúpido televisor, se decía, habría llegado a tiempo. Un minuto, se repetía, un minuto.

Y por obra de esas palabras, el tiempo se contrajo y los días pasaron en un solo minuto, un minuto, solo un minuto. Cuando la policía recobró los restos, también le entregó la fotografía destrozada. Karin hizo cremar al chico y echó sus cenizas al mar, como había hecho con la madre. Los restos del retrato quedaron arrumbados en un rincón del garaje.

Apenas un minuto. Nilo se había ido y él no sabía cómo reaccionar. Tampoco supo cómo reaccionar a medida que transcurría el tiempo, a medida que los minutos volvían a estirarse y eran nuevamente horas y días y semanas.

Se pasaba el día encerrado en ese garaje, rumiando ideas que no eran ideas, pensamientos que no eran pensamientos sino jirones de frases que se deshilachaban como la cuerda de la fotografía antes de la caída. Lo que pasa es que lo tuve de grande, lo que pasa es que no pude cuidarlo bien porque estaba solo, lo que pasa es que traigo mala suerte y todos se me mueren. Imaginaba que estaba encerrado dentro del viejo televisor de Don Federico, y que era una imagen borrosa y deformada por chispas de electricidad estática. Le pedía a Nilo que no usara la fotografía nunca para volar pero Nilo apagaba el televisor. O soñaba que el televisor estaba en el cuarto del chico, y él miraba el cuarto y no lo veía. Miraba por la ventana y veía la fotografía volando entre pájaros azules y trataba de salir del televisor, pero el tubo catódico era una jaula. A veces despertaba de ese sueño en el cuarto de Nilo, preguntándose cómo había llegado allí. Se respondía que tenía que ordenar las cosas. Apilaba cuadernos, juguetes y chucherías en el escritorio, en la cama, en la casa, pero nunca se animaba a guardar nada, y mucho menos a tirar.

Se sentaba en la cama de Nilo, miraba por la ventana. Veía manchas en el cielo, sus lágrimas que se confundían con los pájaros azules. Nilo, y su madre, las aves azules, una bandada de sombras.

Después de la muerte de su mujer había perdido el trabajo y se quedó sin dinero, pero al menos había logrado conservar esa casa cerca del mar. Decidió vivir allí y mantenerse de la misma manera en que había construido la casa, con el esfuerzo de sus manos. Karin era un experto con las herramientas, y los vecinos apreciaban que hubiera alguien que supiera pintar, poner ladrillos, tapar goteras, cambiar tejas, colocar antenas, cambiar cerraduras, soldar cañerías y arreglar la plancha o el televisor, y encima cobrara barato.

Ahora se arrepentía. No tenía que haber ido a vivir ahí. No era lugar para un niño: pocos amigos, demasiada soledad. Y Karin, con sus fantasías, lo había llevado a la muerte.

Yo lo llevé a la muerte, se decía.

Tiró al mar los retratos, todos y cada uno de ellos, y también el grabado con la imagen del pájaro azul. Ese campesino hacía bien en seguir trabajando mientras el estúpido héroe alado se precipitaba hasta caer muerto con las alas rotas en la tierra. ¿A quién le importaban esos sueños? Sólo a él, un perdedor que no tenía dinero ahorrado, que sólo podía ganarse la vida haciendo chapuzas en el vecindario, que había perdido a su mujer y ahora también había perdido a su hijo. Sólo él podía hablar así del vuelo, la gravedad de la materia y otras tonterías. Tiró las fotos y al tirar las fotos trató de borrarse de la cabeza esas imbéciles frases sobre la elegancia de los pájaros y la recreación de la naturaleza. Aun así, no se animó a tirar los restos de la fotografía. Era el altar donde honraba la memoria de su único hijo. Todos los días le rezaba y le pedía perdón. A veces, después de pedirle perdón, le echaba en cara su imprudencia. Bajaba a la playa y se quedaba horas mirando el mar, pensando, en sus momentos más oscuros, que en ese mar había gotas de la sangre de Nilo, y buscaba en su mente aturdida algún modo de recobrar esas gotas.

El agua de su sangre, el agua de sus lágrimas, iba y venía en la inmensidad de ese mar. Jamás podría recuperarlas.

Además de los trastos viejos, en el garaje fue acumulando latas de cerveza, botellas de güisqui y ginebra. La cara que veía en el espejito cuarteado del garaje era una cara sin afeitarse, cada vez más cenicienta y arrugada.

Dejó de soñar que estaba encerrado en el televisor. Ese sueño era innecesario. Ya estaba encerrado en el tubo catódico de la realidad.

Pensó en matarse. En un cajón tenía una vieja pistola que había pertenecido a su abuelo, y esa pistola tenía una historia. Su abuelo había peleado en el bando de la República en la Guerra Civil española y le había quitado esa pistola a un oficial alemán. Había contado la historia muchas veces y con muchas variantes, hasta que la guerra civil se convirtió, en la imaginación de Karin, en un paisaje brumoso habitado por personajes exóticos, duendes cuyas especies se dividían en fascistas, republicanos, curas reaccionarios, oficiales nazis y generalísimos. Su abuelo era otro un duende que se paseaba entre los demás empuñando la pistola. Al crecer, no había podido liberarse de esta imagen, ni siquiera leyendo historia y viendo documentales. Su España de fantasía era ahora la real.

Tal vez por eso Karin nunca había cuidado bien la vieja arma, a pesar de su afición por las máquinas y los mecanismos. La pesadez de la pistola, su metálica concreción, representaba una restricción y un obstáculo. Era como los aviones de motor, que permitían el vuelo pero también lo limitaban. Sopesando esa valiosa arma, comprendió que él soñaba otra España como Nilo soñaba otra África: para él y su hijo España y África en sus sueños eran fascinantes porque los sueños son inalcanzables adonde no podían llegar aunque vivieran en esos lugares reales. Esa comprensión lo rescató del suicidio, lo impulsó a salir más de su casa.

La muerte del hijo se había convertido en leyenda en el vecindario. Karin lo sabía, porque había oído al pasar, en el almacén o el mercado, que todos hablaban del. Para algunos era una burla o un insulto, para otros un homenaje.

—Nilo era un soñador —le dijo un día Don Federico, mientras le arreglaba el televisor por enésima vez.

Karin lo miró de reojo, sin saber cómo reaccionar.

—Hablé con él un par de veces —continuó el anciano—. Un niño muy especial.

Karin guardó silencio, concentrándose en el televisor, preguntándose por qué ese armatoste inútil se negaba a morir de una vez por todas.

Don Federico le ofreció un café. El aceptó en silencio.

—Muy especial —insistió su vecino.

—El tubo —dijo.

Don Federico lo miró sin entender.

—Se puede arreglar, pero está gastado. No le va a durar mucho.

Don Federico miró la pantalla: la imagen turbia de un personaje turbio que hacía declaraciones turbias sobre el gasto público y los presupuestos anuales.

—Es la imagen adecuada —dijo Don Federico con una sonrisa, señalando el televisor—. ¿Para qué mejorar a ese tipo?

Karin quiso sonreír, pero le salió una mueca.

—Haga una cosa —dijo—. Déjelo así. No la arregle. Yo le pago por su tiempo y usted se toma el café tranquilo.

—No cobro por lo que no hago —dijo con rigidez.

—Hágalo por Nilo —dijo el vecino—. A mí me hubiera gustado tener un hijo así.

Karin le estudió la cara, buscando sorna o lástima. Encontró franqueza y calidez. Tras un instante de vacilación, dejó que el hombre lo abrazara con ternura y sollozó en silencio.

Ese día decidió reparar la fotografía. El altar de su hijo luciría mejor que nunca, con sus colores brillantes, lo rutilantes azules naranjas y amarillos. Tiró las botellas y latas acumuladas, y decidió limitar la bebida a la copa que bebía después del almuerzo. Se puso a trabajar metódicamente, aprovechando una época del año en que había menos vecinos y menos chapuzas, y poco a poco reconstruyó la fotografía.

Al terminarla, la colgó en la misma pared donde Nilo la había visto por primera vez. Había tomado una decisión. Clavaría un poste en el jardín de la casa e izaría la fotografía todos los días, como una bandera. Esa bandera representaría el sueño de su hijo, el sueño por el que su hijo había muerto. Sería el globo cautivo con el que detendría los vientos del mal.

Esa noche durmió apaciblemente. Soñó con su hijo, como de costumbre, pero era un sueño agradable. También soñó con su mujer. Los dos eran pájaros azules, siluetas luminosas que temblaban en el aire como reflejos en el agua, Nilo repetía las palabras que había dicho un instante antes de su muerte, pero ahora se oían con claridad, como si el viento del sueño fuera más benigno que el viento de ese día fatídico.

Karin despertó de madrugada, sabiendo que no izaría la fotografía en el jardín. Aún oía las palabras del hijo con claridad, pero no atinaba a entenderlas. Había una sola manera de comprender lo que decía su hijo.

Aprovechando que a esas horas no había gente a la vista, se cargó la fotografía a la espalda y se puso en marcha. Bajó por el camino de tierra, cruzó la ruta desierta, se internó en el suelo pardo y arenoso de la cima del acantilado. Llevó la foto hasta la orilla, la amarró a una raíz firme, aspiró el viento salobre hasta sentir en los pulmones la turbulencia de ese mar encrespado. Se acercó al borde sujetando la cuerda de la fotografía.

Saltó.

El viento lo sujetó, embolsó el papel, lo sostuvo en el aire. La sogla se tensó con un chasquido.

Karin se elevó, remontándose a una altura que parecía mucho mayor de la que permitía la soga. Una ráfaga de vapor condensado le humedeció la cara. El cielo era una bruma incandescente. Una visión se recortó en esa bruma, Nilo flotando en el viento antes de estrellarse. La expresión del hijo no era de angustia sino de júbilo.

Y el padre entendió las palabras.

—Veó el África, veo el África —gritaba Nilo.

Miró hacia abajo.

La bruma incandescente se disipó.

Vio el oleaje, barcos en el oleaje, un mar verde, azul y turquesa, olas rodando en una playa de arena blanca. Más allá de la playa había una selva brillante donde parloteaban monos y pájaros de colores chillones, y más allá de la selva una sabana árida y cuarteada, con leones, cebras y jirafas.

Supo que su hijo había amado la fotografía.

Sintió un tirón en los brazos, oyó un crujido y vio que se partía la cuerda. Caía en picada hacia el acantilado como si cayera desde una altura de miles de metros.

Cerró los ojos, pero veía el África, el África. Rió carcajadas de felicidad. Caería al mar, y el agua donde flotaba la sangre de Nilo le inundaría los pulmones. La sangre de ambos y las cenizas de ella rodarían gozosamente en las olas que lamen las blancas playas del África.

EL GRAJO Y LA PALOMA

Es la primera vez en tres meses que hablo alguien me responde "que no soy yo".

Antes de tomar esta costumbre despertaban mi curiosidad las personas que hablaban solas. Las veía en la calle, en los parques, en los zaguanes, enfrascados en una historia que no terminaban nunca de contarse, conversaciones sin rumbo, sin final, ocupados consigo mismos y quienes hablaban con ellos, siempre aparentaban cierta prisa.

"Quien habla solo espera hablar con Dios un Día", dijo Machado.

En el monólogo que mantengo con migo me salva hablar en voz tan baja que no me oye nadie, resignado a mis pensamientos, con la desventaja que duran poco y son incoherentes a veces e incompletos o duran demasiado y me ensimisman.

Hay quien prefiere leer los diarios, ir al cine, escuchar radio, ver la tele, porque le muestra un espejismo de las conversaciones de otros. Hay quien no quiere hablar solo porque sabe que tarde o temprano uno comienza a hacerse preguntas. Y quien no lo ha notado...

Las conversaciones con migo mismo son provocadas por el silencio. Creo que ante la aterradora posibilidad del silencio, uno elige el mal menor, que es hablar solo. Una de las herramientas de tortura es el silencio extremo, que hace que termines por decirte lo que callas, enloquecido por las voces interiores.

El eremita, el escritor y el cibernauta, sentenciados al silencio en sus desiertos, se dicen una y otra vez lo que pasa: uno ve, otro describe y otro es la divinidad virtual, y los tres juegan a que son dioses de un universo de palabras.

En el principio era el verbo, y un locutor presentador de telediarios tuvo que haber anunciado el nacimiento del universo, el origen de la vida, diciendo: "Hemos comenzado...".

Recuerdo de aquellos tiempos, cuando observaba, y a veces seguía, a tres personas monologantes: El que espera en la sombra; depredador de la fauna urbana que se apodera del centro de la ciudad antes de que anochezca, cruzando parques entretenido en afanes contables y urgentes, a un hombre joven, que al anochece vagaba en busca de alguien. Una mujer, paseaba de madrugada vestida de terciopelo negro nunca pudo ver rosas rojas.

Los tres trataron hacerme ver con sus soliloquios que las cosas deben decirse sin falta. Pero no hice caso. Por eso, estos tres meses hablando solo me están pasando factura. Creo que no pude. "Cubre bien tu espalda", me dije. E intentaba no roncar. Yo estaba dormido antes de rozar la almohada. Algo me hizo despertar. Era el silencio rotundo y oscuro de la casa. "No te atrevas a sentirte bien", me dije en la puerta del cuarto, estamos en invierno.

Desde la ventana del dormitorio me entretuve mirando a un grajo que molestaba a una paloma en el patio de luces bajo el cielo nublado. Me dije que en el fondo las cosas se repiten para bien, y -tras una noche en vela- mis pensamientos se perdieron en vagas especulaciones sobre el futuro inmediato, y sin darme cuenta me puse a hablar solo mientras miraba por la ventana.

"El grajo molesta a la paloma como la conciencia al recuerdo", dije en voz alta, y en ese momento pude entender que la soledad en una playa soñada de arena blanca es como la soledad en una ventana de cualquier ciudad.

MEDITERRÁNEO

La mar, estaba preciosa aquel día. De lejos mientras yo bajaba por una empinada cuesta, la vi aparecer entre pico y pico de la montaña envuelta en un leve velo de niebla.

Desapareció después y volvió a reaparecer. Una y muchas veces sucedió lo mismo.

Una nube de jazmines se acercaba; Un aroma penetrante que se enredaba con la brisa. Un perfume tan intenso como el de la mar.

Serena, tranquila la mar complacida escuchaba el sonido... el rumor que llega de de el pueblo.

Calles del mar; hechas con cantos rodados, oscuros y brillantes.

Belleza que a veces el paisaje oculta entre viejos árboles, fluir del agua entre las duras rocas. Esa música interior que el agua trae, la brisa marinera que a la piel se pega y mece las florecillas .Lago inmenso de luz. Sonido que retumba en la piedra.

El sol se ocultaba por la cuesta ya se iba por la carretera serpenteante, con pinos viejos, que bordeaban el asfalto. En la cumbre de algún montículo, sobre los demás de la montaña, surgían pueblecillos de cuentos de hadas.

La inmediatez del mar. Un Mediterráneo azul. Una playa de doradas arenas.

La figura pequeña de un niño que recoge espigas y amapolas.

Primicia del campo recién nacido a la primavera.

EL PACTO SECRETO

Una ilusión que será tan grande, tan inmensa, que escapará a la percepción normal. Aquéllos que la vean serán acusados de dementes.

Crearemos frentes separados para impedirles ver la conexión entre nosotros. Nos comportaremos como si no estuviéramos conectados, para mantener viva la ilusión. Así lograremos nuestro objetivo, paso a paso, de tal manera que jamás nadie sospechará de nosotros. Esto también les impedirá ver los cambios cuando éstos se produzcan.

Siempre estaremos por encima de su parcial campo de experiencia, porque nosotros conocemos los secretos del Absoluto.

Trabajaremos juntos siempre y permaneceremos unidos por la sangre y el secreto. La muerte llegará a todo aquél que hable.

Reduciremos sus expectativas de vida y debilitaremos sus mentes, mientras pretendemos hacer lo contrario. Usaremos nuestro conocimiento de ciencia y tecnología en forma sutil, de tal forma que ellos jamás verán lo que está pasando.

Utilizaremos los metales, aceleradores de envejecimiento y tranquilizantes en la comida, el agua y también en el aire. Ellos se verán rodeados de venenos por todas partes, miren a donde miren. Los metales les harán perder sus mentes. Prometeremos encontrar la cura en algunos de nuestros campos de experimentación y, en realidad, les proporcionaremos nuevos venenos.

Los venenos se absorberán por su piel y sus bocas, y destruirán sus mentes y sus sistemas reproductores. Por todo esto, sus niños nacerán muertos, y nosotros ocultaremos esta información. Los venenos se esconderán en todo lo que los rodea: en lo que ellos beban, coman, respiren y vistan. Debemos ser ingeniosos distribuyéndolos porque ellos pueden darse cuenta. Les enseñaremos que los venenos son buenos, con imágenes divertidas y tonos musicales.

Aquéllos que pudieran ayudar serán reclutados por nosotros para empujarlos hacia nuestros venenos. Verán nuestros productos usándose en las películas, crecerán acostumbrados a ellos y nunca sabrán su verdadero efecto. Cuando ellos den a luz, inyectaremos los venenos en la sangre de sus niños y les convenceremos de su utilidad.

Comenzaremos temprano, cuando sus mentes son aún jóvenes. Tendremos a los niños como objetivo con lo que ellos más aman: las cosas dulces. Cuando sus dientes se deterioren, les llenaremos de metales que matarán sus mentes y robarán su futuro.

Cuando su habilidad de aprender haya sido afectada, crearemos medicinas que los enfermarán aún más y que causarán nuevas dolencias para las cuales crearemos más medicinas.

Mediante nuestro poder, les haremos dóciles y débiles ante nosotros. Crecerán deprimidos, lentos y obesos y, cuando ellos vengan a nosotros pidiendo ayuda, les daremos más venenos.

Nosotros enfocaremos su atención hacia el dinero y las cosas materiales; así jamás se conectarán con su yo interno. Les distraeremos con la fornicación, los placeres externos y todo tipo de juegos para que jamás puedan ser uno con la unidad de Todo.

Sus mentes nos pertenecerán y harán todo aquello que digamos. Si ellos se negasen, encontraremos maneras de usar técnicas de alteración de la mente en sus vidas. Usaremos el miedo como nuestra arma.

Estableceremos sus gobiernos y estableceremos la oposición a sus gobiernos. Poseeremos ambos lados.

Siempre esconderemos nuestros objetivos, pero llevaremos a cabo nuestro plan. Realizarán la labor para nosotros y prosperaremos de su trabajo. Nuestras familias nunca se mezclarán con las suyas. Nuestra sangre deberá ser pura, siempre: ésa es la fórmula.

Nosotros les haremos matarse entre ellos cuando nos convenga. Les mantendremos separados de la unidad gracias al dogma y la religión. Controlaremos todos los aspectos de sus vidas, les diremos cómo y qué pensar. Les guiaremos suave y amablemente dejándoles pensar que se guían a si mismos.

Fomentaremos la animosidad entre ellos a través de nuestras diversas facciones. Y cuando una luz brille entre ellos, la extinguiremos por medio del ridículo o de la muerte: lo que nos satisfaga más.

Haremos que rompan los corazones de sus padres y que maten a sus propios hijos. Nosotros lograremos esto, usando el odio como nuestro aliado y la ira como nuestro amigo. El odio les cegará totalmente y nunca verán que, de sus conflictos, saldremos triunfadores como sus gobernantes. Estarán demasiado ocupados matándose unos a otros. Se bañarán en su propia sangre y matarán a sus vecinos hasta el momento que lo consideremos propicio para nuestro ataque.

Nos beneficiaremos enormemente de esto, porque no nos verán, porque no pueden vernos.

Continuaremos prosperando de sus guerras y sus muertes. Y repetiremos esto una y otra vez hasta que nuestra última meta sea lograda. Continuaremos haciéndoles vivir en medio del miedo y de la ira mediante las imágenes y sonidos. Usaremos todas las herramientas que tenemos para lograr esto, que serán proporcionadas por su propio trabajo. Les haremos odiarse a si mismos y a sus vecinos.

Esconderemos siempre la verdad divina ante ellos: que nosotros somos todos Uno. ¡Esto es lo que ellos nunca deberán saber! Ellos nunca deberán saber que el color es una ilusión; siempre deberán pensar que ellos no son iguales entre sí.

Paso a paso, paso a paso avanzaremos hacia nuestra meta. Tomaremos sus tierras, sus recursos y riquezas para ejercer el control total sobre ellos. Les engañaremos para que acepten leyes que robarán la pequeña libertad que puedan tener. Estableceremos un sistema de dinero que les encarcelará para siempre, manteniéndoles a ellos y a sus hijos en la deuda permanente.

Si ellos logran unirse, les acusaremos de crímenes y presentaremos una historia diferente al mundo, porque nosotros poseeremos todos los medios de comunicación. Usaremos nuestros medios de comunicación para controlar el flujo de información y su sentimiento en nuestro favor. Si ellos luchan contra nosotros, les aplastaremos como insectos, porque son menos que eso. Ellos carecerán de poder para hacer algo porque no tendrán ningún arma.

Reclutaremos algunos de los suyos para llevar a cabo nuestros planes: les prometeremos la vida eterna, aunque nunca la tendrán porque ellos no son de los nuestros. Los reclutas se llamarán "iniciados" y se adoctrinarán para creer en falsos ritos de paso a los más altos reinos. Los miembros de estos grupos pensarán que ellos son uno con nosotros, pero nunca sabrán la verdad. Jamás deberán aprender esta verdad o de lo contrario se volverán en contra de nosotros.

Por su trabajo se les premiará con objetos materiales y con grandes títulos, pero nunca serán inmortales y nunca se nos unirán. Nunca recibirán la luz ni viajarán a las estrellas. Ellos nunca alcanzarán los reinos más altos: los crímenes contra su propio género impedirán el paso al reino del esclarecimiento. Esto nunca lo sabrán. La verdad se ocultará en sus rostros: tan cerca, que serán incapaces de enfocarla hasta que sea demasiado tarde.

OH, sí: tan grande será la ilusión de libertad, que nunca sabrán que son nuestros esclavos. Cuando todo esté en su lugar, la realidad que nosotros habremos creado para ellos los poseerá. Esta realidad será su prisión. Ellos vivirán en el autoengaño.

Y cuando nuestra meta esté cumplida, una nueva era de dominación comenzará. Sus mentes se limitarán por sus creencias; las creencias que nosotros hemos establecido, desde tiempo inmemorial. Pero si ellos alguna vez averiguan que son iguales a nosotros, entonces pereceremos. ELLOS NUNCA DEBERÁN SABER ESTO. Si ellos alguna vez averiguan que juntos pueden vencernos, tomarán la iniciativa. Ellos nunca deben, en toda su vida, averiguar lo que hemos hecho, porque si lo hacen no tendremos lugar adonde huir. Para ellos será fácil ver quiénes somos una vez que el velo que les ciega haya caído. Nuestras acciones se habrán revelado, sabrán quiénes somos, nos cazarán y ninguna persona nos dará cobijo.

Éste es el pacto secreto por el cual viviremos el resto de nuestra vida actual y las futuras; para esta realidad, trascenderán muchas generaciones y esperanzas de vida. Este convenio se sella por sangre, nuestra sangre. Nosotros, los únicos que vinimos del Cielo a la Tierra.

La existencia de este pacto NUNCA deberá, en ningún caso, ser conocida. Nunca deberá escribirse o hablar de él, si no queremos tener en cuenta que la conciencia que generaría soltará la furia del Creador sobre nosotros y seríamos lanzados a las profundidades de donde venimos para permanecer allí hasta el fin de los tiempos o la infinidad misma.

¡Buenas noches y felices sueños!

DOS

En una de esas noches de invierno en que llovizna, en que rodean los niños la cazuela de los buñuelos comiendo anticipadamente de los que se quiebran, en que solo se están quietos si la abuela de cabeza blanca y ojos amorosos les cuenta algo de aparecidos, oí lo que a mi vez refiero.

El padre Marocho de cuyo nombre no puedo acordarme, era una celebridad en la basta provincia de agustinos de Michoacán, distinguiéndose principalmente por sus virtudes y después por ser pintor excelente que cubrió de cuadros de indiscutible mérito artístico todos los conventos de la provincia; por ser orador consumado, que con sus sermones llenos de elocuencia y de unción conmovió profundamente al auditorio por distraído que éste fuese; por ser teólogo y canonista como pocos de gran memoria y aguda inteligencia. Por todo lo cual era uno de los primeros que asistían a los capítulos de su provincia.

Por entonces había capítulo en el convento de San Agustín de Valladolid y los padres capitulares habían venido de las más remotas regiones de la provincia, y entre ellos el padre Marocho que residía de ordinario en el convento de Salamanca.

La sala capitular estaba a la derecha del claustro románico situado junto a la iglesia bizantina. Una ancha puerta de medio punto abierta a la mitad del salón daba acceso a él. Casi frente a la puerta de entrada se erguía una tribuna tallada en nogal negro. En los cuatro tableros de enfrente en forma de medallones se habían esculpido a los cuatro evangelistas. En el respaldo que remataba en un tornavoz figurando una concha, estaba esculpida en el centro la imagen de san Agustín. Tanto en el pie como en los barrotes que encuadraban los tableros, había esa rica flora retorcida y gallarda que los maestros carpinteros de los pasados siglos desarrollaban en sus obras, haciendo gala de una imaginación tan fecunda como bella, y de una habilidad nunca igualada ni mucho menos superada para manejar los instrumentos de tallar y esculpir en madera. En armonía con la cátedra o tribuna y a lo largo de los muros en dos galerías alta y baja se desarrollaba una doble sillería de asientos giratorios labrada también en nogal negro. Cada silla era un prodigio de talla, teniendo en el respaldo esculpida la imagen de un santo de la orden. En uno de los testeros se levantaba sobre una plataforma el trono del provincial y en el otro había una preciosa mesa cuyas patas eran garras de león, sobre la cual destacaba un crucifijo de cobre dorado a fuego, en medio de dos candeleros con sus cirios y un atril de plata cincelada para los santos evangelios. De la bóveda de cañón pendían tres arañas de cobre dorado a fuego cuajadas de ceras que iluminaban el salón con una luz tenue y dorada. Sobre los muros colocados a iguales distancias había colgados retratos de personajes prominentes, religiosos de la provincia de Michoacán, como era el del apóstol de la Tierra Caliente, de fray Diego Basalenque, de fray Alonso de la Vera Cruz sentado en su cátedra dando clase a varios discípulos, entre ellos al inteligente y aprovechado joven don Antonio Huitzimengari de Mendoza hijo del último emperador de Michoacán, Caltzonzin.

Siempre el padre Marocho, por su antigüedad en la orden y por los cargos que en la misma desempeñaba, tenía el segundo lugar después del provincial en el capítulo y se sentaba en el primer sitio a su derecha.

No había discusión en que no tomase parte ya suministrando datos históricos, ya recordando cánones, y citando autoridades filosóficas y teológicas, ya

discurriendo de modo que sus palabras eran escuchadas con verdadera sumisión y sus sentencias eran decisivas, influyendo grandemente en los resultados del capítulo, en donde se decidían cuestiones de capital importancia para la provincia y para la orden. Por tanto a pesar de que en lo general el padre Marocho tenía una vasta erudición, sin embargo, mientras duraba el capítulo, estudiaba en su celda o en la biblioteca del convento hasta las altas horas de la noche.

La biblioteca próxima a la sala capitular y en comunicación con ella, era también un gran salón abovedado circuido de una estantería de oloroso cedro que contenía cerca de diez mil volúmenes sobre todos los amos del saber humano de entonces aparte de los nunca bien ponderados manuscritos relativos a las misiones e historias de los michoacanos. En el centro mesas de roble sobre las cuales había atriles y recados de escribir, tinteros de talavera de Puebla y plumas de ave.

Allí estaba una noche el padre Marocho. El silencio mas profundo reinaba en aquel recinto donde el hombre del presente entabla pláticas con los hombres del pasado; en donde el genio se comunica con el genio; se borra la noción del tiempo penetrando en las puras regiones del espíritu, echa a un lado la materia; en donde las pasiones callan y se doblegan ante la razón, su reina y señora.

De repente el padre Marocho, según lo cuentan papeles viejos de aquella época de duendes y aparecidos, notó un ruido extraño a su lado, vuelve el rostro y ve que una mano negra cuyo brazo se perdía en las tinieblas, tomando entre sus dedos la llama de la vela, la apagó, quedando humeante la pavera. Con la mayor tranquilidad y presencia de ánimo dijo al diablejo: -Encienda usted la vela, caballero.

En aquel momento se oyó el golpe del eslabón sobre el pedernal para encender la yesca. Ardió la pajueta exhalando el penetrante olor del azufre y se vio de nuevo que la mano negra encendía la vela de esperma.

-Ahora para evitar travesuras peores, con una mano me tiene usted en alto la vela para seguir leyendo y con la otra me hace sombra a guisa de velador, a fin de que no me lastime la luz.

Así pasó. Y era de ver aquel cuadro. El sabio de cabeza encanecida por los años, los estudios y las vigiliias, inclinado sobre su infolio de pergamino. A su lado dos manos negras cuyos brazos eran invisibles, una deteniendo la vela de esperma amarilla y la otra velando la flama. La luz apacible reflejándose sobre el busto del padre Marocho le dibujaba en el ambiente con ese claro- oscuro intenso de los cuadros de Rembrandt, que tanto estiman los artistas.

Vino la madrugada con sus alegrías. Aunque tenues, pero llegaban hasta aquel retiro, los cantos de las aves que saludaban a la rosada aurora desde las ramas de los fresnos del cementerio. Por los ojos de buey de la biblioteca comenzaban a penetrar dudosamente los primeros rayos de Sol. Entonces como ya no era necesaria la luz de la vela, exclamó el padre Marocho: -Pues bueno. Apague usted la vela y retírese si necesito de nuevo sus servicios, yo le llamaré.

Entre tanto que el padre bostezaba, restregándose los ojos, se oyó un ruido sordo de alas que hendían el aire frío y húmedo del nuevo día.

No tardó en concluir el capítulo, quedando arregladas todas las cuestiones que hubo para convocarlo. Con todo, el padre Marocho se quedó en el convento a descansar por algunos días más. Vivía en una celda que termina en un ambulatorio que va de oriente a poniente iluminado en el centro por una cúpula

con su linternilla. La celda era la última del poniente a mano izquierda con su ventana para la huerta del convento. Desde allí, como en un observatorio, contemplaba aquel artista un espléndido panorama. Las desiguales azoteas de las casas de aquel barrio, la loma de Santa María y el cerro azul de las Ánimas, sirviendo de fondo al paisaje. Como en estos días pasaba el Sol por el paralelo de Valladolid, al ponerse su disco rojo antes de ocultarse tras las montañas se asomaba curioso en el cañón aquel, tiñendo de rojo, los suelos, los muros, las bóvedas, los marcos de las puertas de las celdas, las imágenes de piedra colocadas en sus hornacinas, produciendo unos tonos nacarinos y unas transparencias admirables. El padre Marocho quiso pintar aquellos juegos de luz, aquellos muros envejecidos tiñéndose de arrebol y mientras el Sol no pasó del paralelo se sentaba frente a su caballete con su paleta en la mano izquierda y su pincel en la derecha y cuando menos acordaba, aquella mano negra le presentaba los colores y los pinceles que necesitaba para manchar su tela. Una noche, víspera de su partida del convento al ir el padre Marocho a recogerse, vio en cierto lugar de la celda la misma mano negra que apuntaba fijamente. El no hizo caso, porque ni tenía ni podía tener hambre de tesoros. Cerró sus ojos y se durmió.

Después de muchos, muchísimos años, un pobre, habitando la misma celda y de un modo quizás casual, o más bien sabiendo esta leyenda que había visto en los papeles viejos del convento cuando era novicio de la orden de San Agustín; se halló un tesoro en el mismo lugar apuntado por la mano negra.

UNO

Mi salud se ha visto resentida en estos tiempos por la terrible humedad de los muros que me ha ido comiendo los huesos. Obligado a permanecer en mi celda y casi me hallo presto a abandonar mis investigaciones. He oído decir que algunos de los monjes de esta Abadía creen que me estoy volviendo loco víctima de una posesión demoníaca, aunque sé a ciencia cierta que la ausencia de hermanos de mi misma formación, edad e inquietudes es un factor del desaliento que a ratos me invade. Y no ayuda vivir en una comunidad como esta. Siendo centro institucional de la región y pese al casi al millar de habitantes con que contaría, si incluimos condados aledaños, suburbios y la parte francesa, sigue siendo un pueblo grande. La edad y el tiempo libre me han puesto callejero llenando mi alma de inquietud. El licor y la carne de caza, prohibidos por los médicos y que hasta hace poco parecían no hacer mella en mi constitución bastante buena por familia, me han vedado desde hace un par de semanas la frecuentación de mi mesa ahora parecen gravitar por esta celda. Mi investigación central del código voynich y la suposición de que existe, hermandades secretas y de otros mundos que parecen estar unificadas por un quehacer común, regidos por unas leyes que no me atrevo a precisar con certeza, y que parecieran compartir otras desconocidas disciplinas; alquimias, físicas, vegetales, casi de la misma manera que las nuestras familias comunes. Todo esto ha hecho circular la versión de mi supuesta demencia, afortunadamente entre ciertos círculos que son insignificantes, carecen de influencia social o me eran adversos desde antes. Entonces fue que me reí mucho cuando abrí esa parte del código que parece que le hace un poco de sombra a los mundos gobernados por hombres, porque abrí el manuscrito por azar en una breve composición que de algún modo se refería a mi situación actual:

El ocaso del monje

No molesten
Mis hermanos
estoy ocupado
en estos legajos
estoy haciendo
la transcripción
del manuscrito
de la creación
del universo
de un loco viejo
a viejo loco mundo.

El padre coadjutor que sabe de esta inquietud mía de investigar la presencia, orígenes y motivación de aquellos otros mundos me hizo conocer el manuscrito descrito como el más misterioso de todos los textos en la historia de la humanidad, al menos los producidos desde la invención de la escritura y que están más o menos disponibles. No me cabe la menor duda de que otros escritos tanto o más misteriosos están en manos de grupos de interés de diversos origen y propósito, que otros no han sido descubiertos aún por

historiadores, arqueólogos y exegetas, y decía eso del surgimiento del lenguaje escrito porque aún nadie ha descifrado la escritura ideográfica de las tablas parlantes, no soy especialista en la historia pascuense, pero esta misma confusión e ignorancia es una lección de lo que espera en la posteridad a esos que en los momentos presentes hacen alarde de su pertenencia a clases aristocráticas o privilegiadas, elites basadas en diversos criterios, o etnias o razas supuestamente superiores, que a lo mejor en unos pocos siglos o milenios los eruditos e investigadores premunidos de lupas, anteojos o cualquier dispositivo que usen para incrementar el alcance de su ya gastada vista, ya habrán olvidado o confundan entre sí.

Entre otras cosas soy experto en lenguas orientales y quizás la mente más multifacética y dotada de la Europa del siglo XVII. Al encontrarse el libro, llevaba una carta dirigida a mí fechada en 1666 rogando que me dignara descifrar el manuscrito. Impulsado por la curiosidad y por el hábito me dirigí primero a la Biblioteca, donde pasé algunas horas infructuosas, luego al archivo para al fin poder examinar algunos facsímiles de páginas: las líneas de los extraños caracteres cifrados están bordeadas e interrumpidas por dibujos, a veces detalladísimos de una flora que algunos investigadores asimilan a especies reales en ciertos casos, pero que en otros no corresponden a variedades existentes, aunque siguen las leyes morfológicas del reino vegetal. Pero lo más sorprendente, y que hizo que el corazón me diera un vuelco, lo que no está nada de bien a mis años, es que pude percibir otro detalle, o más bien, el más importante componente de este increíble texto. Como no soy escritor, como algunos de mis amigos, corresponsales y conocidos, paso a traducir al español parte, o mejor dichos unas líneas, de un artículo sobre el manuscrito: ... un texto denso y continuo con figuras intercaladas, mostrando en su mayor parte pequeñas mujeres desnudas que se bañan en piletas o bañeras interconectadas por una elaborada red de cañerías, algunas de ellas conformadas claramente como órganos corporales. Algunas de las mujeres llevan coronas. Es evidente que se está describiendo una especie de proceso de producción o gestación en serie, fuera del cuerpo, del o los vientres maternos, en un líquido amniótico quizás sintético, quizás a su vez producido en laboratorio por medios artificiales, con nutrientes y fluidos que discurren por conductos que intentan reproducir, o reproducen la calidad orgánica del tejido vivo. ¿Puede que este extraño manuscrito cifrado, con estas ilustraciones y las de esas especies vegetales no existentes pero posibles ilustran procesos de generación de nuevos organismos a partir de una base celular o tisular? Y lo que es más (para mí) alarmante, ¿es posible que el idioma en que está escrito este manuscrito no sea, ni esté disfrazado por un código, sino que se trate de la representación escrita de un lenguaje existente? Y de ser así, ¿A quién corresponde ese lenguaje? . O mejor aún, ¿dónde se originó este lenguaje, o sus hablantes y escribientes? Estas son algunas de las interrogantes que me ha suscitado este primer encuentro con el Manuscrito.

DOS AVESTRUCCES

Una señorita solterona de Sevilla tenía un cortijo. Era su segunda vivienda. Cuando llegaba <<la calor Sevillana>> huía al cortijo como alma que lleva el diablo a pasar el verano. Un día el manijero del cortijo le regalo dos avestruces y creía, vaya a saber por qué, que una de ellas, ¿cuál de las dos? Era el demonio en forma de avestruz. Como la señorita, que vestía de negro y rezaba el rosario d azabache, no podía vigilarlas continuamente, -volvió loco al manijero- el hombre ya tenia bastante con trabajar y cuidar la hacienda. Me contrató a mí, que soy trabajador, -de todo lo que salga- para que vigilase de noche. «Como todo el mundo sabe», me explicó, la señorita, «una de estas dos avestruces es el demonio.

Cuando usted vea que a una de ellas le empiecen crecer, sobre sus alitas, dos alas escamosas y de dragón, no deje de avisarme, porque ésa, sin duda alguna, es el demonio. Entonces haremos una lumbre bien grande y la quemaremos viva para terminar así con la maldad sobre la faz de la tierra». Durante las primeras noches me mantuve despierto, vigilando a los avestruces: qué animales simples y muy sosos. Luego mi celo me pareció injustificado y, apenas la solterona se acostaba, el manijero se iba al pueblo a su casa, yo me envolvía las piernas en una manta y, encogido en una silla de enea del huerto, dormía la noche entera. Nunca pude averiguar cuál de los dos avestruces era el demonio. Entonces le dije a la señorita que: dejaba el trabajo. Se que es una locura, -añadí- en esto tiempos que corren, desaprovechar un trabajo, sufro en mis carnes, la precariedad de empleo. Pero me resulta inoperante pasar las noches en vela.

CUENTO PSICOLÓGICO

Sintió rabia al cerrar la puerta de su consulta. Aprovecharía el fin de semana para desocuparla.

Debía varios meses de alquiler y los de el banco ya no le daban mas créditos. Al bajar las escaleras se cruzó con la bruja Lila (así se anunciaba en prensa). Se saludaron cortésmente y empezó a reflexionar sobre el éxito de la bruja.

Sabía que cobraba la mitad de su tarifa por sesión, sabía que algunos casos los solucionaba en muy poco tiempo... Y sabía que ya había ganado más de un pleito por intromisión profesional y por prácticas de medicina ilegal.

¿Que era lo atraía a las personas de todas clases sociales a la consulta de una bruja?

El fin de semana fatídico llegó y el terapeuta daba las últimas instrucciones a los del camión de mudanzas para trasladar los muebles de su despacho.

Cuando vio acercarse a la bruja, acompañada por el administrador de la finca.

Supo que esa misma tarde su despacho sería alquilado por la bruja Lila. Llegó un momento en que el terapeuta y la bruja quedaron solos en el Principal, y salió la proverbial curiosidad femenina.

-¿Y por que deja tan buen sitio?, ¿se muda a uno mejor?

-En realidad dejo las terapias por que los pocos pacientes que me quedan, se apoyan mas en la santería que en la sabiduría –dijo- siendo intencionadamente irónico ya ve usted el éxito que tiene, ¿Podría explicármelo? –La espeto con sequedad-

-trabajo muy duro en mi consulta y todo lo que soy se lo debo a un curandero que fue mi maestro es el quien hace las curaciones y los milagros.

-¿Milagros? ¿y por que no me lo dijo antes? ¡Yo necesito un milagro Ahora!- su tono continuaba siendo irónico, aunque estaba nervioso, Con los ojos oscuros de la mujer morena entrada en años, pero que evidenciaba vitalidad y energía.

-¿Y no le parece ya un milagro, aunque intuyo que son mas, que usted este aquí? Le dijo la mujer.

Minutos mas tarde, el terapeuta supo que su consulta sería a partir del lunes, una sala de relajación para los clientes de Lila Tras sus milagros debían acostarse un buen rato. No se despidió sin recibir una tarjeta de la mujer que lo despidió con dos besos en las mejillas dejándolo lleno de ideas confusas.

El terapeuta en su casa, trató de mostrarse optimista.

A media noche del lunes, el terapeuta dormía pesadamente por unos tequilas consumidos a manera de cena.

La música de un CD pirata y la luz de la lámpara de la mesa De trabajo arrojaban su presencia en el dormitorio que desde hacia semanas era el único testigo de sus noches solitarias.

Los sueños del terapeuta no fueron placenteros ni su Organismo toleraría mas bebidas alcohólicas; a la mañana siguiente el terapeuta se cuestiono en sus propios términos.

Derrumbado, tuvo que recogerse a si mismo, y subirse en un taxi para acudir al servicio de urgencias del hospital mas cercano se encontraba bastante mal.

El psicoanalista sufría de: Hipertensión, colesterol malo, ulcera de estomago y “algo mas” lo sabremos una vez que tengamos todos las analíticas, -le dijo el doctor-

Su tarjeta de crédito había sido anulada, sus otras tarjetas estaban suspendidas y solo gracias a la cuenta de "su" círculo psicoterapéutico pudo salir airoso de la clínica. Lo peor fue que a pocos metros de la salida el terapeuta perdió la conciencia, por una subida fuerte de la tensión arterial además de la cifra astronómica de la factura.

En su inconciencia, se vio en los brazos e una bella mujer; todos sus colegas lo rodeaban con empatía.

El se sentía seguro y sereno, y de repente una inmensa montaña surgía de la nada amenazando con aplastarlos a todos.

El terapeuta quiso escapar...

Al agitarse, se precipitó a tierra; al incorporarse vio horrorizado a sus maestros e ídolos transformarse en roca primero y polvo después.

El terapeuta fue dado de alta esa misma tarde, bajo los efectos de un fuerte sedante se marchó a su casa e intentó dormir.

Lleno de frustración, necesidades y dos o tres términos más, hasta que lo venció el sueño sumergido en su inconsciente.

Mientras analizaba lo que debía hacer un hombre de cuarenta años, Padre de dos niños hiperactivos, con problemas en la Universidad -por el debate y guerra truculenta entre psicoterapeutas de distintas escuelas...
Para sobrevivir un divorcio inminente.

Nada mejoró para el terapeuta: su mujer habló de divorcio, planteó fechas, responsabilidades legales.

El terapeuta ansiaba lo que se negaba a asumir de la enfermedad, del bolsillo, del dolor de la pérdida, de la cabeza, como cualquier vecino más, su ser sufría y carecía de sentido teorizar sobre ello: sufría, y sufría a su manera.

El terapeuta decidió consultar con Lila, la Bruja de los milagros.

Tal vez esta consulta pueda ser el inicio de una nueva vida total tampoco –se dice- tengo mucho que perder.

BULEVAR DE LAS CAMELIAS 133

Mi vecina del piso de enfrente es una poeta rara y nada ambiciosa. Yo, soy pobre de mí, optimista y confiada. Cuando me instalé en mi minipiso –soy afortunada tengo un minipiso- en el bulevar, amueblado con todo lujo, un minipiso a nivel de subsecretaria de dirección-, cuando tome posesión de mi minipiso, decía, encontré a la vecina rara en el ascensor, y pensé: «Esta mujer carece de ambición.» Me di cuenta de que así era ya que soy muy observadora. Además, tenía cara de buena persona. Contrastando abiertamente con el suyo, mi aspecto es despejado, aspecto de persona dinámica, inteligente, capaz, con personalidad agradable, con imagen ganadora. Me causaron gracia su frente estrecha, sus ojos enormes, su nariz ancha, su labios sin carmín: todo lo cual se resumía en una imagen mediocre, sin perspectivas de futuro, sin ansias de progreso; una imagen de mujer sin ambición, en suma. En el espejo del ascensor comparé el exterior de aquella mujer con la mía de persona dinámica: la comparación resultó decididamente favorable para la persona dinámica. Admiré una vez más mis rasgos delicados, mis ojos vivaces, mi nariz recta: las facciones típicas de la mujer de talento. Además, en nuestra editorial, mi elegancia es proverbial: soy alta y delgada, y estoy siempre perfectamente vestida, maquillada, peinada, y perfumada. Mi vecina sin ambición es bajita y un poco gorda; tiene el pelo muy seco y su forma de vestir no es elegante. Yo visto impecablemente -a nivel editorial- gracias al exquisito gusto que me caracteriza. La descubrí en Internet ella misma me dio la dirección de su blog, de poeta, tenía un nombre comercial y las poesías eran buenas, me lo dijo un día en el portal -¡ah trabajas en una editorial-, ¡pues a ver si me lees y puedes hacer algo por mí... y así fue como empecé a vivir de ella Para no herir mi sensibilidad, prefiero abstenerme de describir la vestimenta de la vecina, claro que vivía en el edificio por convenios sociales y esas cosas de la igualdad... El hecho de que la vecina poeta se precipitara, reconociendo jerarquías, a abrirme la puerta del portal, no logró, sin embargo, conmoverme. Fue su error.

Ya que advertí que la vecina poeta quería entablar conversación. Su tema, como podía esperarse, era la poesía, y que si ya había leído su blog: fue el tema propio de una mujer sin ambición. Me dijo que el calor había venido con toda su fuerza y que, si a la noche no llovía, no sabía qué podía pasar mañana, no podía dormir, carecía de aire acondicionado en su minipiso. Yo, como soy tan chispeante, le seguí la corriente -para utilizar una expresión un tanto vulgar, impropia del ámbito de la cultura-. Para divertirme, en vez de hacerle una detallada descripción de mi aparato de aire acondicionado -como hubiera sido lógico-, le informé que yo tenía un método infalible para saber cuándo llovería, y la apabullé diciéndole que esa noche no caería una gota. Mi vecina poeta, que me creyó pies juntillas. Sin embargo, su timidez le impidió preguntarme cuál era el método. Por otra parte, ya habíamos llegado a nuestro piso.

Desde entonces empecé a divertirme a costa de la vecina poeta. Las ejecutivas necesitamos relajarnos para despejar la mente de la intensa tarea intelectual que desarrollamos en la empresa. Cada día me inventaba una mentira. Mi vecina -por ser tan ingenua- es tontamente crédula.

Le hice creer que yo iba a ser su mecenas. No le quise decir la verdad porque soy modesta y también porque soy ocurrente. Además, hay otro problema. Mi vecina poeta vende prensa y revistas en la estación de Atocha y tiene que trabajar hasta la tres de la tarde para poder mantener su mipiso con vista al río manzanares (una vista apropiada para una poeta: el río lo único que tiene en su interior es agua suciedad). Por esta razón yo tenía miedo de que me pidiera un puesto de corregir textos. Y la verdad es que no se lo quiero dar: primero, porque nuestra editorial -líder en su área- está en plan de extinción de personal administrativo; segundo, porque es una de mis fuentes de ingresos. Además, no tengo confianza con el jefe de personal. Por otra parte, poseo muchos intereses en nuestra empresa y debo cuidarlos podían pillarme: no trabajo desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche para mantener mi mipiso al contrafrente. De modo que -volviendo al hilo- la vecina poeta, cada vez que me ve, me saluda diciéndome: « ¡Buenas noches! ¿Cómo está usted?, (Si es de mañana, me dice « ¡Buenos días!», y, si es de tarde, « ¡Buenas tardes!».) Me agrada ese merecido respeto que me demuestra la vecina poeta. Yo suelo contestarle con pocas palabras, dichas en un tono cortante y seco, como corresponde a mi estatus. En la primera época, a la vecina le interesaban los temas literarios y me volvía loca a preguntas. Al instante inventaba respuestas con el ingenio que me es inherente, con la rapidez de pensamiento que me llevó a ocupar el puesto de subsecretaria de dirección en una editorial líder. Al principio, me preocupaba por darles a mis respuestas cierto aire de verosimilitud; luego, cuando advertí que mi vecina se lo creía todo, le decía el primer disparate que se me ocurría.

La vecina poeta me admira, siempre quiere quedar bien conmigo. Un domingo me invitó a almorzar. Acepte. Para esa ocasión había preparado, lasaña casera, salmón la sal, y una tarta de queso. Mi pasión por la verdad no me deja mentir: debo confesar, que aquellos platos estaban deliciosos. Un día, hojeando los *la literatura de vanguardia* (yo tengo una biblioteca importante de nogal italiano, a nivel subsecretaria: poseo catorce colecciones de libros encuadernados; cuando doy un cóctel para otros ejecutivos, siempre miran los lomos), se me ocurrió una idea cuya genialidad superaba inclusive a la de todas las anteriores. En cuanto me encontré con la vecina -¿A usted le gusta los poemas en tres dimensiones? -pregunté-. ¿Por qué no hace un poema en tres dimensiones? , éxito seguro.

-¿Un poema tridimensional? —preguntó-. ¿Qué es y como se hace un poema en tres dimensiones?

Yo había previsto que no iba a saber qué era un poema visual a tres dimensiones: Le expliqué, recurriendo a mi notable espíritu de síntesis, cuáles eran las características.

-Yo los hago y vende muy bien -agregué.

-¿No me los podría mostrar? -los vecinos crédulos suelen pedir imposibles.

-Lamentablemente, no. Lo haría con mucho gusto por ser usted quien me lo pide. Pero, es un secreto de la editorial: salen muy caros, son tan caros. Que

hay que guardarlo en una caja oscura, preferentemente de madera de ébano, y es fundamental que no reciban fuentes de luz.- ¿Y qué material emplea?

-Colages, versos, rimas, Reggaeton , rap, jip jop y películas de alta sensibilidad. Ahí está la caja, ¿ve?

Entreabrí un poco la puerta de mi mipiso y, desde lejos, le mostré al vecino tonto una caja que acababan de mandarme con las nuevas muestras de encuadernación sintéticas inarrugables que produce nuestra empresa. A la vecina poeta se le iban los ojos. Naturalmente, no lo invité a pasar. Un vecino poeta no tiene nada que hacer en mi mipiso con aire acondicionado -un mipiso a nivel marketing-. Nos despedimos y me di cuenta que la vecina se había quedado con ganas de hacerme más preguntas. Los vecinos ingenuos son insaciables. Pero el respeto que le infunde mi sola presencia es tan grande, que no se atrevió a importunarme.

Al día siguiente quiso saber más detalles. Le di las explicaciones más descabelladas que se me ocurrieron. Todo se lo creía. Una semana después le mostré el grabado de la literatura vanguardista. La vecina quedó encantada. Nunca había visto dibujos tan de vanguardia: como no es culta, carece de una biblioteca de nogal italiano.

-¿Cuánto le costo su elaboración?

A una persona dinámica, capaz de tomar decisiones rápidas en la jerarquía, no puede sorprenderle ninguna pregunta.

—El mío me salió..., espere que le diga con exactitud... Hace dos años que lo tengo... Últimamente aumentó el euro (usted sabe que a veces el euro aumenta). Lo pagué en el orden de los catorce mil o quince mil euros.

La vecina meditaba.

-agregué, adivinando sus pensamientos- pueden salir más baratos utilizando material de baja calidad por cinco o siete mil euros.

A continuación le informé que los editaban en Australia, pero que la casa exportadora estaba en Argentina. Los ilusos se cavan su propia fosa: me pidió la dirección de la casa exportadora. Sin remordimiento alguno, en otro rasgo de humorismo genial, cumplimenté en el dorso de una de mis tarjetas de opalina sueca ---tarjetas a nivel de subdirección- los siguientes datos: Jorge Luis Borges

133, bulevar de las Camelias

Buenos Aires. 7433

ARGENTINA

Es mi viveza la que me dicta estas ocurrencias espontáneas. Otras, que no tienen inteligencia rápida, se rompen la cabeza pensando y sin embargo jamás tienen ideas como las mías. Paso a analizar veloz e imparcialmente los distintos aspectos de mi invención. Por empezar, le puse como destinatario a Borges, que -si no me falla la memoria, cosa hartó difícil- fue el primero, creo, que inventó cuentos irreales; además, me parece que ya murió. El nombre de la calle lo inventé: en por ser poético, evocador... «Bulevar de las Camelias»; esto es muy sutil. También inventé el número, sin pensarlo casi.

La vecina me agradeció estas informaciones efusivamente por la dirección que acababa de darle. Dijo que iba a escribir inmediatamente. Yo no podía más de la risa. A veces los ingenuos pueden tener reacciones imprevisibles, reñidas con los más elementales principios de convivencia social y de respeto mutuo. En fin estudie previsibles acciones y como actuar en consecuencia. Tras un mes, compartí el ascensor con la vecina poeta. Cautelosamente, le pregunté cómo estaba.

-Muy bien, gracias -respondió con una extraña sonrisa (pero ingenua, se entiende)- . Pero a usted le tengo que hacer un pequeño reproche.

En seguida calculé, de acuerdo con las reducidas dimensiones del ascensor (que paradójicamente nos nivelaba a mí y a la vecina en una misma velocidad de ascenso), qué clase de golpe sería la más contundente para derrotarla. En estos casos, a los vecinos ingenuos conviene sorprenderlos.

-Estaba equivocada la dirección que usted me dio.

Mirando los numeritos que se iban sucediendo en el tablero del ascensor, fingí sorpresa a nivel Otis.

-Escribí allí al 133 no sé cuánto. Me contestaron que el señor Borges ya no vive en esa casa. Llegamos a nuestro pasillo. Allí estaba a mi merced. Además, en el caso de sentir una repentina compasión hacia la vecina, yo podría abrir rápidamente la puerta y reprimir mi furia justificada en mi minipiso con aire acondicionado desde donde me inclinaría a telefonar a las fuerzas del orden.

-¡Lo lamento! -dije, en un tono a nivel relaciones públicas-. Lo lamento de veras. Yo creía...

-No se haga problemas. Me tuvieron medio dando vueltas, pero, al final, me mandaron la dirección verdadera. Me salió un poco caro, treinta mil euros con flete y todo, pero es genial.

La vecina poeta se metió en su minipiso. Alcancé a ver la caja oscura, de madera de ébano. ¡Qué tonta es la vecina poeta! .Tener un material tan contaminante en plena avenida Presidente. Mañana mismo haré una queja a nivel administrador. ¿Adónde iríamos a parar si dejáramos que los vecinos ingenuos y crédulos realicen sus absurdos caprichos?

LOS BOTINES DE ADRIANA

Adriana sentada en un sillón de mimbre, en el centro del patio, rodeada por los amigos, todos esperaba al fotógrafo. Tenía una falda muy amplia, de organdí blanco, con un velo almidonado, cuya puntilla se asomaba al menor movimiento, con flores blancas, en el pelo. Estaba Pedro, el juez, Perfecto y Juan, el cura Don Luis, con su nueva dentadura, Estaban, Andrés el secretario y el que fue novio de Adriana, y que ya no le hablaba. Me mostraron los regalos: estaban dispuestos en una repisa del dormitorio. En el patio, debajo de un toldo blanco, habían puesto la mesa, que era muy larga: la cubrían dos manteles. Los bocadillos de tomate y de jamón, los emparedados y los pasteles, despertaron mi apetito. Media docena de botellas de sidra, con sus vasos correspondientes, brillaban sobre la mesa. Un florero con gladiolos naranjados y otro con claveles blancos, adornaban las cabeceras. Esperábamos la llegada de Arturo Cerdá, el fotógrafo; no teníamos que sentarnos a la mesa ni destapar las botellas de sidra, ni tocar los pasteles, hasta que él llegara. Para hacernos reír, el alcalde bailó, solo "Pasodoble español", bailaba en broma. Hacía calor y había moscas. Las flores del jazmín y periquitos cubrían las baldosas del patio. Los hombres con los periódicos, las mujeres con abanicos, todo el mundo se abanicaba o abanicaba los pasteles y emparedados. La Chacha Concha lo hacía con una flor. ¿Qué aire puede dar, por mucho que agite, una flor? Durante una hora larga en que todos nos preguntábamos al oír el llamador de la puerta de calle si llegaba o no llegaba Arturo Cerdá, nos entretuvimos contando cuentos de accidentes más o menos fatales. "Mal de muchos consuelo de algunos", dijo una anciana con un ojo de vidrio. Adriana sonreía. Los invitados seguían entrando. Cuando llegó Arturo, se destapó la primera botella de sidra. Por supuesto que nadie la probó. Se sirvieron varias copas y se inició el largísimo prelude al esperado brindis. En la primera fotografía, Adriana, a la cabecera de la mesa, trataba de sonreír con sus padres. Dio mucho trabajo colocar bien el grupo, que no armonizaba: el padre de Adriana era corpulento, los padres fruncían el ceño, sosteniendo en alto las copas. La segunda fotografía no dio menos trabajo: los hermanos, las tías y la abuela se agrupaban desordenadamente alrededor de Adriana, tapándole la cara. El pobre Arturo tenía que esperar pacientemente el momento de sosiego, en que todos ocupaban el lugar por él indicado. En la tercera fotografía, Adriana blandía el cuchillo, para cortar la tarta, que llevaba escrita con merengue rosado su nombre, la fecha de su cumpleaños y la palabra felicidad, salpicada de virutas de chocolate.

¿Tendría que ponerse de pie? dijeron los invitados.

La tía objetó:

-Y si los pies salen mal

-No se aflija -respondió-, si quedan mal, después se los corto.

Adriana hizo una mueca de dolor y el pobre Arturo tuvo que fotografiarla de nuevo, hundida en su silla, entre los invitados. En la cuarta fotografía, sólo los

niños rodeaban a Adriana; les permitieron mantener las copas en alto, imitando a los mayores. Los niños dieron menos trabajo que los grandes. El momento más difícil no había terminado. Había que llevar a Adriana al dormitorio de su abuela para que le sacaran las últimas fotografías. Entre dos hombres la cargaron en la silla de mimbre y la pusieron en el cuarto, con los gladiolos y los claveles. Adriana sentada, en un diván, posaba, desnuda, cubierta con unos velos rodeada por los amigos. Desnuda con unos velos almidonados, cuya puntilla se asomaba al menor movimiento, con flores blancas, en el pelo. Y aquella vocación por la desdicha que yo había descubierto en ella mucho antes, en su rostro. Allí en un diván, entre varios almohadones superpuestos. En el dormitorio, que medía cinco metros por seis, había aproximadamente quince personas, enloqueciendo al pobre Arturo, dándole indicaciones y aconsejando a Adriana las posturas que debía adoptar. Le arreglaban el pelo, le cubrían los pies, le agregaban almohadones, le colocaban flores y abanicos, le levantaban la cabeza, le cubrían el torso, abotonándole una camisa hasta el cuello, y una falda muy amplia, de organdí blanco, con flores blancas, en el pelo. Y aquella vocación por la desdicha que yo había descubierto en ella mucho antes del accidente, en su rostro. ¡Un escándalo un desnudo de la niña! -gritaban- le ponían polvos, le pintaban los labios. No se podía ni respirar. Adriana sudaba y hacía muecas. El pobre Arturo esperó más de media hora, sin decir una palabra; luego, con muchísimo tacto, retiró las flores que habían colocado a los pies de Adriana, diciendo que la niña estaba de blanco y que los gladiolos naranjados desentonaban con el conjunto. Con santa paciencia, Arturo Cerdá repitió, hizo salir del dormitorio a todos menos a sus tres amigos y lanzó la consabida amenaza:

-Ahora va a salir un pajarito.

Encendió las lámparas y sacó la quinta fotografía, que terminó entre los aplausos de sus amigos. Desde afuera, la gente decía:

-Parece una novia, parece una verdadera novia. Lástima los botines.

La tía de Adriana pidió que fotografiasen a la niña con el abanico de su suegra en la mano. Era un abanico con encaje de Portugal, con lentejuelas, y cuyas varillas de nácar tenían pequeñas pinturas hechas a mano. El pobre Arturo no juzgó de buen grado introducir en la fotografía de una niña de quince años un abanico negro y triste por valioso que fuera. Tanto insistieron que aceptó. Con un clavel blanco en una mano y el abanico negro en la otra, salió Adriana en la sexta fotografía. La séptima fotografía motivó discusiones: si se sacaría en el interior del cuarto o en el patio, junto al abuelo maniático, que no quería moverse de su rincón. La Chacha Concha dijo:

-Si es el día más feliz de su vida, ¿cómo no la van a fotografiar junto al abuelo, que tanto la quiere? Luego explicó:- Desde hace un año esta niña se ha debatido entre los brazos de la muerte, se ha quedado parálitica.

La tía declaró:

-Nos hemos desvivido por salvarla, durmiendo a su lado en el suelo de baldosa de los hospitales, dándole nuestra sangre en transfusiones, y ahora, en el día de su cumpleaños, vamos a descuidar el momento más solemne del banquete, olvidando de ponerla en el grupo más importante, junto a su abuelo, que siempre fue su preferido.

Adriana se quejaba. Creo que pedía un vaso de agua, pero estaba tan agitada que no podía pronunciar ninguna palabra; además, el estruendo que hacía la gente al moverse y al hablar hubieran sofocado sus palabras, si ella las hubiera pronunciado. Dos hombres la llevaron, de nuevo, en la silla de mimbre, el patio y la pusieron junto a la mesa. En ese momento se oyó de un altoparlante la canción ritual de "Feliz Cumpleaños". Adriana en la cabecera de la mesa, al lado del abuelo y de la tarta con velitas, posó para la séptima fotografía, con mucha serenidad. La Chacha logró introducirse en el retrato en primer plano, con sus omóplatos descubiertos y despechugada, como siempre. La acusé en público por la intromisión, y aconsejé al fotógrafo que repitiera la fotografía, lo que hizo de buen grado. Resentida, la Chacha Concha se fue a un rincón del patio; el rubio que nadie me presentó la siguió y para consolarla le dijo algo al oído. Si no hubiera sido por esa desgraciada, la catástrofe no habría sucedido. Adriana estaba a punto de desmayarse, cuando la fotografiaron de nuevo. Todos me lo agradecieron. Destaparon las botellas de sidra; las copas rebalsaban de espuma. Cortaron las dos tartas en tajadas grandotas, que se repartieron en cada plato. Estas cosas llevaron tiempo y atención. Algunas copas se volcaron sobre el mantel: dicen que trae suerte. Con la punta de los dedos, nos humedecimos la frente. Algunos mal educados habían bebido ya la sidra antes del brindis. La Chacha de Concha dio el ejemplo, y le pasó la copa al rubio. No fue sino más tarde, cuando probamos la tarta y brindamos a la salud de Adriana que advertimos que estaba dormida. La cabeza colgaba de su cuello como un melón. No era extraño que siendo aquella su primera salida del hospital, el cansancio y la emoción la hubieran vencido. Algunas personas se rieron, otras se acercaron y le golpearon la espalda para despertarla. La Chacha Concha, esa aguafiestas, la zarandeó de un brazo y le gritó:

-Estás helada.

Ese pájaro de mal agüero, dijo:

-Está muerta.

Algunas personas alejadas de la cabecera creyeron que se trataba de una broma y dijeron:

-Como para no estar muerta con este día.

El médico no soltaba su copa. Todos dejaron de comer, salvo Pedro y el Enanito. Otros, disimuladamente, guardaban trozos de tarta estrujada y sin merengue, en el bolsillo. ¡Qué injusta es la vida! ¡En lugar de Adriana, que era un angelito, hubiera podido morir la desgraciada de la Chacha!

AL TREINTA Y CINCO ROJO

(Madrugada del 1965, fallece, Carolina Rodríguez)

La mañana que muere la mujer a quien D'Annunzio envió unos versos, el zar Nicolás sus joyas, el pintor Renoir un retrato, Vanderbih le ofreció un yate y De Dion le regaló el último modelo de su atumóvil, sólo un puñado de palomas notarán su falta. Ocurrirá en Niza.

Niza, mayo 1960.

Carolina Otero, habita encerrada en su apartamento en Niza ya ha cumplido los noventa años. La inquilina del segundo piso es una anciana de pelo blanco, de ojos negros profundos y gitanos pero inmensamente tristes. Sus facciones son nobles y correctas Su andar cansado lento y difícil. La anciana del segundo piso tiene las manos extremadamente delgadas tan finas que se transparenta los huesos. Cuya mirada está detenida entre el desprecio y las lágrimas. Su porte juega siempre al rojo enredado entre el reuma que la dobla y el orgullo que la mantiene viva y erguida. Hace más de cincuenta años. la inquilina del segundo, la Bella Otero, la mujer que tenía los coches más elegantes que corrían por Los Campos Eliseos .La inquilina del segundo piso es Doña Carolina Otero. Que regresaba de un paseo por el Bois de Boulogne. Dueña de los caballos más hermosos de París. La bailarina española a quien los pintores de moda, Baldini y Flameng, decoraron los magníficos salones de su mansión, y cuando sus puertas se abrían en los días que daba fiestas, quince criados recibían a los invitados en la escalera. La Bella Otero, desde que empezó a envejecer nadie consiguió fotografiarla.

"París Match" le ofreció dinero "Jour de France" le suplico de rodillas "Tempo". El poeta D'Annunzio, le mandó unos versos antes de ir a visitarla. Eduardo VII viajaba de Londres a París con bastante asiduidad para hacerle visitas. El zar Nicolás de Rusia llegaba a la Estación del Este de incógnito con una joya de la corona para cada encuentro.

El káiser Guillermo II presumía delante de todos los que lo rodeaban de su amistad. La Bella Otero conquistó la ciudad, durante varios días el París triste de las modistillas y las señoras burguesas paseó delante de la joyería Cartier, en la rue de la Paix, para mirar un bolero de diamantes, que costaba quinientos millones de francos, expuesto en un escaparate de la joyería diseñado en exclusividad para una española llamada Carolina Otero que bailaba en los salones y sentaba a su mesa a lo mejor de la sociedad mundial.

Una mañana una muchacha de Pontevedra llegaba a París. Había trabajado anteriormente como sirvienta en Santiago de Compostela... Su belleza era fascinante. Aprendió a bailar en un tiempo en que las bailarinas estaban de moda. El siglo terminaba.

Un mediodía de mil novecientos catorce, La Bella Otero ofreció una comida a todas sus amistades. Mandó invitaciones a todas partes de Europa, todos le contestaron y su secretaria leía las cartas de aceptación.

-¡Señora, ¡ también vendrá el zar de todas las Rusias...

Y unos días más tarde, una española, Carolina Otero, reunía en torno a ella a tres reyes, un emperador y al zar de todas las Rusias, en el café de la Paix.

Todo ocurría en la época en el que sir Frederick Ihouston visitaba el casino de Montecarlo, de moda en aquellos momentos. Sir Frederick acudía todas las noches, una noche cuando se acercó a una de las mesas de juego, se le desprendió un botón de la chaqueta, hasta el suelo, el crupier, que le conocía, le dijo:

-No es necesario que se moleste, sir Frederick, en recoger el Luis.

-¿Dónde lo coloco?... preguntó el crupier.

-Al rojo, siempre al rojo, contestó el sir.

Y, aquella noche sir Frederick, por un botón que se le cayó al suelo y el crupier creyó que era un Luis, ganó un millón de francos.

Eran los años pacíficos llenos de lujo y brillos que precedieron a la guerra mundial, una española que había sido sirvienta en Santiago de Compostela y bailarina en París jugaba también a la ruleta todas las noches en el casino de Montecarlo.

Ella, era un producto de "la belle époque" se dejó arrastrar poco después era de sobra conocida de todas las mesas.

-Mi resto, al treinta y cinco rojo...

Carolina Otero jugaba fuerte todos los jugadores se agolpaban alrededor de la mesa, de La Bella Otero, se quedaban helados cuando ella hacía una de sus apuestas. Les parecía increíble que una mujer se jugase un millón de francos en una noche.

-Cuando el crupier hablaba, decía...

-El doce negro.

De 1900 a 1914, Carolina Otero se jugó y perdió la alucinante cantidad de treinta millones de francos oro.

Hace trece años se acabó todo Carolina había hipotecado sus joyas. Sus propiedades. Ella necesitaba continuamente dinero para jugárselo a dos colores.

... y el orgullo que la mantiene viva y erguida. Hace más de cincuenta años. La inquilina del segundo, la Bella Otero, la mujer que tenía los coches más elegantes que corrían por Los Campos Eliseos. La inquilina del segundo piso es Doña Carolina Otero. Que regresaba de un paseo por el Bois de Boulogne. Dueña de los caballos más hermosos de París. La bailarina española a quien los pintores de moda, Baldini y Flameng, decoraron los magníficos salones de su mansión, y cuando sus puertas se abrían en los días que daba fiestas, quince criados recibían a los invitados en la escalera. La Bella Otero, desde que empezó a envejecer nadie consiguió fotografiarla.

Diez años después de su ruina, Andre de Fourquier, un viejo amigo de Carolina de su época bella fue al casino de Montecarlo. Entró al despacho de el director y le dijo...

-Una antigua clienta se muere de hambre. Necesito que me escriba usted, una carta de "mujer insolvente"...; Ya que señor mío se trata de Carolina Otero que vive en una pensión que le pasa este casino no tiene ningún ingreso. Su amigo Andre se marchó con un portazo y las manos vacías.

Habían pasado ya, más de cincuenta años cuando llegue a Niza, para conseguir una entrevista y algunas fotos, misión imposible, de La Bella Otero. Hacía unos cinco años y antes que llegase yo a Niza, conocía lo que le sucedió a un compañero, periodista italiano y enviado especial llegó a ponerse de rodillas ante La Bella Otero suplicándole que se dejase fotografiar.

-¡Nunca, ¡fue la respuesta, contundente, sepa usted que nadie me vera así.

He alquilado una habitación en el hotel Saint-Louis para sorprenderla en su intimidad ahora desde la ventana me sobrecoge su propia miseria. Todas las tardes a las cinco en punto, las contraventanas se cierran. Las palomas de acurrucan en los tejados próximos a la pensión. La vida termina para la mujer que tuvo el mundo a sus pies.

Estoy recopilando información para mi periódico y cada vez me entristece más su historia. El otro día me contaron que, una vez fue invitada a asistir a la subasta de sus últimas joyas.

-¡No puede ser -dijo- ; aquí tiene que existir un error...

-¡Un brazalete de brillantes¡... por sus ojos tristes, profundo y gitanos de la bailarina, pasaba un recuerdo, una tristeza...

-¡Unos pendientes de perlas¡...

Una mujer anciana, enfundada en un abrigo gris y raído, con un sombrero de fieltro a la cabeza, dejaba como hacen las palomas, volar su pensamiento.

A fuerza de sobornos, la portera del número 26 de la rue d'Angleterre, accede a una entrevista, conmigo, acudo a la portería y me recibe me da la mano para saludarme y la tiene mojada... Y su lengua es larga como la de las porteras de

los edificios parisinos, sobre todo cuando me habla de la inquilina de la habitación número 11 del segundo piso.

-Me dice:

Parece una gran señora, pero no se nota en nada, paga difícilmente...

La inquilina del segundo piso es una anciana de pelo blanco, de ojos profundamente negros gitanos y tristes.

La portera del número 26 de la rue d'Angleterre escupe al hablar.

-Cuando sale a la calle por las tardes parece una emperatriz, pero no haga usted mucho caso. Hace tres años le tuvieron que cortar el gas y la calefacción...

Por mis contactos con la portera consigo conocer a su amiga, Rosa, me informo que va a visitarla y a darle compañía, tres veces por semana. La principal misión de Rosa es realmente evitar las visitas.

-No quiere ver a nadie, me dice, compréndalo a Carolina le hubiera gustado morirse hace muchos años y no lo consiguió. La invito a desayunar en un café cercano y empieza a contarme algunas cosas.

-Mire, usted, sabe...Hace cinco años, todas las tardes La Bella Otero iba, dentro de su abrigo gris, al promenade des Anglais. Se sentaba en un banco frente al hotel Negresco. Nadie sabe lo que pensaría, pero en ese mismo hotel, La Bella Otero había tenido alquilada la habitación "de los príncipes".

No puedo hacer nada más por usted, me dijo Rosa, es cuestión de suerte pero si monta guardia la vera salir por las mañanas al balcón...

Los que la ven salir de vez en cuando del número 26 de la rue d'Angleterre dicen que es una anciana poco simpática, que no quiere conversación con nadie. Una mujer mayor a la que le molesta todo lo que le rodea.

En la rue de Belgriquer hay una panadería donde dan el santo y seña:

Consigo entrevistar a la dueña, donde ella, compra el pan. Me cuenta que cuando se hizo la película de su vida. Entonces, La Bella Otero dijo a María Félix (una actriz mejicana), que era la protagonista:

-No podía imaginar nunca que hubiera una mujer tan bonita capaz de representar mi vida. La panadera me cuenta, hace un año que no sale de su casa apenas. Sólo la panadera de la rue de Belgriquer sabe que existe. Sólo la portera del 26 de la rue d'Angleterre sabe que el piso segundo y la habitación número once vive una vieja de noventa años, que hace setenta era una artista famosa.

La mujer que dominó la "belle époque" no tiene amigos. Sólo las palomas vuelan hasta su ventana para recibir de sus manos un poco de pan mojado en agua.

-La mayoría de las veces, sigue contándome la panadera, compra el pan duro. Me dice que es para los pájaros, pero yo se bien que es también para ella...hace dos años, continua, iba todos los días a la rue George clemenceau a comer a un restaurante, Saint-Michel, se llama, revuelta con los viejos artistas.

Pero, me dijo, que la miraban mal como si fuera un bicho raro y dejó de ir.

Y, a fuerza de hacer guardia en la entrada de la casa, de Carolina consigo colarme casi en su apartamento...

Carolina, tiene la voz apagada y dolorosa de una persona que sólo usa la voz para quejarse. Cuando llegué a la puerta de su habitación y llamé, salió a entreabrirla una anciana de pelo blanco y con gafas, desde el primer momento la voz de La Bella Otero se dejó oír:

-Fermez..., fermez..., fermez...

Sólo las palomas que todas las mañanas se posan en las aceras de la calle Inglaterra. Saben que en el piso segundo, en la habitación once, hay una mujer mayor, vestida con una bata azul, que todos los días que puede sale al balcón a darles pan mojado en agua.

Carolina Rodríguez, la que se muere en una habitación prestada y humilde en Niza. Toda una época que a todos se nos escapa de las manos para la que nunca la conocimos. Y que ya duerme en la imaginación de los que la vivieron.

Para ti, Carolina Otero, descansa en paz y para siempre.

Niza, diecinueve de mayo, 1960.

El autor

Carmen María Camacho Adarve (Jaén, España, 1960)

Narradora y poeta. Cuentista. Blog personal <http://carmencamachoadarve.blogia.com/>
Publicados en distintos medios de comunicación, poemas y relatos publicaciones en periódico Ideal (España), en Atina Chile, redactora de Mundo Cultural Hispano, pagina personal de relatos y cuentos, bitácora personal, fotoblog en Hoycinema del grupo vocento, EL REINO AZUL. Blog EL Patio de los leones del grupo vocento, revista Auca, revista CONTRALUZ, REVISTA XALOC ALICANTE, miembro de IFLAC VALENCIA, Poemas para la libertad –libro digital- editorial publica tus libros.com, poemas publicados en NUEVA POESÍA HIPANOAMERICANA, copilador Leo Zelada en la vigésima edición 2008, entre otros.

